

CONTRA EL LIBERALISMO *Y SUS FALSOS CRÍTICOS*



La Oveja Negra

cuadernos de
NEGACIÓN



Contra el liberalismo y sus falsos críticos



Lazo Ediciones

Rosario, Argentina

lazo.ediciones@riseup.net – lazoediciones.blogspot.com

Contra el liberalismo y sus falsos críticos

Cuadernos de Negación, La Oveja Negra

Primera edición: septiembre de 2023

188p. – 206 × 146 mm

ISBN 978-987-48023-8-5

Contra el liberalismo y sus falsos críticos

Cuadernos de Negación
La Oveja Negra

laZO
ediciones

Presentación

Con el presente libro nos hemos propuesto abordar diferentes aspectos del fenómeno liberal-reaccionario actual en Argentina, en un contexto social cada vez más duro y en el marco del auge internacional de las derechas alternativas. De este modo, buscamos comprender los motivos de esta llamativa manifestación local y el ascenso de la figura de Javier Milei. Publicado en pleno contexto electoral, este libro lo excede ampliamente, tanto en su contenido y perspectiva como respecto de su elaboración.

El primer impulso para su realización provino de la curiosidad, tanto propia como de personas cercanas, respecto de la creciente difusión de esta corriente liberal, su apología extrema del capitalismo, su ensañamiento con la cuestión de género y el foco puesto en el denominado “marxismo cultural”. Su ferviente anticomunismo, las acusaciones de fascistas por parte de detractores y la disputa de etiquetas políticas como la libertaria, fueron otros tópicos que animaron la reflexión.

Ya veníamos abordando varias de estas cuestiones en la revista *Cuadernos de Negación* y el boletín *La Oveja Negra*, por lo que la primera intención fue compartir extractos de estas publicaciones, así como también de algunos libros de nuestra editorial Lazo Ediciones. En el camino fueron surgiendo otras lecturas y preguntas, que en conjunto dieron lugar a este libro.

La primer parte recorre los temas mencionados hasta aquí, sumando otros como el paleolibertarismo, la caracterización de otras derechas alternativas a nivel internacional y la noción de casta. A su vez, abordamos brevemente algunas características fundamentales de la reproducción capitalista en Argentina durante las últimas décadas, a partir del llamado neoliberalismo y la cuestión de la inflación.

En la segunda parte nos preguntamos sobre la identificación de Milei con la escuela austríaca de economía y nos introducimos en la crítica de esta. Para quienes puedan estar más interesados en el inmediatismo propio de la política y el contexto electoral, puede que la discusión de algunas cuestiones como la teoría del valor no tenga demasiada relevancia. Pero para nosotros reviste un profundo interés, puesto que nos invita a adentrarnos en la crítica de la economía, actividad que consideramos fundamental desde una perspectiva de transformación radical de la sociedad.

En este mismo sentido, avanzamos hacia aspectos más generales de las premisas liberales. Por ello, dedicamos la tercera parte a los emblemas de la sociabilidad capitalista: la libertad, la igualdad y la propiedad. Buscamos comprender y criticar las concepciones jurídicas, morales e ideológicas preponderantes de nuestro tiempo, a partir de las relaciones sociales de intercambio mercantil y explotación de las que emergen, con el Estado como garante.

Por último, abordamos algunos difundidos mitos capitalistas a través de los cuales se busca naturalizar como intrínsecos a la humanidad ciertos rasgos característicos del desarrollo de la sociedad actual.

Sobre el contexto de la publicación de este libro

Corriendo la segunda mitad del 2023 en Argentina nos encontramos frente a un brutal y creciente empeoramiento de las condiciones de vida, con una inflación proyectada en torno al 200% anual, la mitad de la población con ingresos de pobreza y en un año electoral donde proliferan los discursos sobre la necesidad de profundizar el

ajuste en curso para recuperar la estabilidad económica, con amenazas de mano dura incluidas.

El orden democrático se caracteriza por depositar la responsabilidad de la situación social en los diferentes gobiernos que se alternan en el poder de acuerdo al contexto, lo que dificulta tener una visión de conjunto y una crítica que vaya más allá de los errores de tal o cual mandatario.

El ala más progresista del oficialismo ha llevado esta lógica al extremo, poniendo la responsabilidad en el presidente Alberto Fernández, tratando de separarse del propio gobierno del que forman parte. Al mismo tiempo, buscan mantenerse en carrera a través de la lógica del mal menor y el temor al “avance de la derecha”. El peronismo kirchnerista cuenta con la legitimidad de haber gobernado tras la crisis del 2001 y la estabilización bajo la presidencia de Eduardo Duhalde, en el marco de un contexto económico favorable (como los precios internacionales de las *commodities*) y a partir de un nivel salarial por el piso. De este modo, institucionalización de los movimientos sociales mediante y acompañado de un auge progresista regional y en gran parte de occidente, este peronismo se convirtió en garantía de orden para la burguesía frente a la protesta social masiva, lo cual es fundamental para la reproducción del modo de producción capitalista.

Pero la paz social no alcanza, incluso cuando se sostiene con la mitad de la población en la pobreza. No es el objetivo del Capital empobrecer a los explotados sino reproducirse, valorizarse. Este nivel de pobreza, de inflación y la inestabilidad económica en general, pueden explicarse a partir de las particularidades que tiene el modo de producción capitalista en la Argentina y su relación con el mercado mundial. Si decimos esto no es con ningún afán de mejorarlo, sino de entender el capitalismo, su manifestación local y las luchas en su contra. Nos parece importante ir más allá de las luchas contra los excesos o una forma particular de capitalismo en defensa de otra, ya se trate de una idealización nostálgica de un capitalismo pa-

sado, o una futura de un capitalismo verde y sostenible, inclusivo y democrático, productivo y nacional.

Queremos abonar a una perspectiva anticapitalista abordando las problemáticas de la región como la pobreza, la precarización del trabajo, la inflación, la explotación de recursos naturales, la represión o esta alternancia democrática garante de la miseria y un endeble funcionamiento económico.

Creemos posible y necesario analizar los contextos de cada gobierno y sus diferencias, así como de las fuerzas políticas en disputa, sin perderse democráticamente en ellas. De este modo, buscaremos en estas páginas abordar el renovado auge liberal en Argentina. Por ello mismo, consideramos que trasciende el contexto electoral que nos toca padecer en este momento.

A pesar del triunfo electoral de La Libertad Avanza en las elecciones primarias presidenciales de agosto de 2023, no buscamos fomentar ningún tipo de frentismo electoral en su contra o tener algún tipo de incidencia en este plano. Confiamos en que el contenido de las críticas aquí expresadas dejarán en claro nuestros motivos.

Lazo Ediciones, septiembre de 2023

Contra el liberalismo y sus falsos críticos

Genera revuelo e incomodidad, cuando no bronca y asco, la presencia de lo que podríamos denominar apresuradamente “derecha liberal” en Argentina. Nos referimos a Javier Milei y los militantes de La Libertad Avanza, a los youtubers reaccionarios que mezclan economía con burlas antifeministas. De manera bastante peculiar, las premisas liberales se combinan con críticas reaccionarias sobre debates actuales, como por ejemplo la cuestión del aborto o la educación sexual. Así, ciertos supuestos defensores de un liberalismo económico extremo se han ido vinculando directa o indirectamente con otros sectores que versan más expresamente sobre cuestiones como el nacionalismo, la familia, la “ideología de género”, el “marxismo cultural”, la defensa de la mano dura y la última dictadura, todo con una buena dosis de conspiracionismo. Polemizan sobre cuestiones económicas presentándose como “expertos”, repitiendo sin cesar sus preconcepciones morales, políticas y culturales, sin los cuales sus teorías económicas pierden sentido. Defienden nociones respecto del individuo, la propiedad privada y la libertad que buscan traficar como naturales a la humanidad. De este modo, abren paso a toda una concepción ideológica sobre la sociedad que se traduce en afirmaciones como: “el pobre es pobre porque quiere”, “el patrón es el que más arriesga”, etc. Las respuestas no son mejores. Una diputada del Frente de Izquierda y de Trabajadores - Unidad

(FITU) calificó a Milei de «vago» por no hacer su trabajo parlamentario como ella considera que debería hacerse.

Frente a la situación social de ajuste permanente que estamos viendo, con una inflación y devaluación desmesuradas, precios de los alquileres incontrolables, salarios reales totalmente a la baja, alto nivel de desempleo, trabajos cada vez más precarios y crecimiento de la pobreza; las políticas económicas son presentadas como responsables y a la vez posibles salvadoras. Los referentes de La Libertad Avanza ponen la vara bien alta, hablan de un verdadero ajuste, de reducir bruscamente el gasto público, acusan de comunista al gobierno, así como también a la oposición. Quienes gobiernan se limitan a evitar que la situación estalle, y se nutren de sus detractores liberales para presentarse como benévolos mientras ajustan progresivamente.

Deseo o realidad, voceros de la burguesía argentina especulan con una recuperación económica en base al agro luego de la prolongada sequía, sumado a proyectos como el del yacimiento petrolífero Vaca Muerta junto al gasoducto Néstor Kirchner o la incipiente explotación del litio en el noroeste del país, además de curiosos indicadores como el aumento de la actividad económica y el empleo. Si bien este último dato puede resultar paradójico debido a la gran y creciente franja de asalariados que se encuentran por debajo de la línea de pobreza, en verdad esto supone una condición necesaria para una posible estabilización y posterior recuperación económica, es decir, paz social y pobreza hasta la espera de condiciones propicias para la reactivación en base a seguir haciendo más o menos lo mismo.

Si es importante comprender la dinámica de la sociedad capitalista y la competencia entre explotadores no es para indicarles ningún camino, sino para no caer en sus discusiones y propuestas. Para entender que la lucha por una verdadera transformación de nuestras condiciones de vida se contraponen al desarrollo capitalista, en sus versiones más o menos estatistas.

En un escenario de tal incertidumbre y dificultades para un desarrollo económico de rumbo claro, la política se muestra incapaz de

hacer frente a la gravedad de la situación. Proliferan las divisiones al interior de cada frente electoral, crece la figura de Milei, así como también el ausentismo y el voto bronca hacia la política en general se vienen manifestado con fuerza en las distintas instancias electorales.

Respecto a la curiosa amalgama liberal-reaccionaria local, es difícil encontrar una coherencia que vaya más allá de un oportunismo electoralista, que se nutre de la oposición a ciertas políticas instrumentadas en las últimas décadas en la región tras el estallido social del 2001. Las cuales, por su parte, tras un periodo de estabilización y crecimiento en sus comienzos, se han mostrado impotentes (y responsables) frente a las crecientes problemáticas sociales. De este modo, todo lo que sume en ese sentido opositor es utilizado como un refuerzo cuantitativo por agrupamiento: liberalismo, constitucionalismo, conspiracionismo, anticomunismo, anticorrupción, antipiquetes, antifeminismo.

Mucha de la bronca social actual ha tomado este extraño cauce. Si la bronca del 2001 contra los políticos se caracterizó por una perspectiva difusa e irracional, pero con una impronta de rechazo al capitalismo¹ sobre una base de solidaridad, piquetes y asambleas; buena parte del malestar actual contra la “casta política” se expresa en términos completamente capitalistas. A pesar de su ridiculez e impracticabilidad, expresiones como “dinamitar el banco central” son preferibles para el mantenimiento del orden frente al recuerdo del “que se vayan todos” de la lucha social. Hoy, por el contrario, el “que se vayan todos” es presentado como una opción en las urnas. Detrás de tanto discurso de bronca, necesidad y esperanza de cambio, abiertamente pro-capitalista, cuesta comprender realmente qué capacidad de gobernar tienen estos sectores, bajo qué alianzas y con qué políticas concretas. Porque si bien pueden eventualmente

1 Este rechazo se expresó en buena medida como rechazo al neoliberalismo y las medidas aplicadas algunos años atrás. El límite de esta crítica parcial a la sociedad capitalista sería relevante para la recuperación política llevada a cabo por el kirchnerismo.

llegar al poder como ha ocurrido con los “*outsiders*” en otros países, luego se demuestran como continuadores de la dinámica actual de funcionamiento en sus pilares fundamentales. De hecho Milei, erigido en representante de furibundos anti“planeros”, ya aseguró que en el caso de llegar al gobierno dará continuidad a los planes sociales. Anteriormente Mauricio Macri, quien hizo campaña con un discurso similar sobre el tema, cuando fue presidente no solo no pudo erradicar los “planes” sino que debió ampliarlos. A partir de la campaña presidencial y más aún desde el triunfo en las elecciones primarias, Milei y los principales candidatos de La Libertad Avanza han matizado sus propios anuncios extremos o “golpes de efecto” argumentando que si bien son los objetivos a largo plazo lo determinante es la secuencialidad (y utilizan exactamente esta palabra), es decir, el ordenamiento de las acciones. Llaman a no confundir los objetivos con medidas de aplicación inmediata, cayendo inevitablemente en el “gradualismo” que ha sido uno de los objetos de su repudio.

Consideramos pertinente salir al cruce de estos personajes ahora organizados en partidos políticos, pero teniendo en cuenta lo que son: ninguna otra cosa más que nuevos aspirantes a gestionar y administrar el Estado argentino, cada uno con sus particularidades. Es importante señalar esto último ahora que el gobierno y sus seguidores llaman abiertamente a hacer Frente “contra la derecha”, “contra el fascismo”, lo que ayuda comprender por qué intelectuales, periodistas y artistas oficialistas insisten tanto con el tema. Cuando lo que denominan ultraderecha se limitaba a Biondini y otros nacionalsocialistas –con mucho de peronismo no lo olvidemos– remitía a una cosa más bien folklórica. Si bien había quienes temían por el crecimiento de estos grupúsculos, ahora la cosa es seria. Tanto a nivel local e internacional crece esta “nueva derecha” en sintonía con las condiciones de existencia actuales, a diferencia de aquellos nostálgicos del Tercer Reich.

Para quienes están en una campaña electoral permanente, esto de la “amenaza fascista” es un discurso-recurso más, como lo pueden ser la implementación de medidas de seguridad o la urgencia de una transición hacia energías renovables. Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado, tal como decía Mussolini. Pero en el medio justo, sin excesos ni extremismos. De cara a este temor, progresistas de todos los colores llaman a hacer un frente común cada vez más amplio y lo que se acepta como un mal menor termina justificando una situación cada vez peor. Ante el insistente llamado a la unidad contra un supuesto avance de la derecha y el fascismo, planteamos como ineludible una reflexión acerca de este renovado antifascismo.

Los adictos al progresismo llaman a hacer causa común con la izquierda y hasta con sectores anarquistas. Invitan a “no regalar el término libertario”, tarea que unos cuantos anarquistas ya se venían dando. Sobre este tema y más ampliamente sobre la cuestión de las etiquetas políticas o movimientistas haremos también algunas precisiones. Al respecto, cabe mencionar una anécdota bastante ilustrativa respecto a la cuestión generacional: en un video en Youtube sobre Kropotkin y el anarquismo comunista, un joven comenta que le resulta muy interesante, porque hasta el momento solo conocía el “anarquismo capitalista”. Con esto no queremos caer en una crítica de la juventud “pubertaria” ni en un afán pedagógico, sino dar cuenta de algunos rasgos de época.

Este auge neo-retro-liberal no puede pensarse por fuera de la actualidad del modo de producción capitalista, del individualismo emprendedurista y meritocrático que se expresa no solo en la política sino principalmente en el mercado laboral, y que encuentra su correlato en manifestaciones que van desde las letras de trap hasta los postulados *new age*. No quedan dudas que tanto el electorado como los activos militantes de estas expresiones liberales proceden de los más variados estratos sociales. Como suele ocurrir con las identificaciones políticas, no se parte de una opción ideológica sino de la

forma de ganarse el sustento. En general, la justificación llega después. Un emprendedor “amante de la libertad” no elige Rappi o ser monotributista, funciona al revés. Como suele decirse, son las condiciones materiales de existencia las que determinan la conciencia.

Nuestra intención, cabe aclarar, no es la de rebatir o “destruir” los argumentos tal como estos sectores gustan de plantear las discusiones, sino invitar a reflexionar sobre muchos de los temas que aparecen cada vez más frecuentemente a partir de su irrupción, tratando de comprender algunas de las particularidades y razones de este fenómeno liberal y neoderechista, principalmente en su variante local. En este sentido, estas palabras no tienen como motivo principal disuadir a los jóvenes liberales y anticomunistas. No nos interesa entrar en esas discusiones “lógicas” a las cuales se acostumbra en la nueva arena del debate político. La lista de falacias (*ad hominem*, del hombre de paja, etc.) es tentadora, y hasta puede contribuir en ciertas discusiones, pero el mundo no se transforma mediante información y contiendas retóricas. Esta preponderancia dada a ciertos principios lógicos, al interior del liberalismo, es muy propia de la denominada escuela austríaca de economía que ha ganado repercusión en Argentina a partir de Milei. Más allá de representar una curiosidad a nivel local e internacional, esta forma de “debatir” ha encajado bien en la superficialidad mediática y de las redes sociales. No es que supongamos que sea una forma “falsa” de discutir, pero sí muy limitada si lo que se trata es de comprender la dinámica social. El rebatidor de falacias llega al punto de abstraerse de las condiciones materiales de existencia y su desarrollo histórico. No es casual la aversión de estos sectores respecto del posmodernismo progre, con el que comparten la obsesión por lo discursivo. Allí donde presupuestos ideológicos se batan a duelo en un terreno sin historia ni determinaciones, difícilmente podamos plantear otras formas de razonamiento.

Podrá resultarle extraño a toda suerte de terraplanistas políticos, leer acerca de aquello sobre lo que se han convertido en negociacionistas: sociedad de clases, explotación, condiciones materiales de

existencia, revolución... En este sentido, algunos indignados con lo que señalan como derecha liberal encontrarán desagradables coincidencias con aquello que rechazan.

El abandono de la noción de explotación de una clase a otra puede llevar a extrañas creencias: que se trata de un problema cultural, que no hay sociedad más que como suma de individuos, que la misma estaría regida por la maldad o por una voluntad opresiva, que de haber capitalismo es un sistema y no un modo de producción, etc. De esta manera, coinciden quienes esperan la “lluvia de inversiones” con los adeptos de la justicia social, ambos consideran que si a la burguesía le va bien nos iría bien al resto de la sociedad. Sea desde un proteccionismo nacional, como desde la apertura total de los mercados, se invita a los proletarios a participar de las disputas burguesas. A su vez, en un escenario donde no aparece un horizonte claro en términos capitalistas sobre cómo sortear sus contradicciones actuales, tampoco aparece una fracción de la burguesía que indique un camino a seguir. De este modo, la alternancia política y la disputa en el plano discursivo contribuyen al sostenimiento del orden existente, haciendo de liberales y detractores la novela televisiva de cada noche.

Compartimos estas reflexiones con quienes sienten una inquietud y una sensibilidad común, con quienes se disponen alertas ante estas “nuevas” expresiones de defensa y gestión de esta sociedad basada en la explotación. Criticar una opción política, más en un año electoral, puede entenderse como un apoyo al bando contrario. Esperamos, en cambio, que estas páginas contribuyan a la crítica del Estado, de la política y de la sociedad capitalista.²

2 Hace poco más de un año publicábamos un artículo del mismo nombre en *La Oveja Negra* nro. 83 a partir del cual fue escrita esta introducción actualizando algunos aspectos. Existe también el registro en audio de la presentación de dicho número del boletín (disponible en nuestro canal de YouTube Biblioteca Ghiraldo).

Tras las huellas de la serpiente

¿Libertarios?

Más allá de los rótulos y lo que se dice, existe la realidad de lo que se hace. Definirse de tal o cual manera no transforma una práctica. A lo largo de la historia los revolucionarios se han llamado a sí mismos o los han denominado de diferentes maneras: ludditas, herejes, comunistas, socialistas, nihilistas, anarquistas, libertarios, marxistas, situacionistas, encapuchados y hasta liberales. El grupo que impulsaban los hermanos Flores Magón se llamaba Partido Liberal Mexicano y si bien tenía un programa reformista o “liberal de izquierda” en sus inicios, tomó luego abiertamente posicionamientos revolucionarios y métodos radicales a pesar de mantener su nombre. Con dichos adjetivos también se ha caracterizado a diferentes reformistas y burgueses. Si bien estas denominaciones pueden contribuir a la comunicación y el entendimiento, muchas veces logran todo lo contrario.

En el número 2 de *Cuadernos de Negación* decíamos que queremos acabar con el capitalismo y eso no se consigue, como quien invoca un extraño conjuro, simplemente llamándose de una forma u otra. Reconocerse de tal o cual doctrina no garantiza nada. El comunismo y la anarquía no son ideales a aplicar, por el contrario, son el movimiento real de lucha por la destrucción de esta sociedad. Estos movimientos históricos de lucha han emergido de las contradicciones materiales que implica la reproducción capitalista. Los argumentos anarcocapitalistas, minarquistas, liberales, por su parte, han surgi-

do como defensa apologética del Capital y el mercado. Y si vienen teniendo un eco creciente en la población no se debe solo a una cuestión de propaganda, sino a la creciente precariedad del proletariado y la evidente incapacidad del Estado de atenuarla. Esto no se ha traducido en nuevas expresiones de lucha ni mucho menos una crítica general al capitalismo, sino en un limitado rechazo del Estado, abriéndose paso la defensa del mercado. Situación lamentable, pero no ajena a las condiciones materiales de vida actuales del proletariado, aunque claro que podría tomar otro rumbo.

Si asumimos y desarrollamos posiciones revolucionarias es porque las mismas contradicciones nos llevan a ello. Contradicciones sociales y no de índole moral. Quienes piensan que es al revés, están creyendo que uno debería hacer las cosas de determinada manera al identificarse con determinado movimiento. Las identidades políticas extremistas brindan fundamentalmente una sensación de pertenencia y movimiento, cuya adhesión conduciría a una transformación social, o al menos a la redención individual.

Lo que queremos dejar en claro, al fin y al cabo, es lo siguiente: no estamos en contradicción con esta realidad por los libros que leemos, por aquello que pensamos, por la forma en que pretendemos vivir, ni siquiera por las acciones de lucha que emprendemos voluntariamente. Estamos en contradicción porque somos proletarios, asalariados o no, y es eso lo que puede impulsarnos a luchar y subvertir esta sociedad. Ser históricamente desposeídos y disponer únicamente de nuestra fuerza de trabajo para sobrevivir no constituye una identidad que se pueda escoger o rechazar. Es una realidad. Producimos valor a la vez que somos una traba para su desarrollo. Trabajamos para vivir y perdemos la vida trabajando.

Varios neoderechistas se califican a sí mismos de “libertarios”, y suelen usar la bandera de Gadsden: una serpiente junto al lema «Don't tread on me» (“No pases sobre mí” o “No me pises”), que data de la Guerra de independencia de EEUU y es usada como símbolo de quienes defienden el libre mercado oponiéndose a la intervención

del Estado, o al menos de sus formas más excesivas. Usan banderas negro-amarillas, en diagonal imitando la bandera anarcocomunista, también empleada por el anarcosindicalismo: pero en vez del rojo comunista, el amarillo simboliza el oro y el libre mercado.

Hasta el surgimiento de estas corrientes también llamadas “liberal-libertarias”, la expresión del francés “libertaire” era entendida casi como sinónimo de “anarquista”. Desde fines del siglo XIX fue usual hablar de “socialismo libertario” para deslindar al anarquismo de la criminalización y el terrorismo, e incluso mostrarlo con una etiqueta más digerible. A la vez se lo alejaba del comunismo, como históricamente se habían llamado mayoritariamente los anarquistas, al menos luego de la ruptura con el colectivismo tras la Iª Internacional y hasta 1917 cuando aquel término comienza a comprenderse entre estos como sinónimo de dictadura contra el proletariado, atendiendo al desenvolvimiento de la experiencia soviética.

Aunque es cada día más difícil comprender la realidad política en términos de “derecha” e “izquierda”, hay representantes de la burguesía que siempre apelan al peligro que representa lo que ellos señalan como derecha, para hacer causa común con los explotados e incluso con sus sectores combativos. De este modo, sectores del progresismo vienen insistiendo en “no regalar el término libertario” y hasta llaman a hacer causa común al respecto con los anarquistas. Voceros oficialistas insisten con la cuestión (véase *Página 12*) junto con trotskistas aspirantes a gobierno que entrecomillan el término cuando se refieren a Milei y similares (véase *La Izquierda Diario*). Si bien existen y existieron expresiones del movimiento anarquista que participan y han participado de gobiernos, frentes y alianzas con sectores de la burguesía, también existen y han existido otras que se han enfrentado abiertamente a este tipo de “estrategias”. De hecho, si el progresismo en general suele reivindicar a los anarquistas del pasado cuya masividad y radicalidad es innegable, es porque ya están muertos. Pesa sobre ellos una historia de persecución, cárcel,

tortura y asesinato, ordenada en muchos casos por los mismos líderes e ídolos de quienes hoy se proponen defender su denominación.

Los puntos en común entre el “anarquismo clásico” colectivista y el anarcocapitalismo merecerían un capítulo aparte, empezando por la crítica al Estado pero con una confianza en el mercado, ya sea producto de incomprendiones e implícita en el primero, y explícita en el segundo. Puede parecer una exageración, pero el anarquismo en su mayoría no desarrolló una crítica de la economía que pudiese dar cuenta de las bases materiales que hacen necesaria la existencia del Estado bajo el capitalismo. A pesar del ferviente rechazo de toda forma de opresión –desde la explotación del trabajo hasta la existencia de las religiones, las naciones o el dinero–, no se ha criticado profundamente el intercambio mercantil, en tanto la idea de sociedad futura del anarquismo suele suponer la producción bajo unidades autónomas, de manera autogestiva y federativa, que necesariamente estarían socializadas a través del intercambio (como sucede en el capitalismo), ya sea bajo la modalidad del “trueque” o alguna otra forma de cambio que permita comparar lo producido.³ También es importante señalar la influencia de las nociones individualistas y liberales en ciertas tendencias anarquistas “clásicas”.

En relación a la cuestión de las identidades, comprendemos que las formas de nombrar o de nombrarnos pueden ser útiles para diferenciar algunas prácticas y posicionamientos rápidamente. Pero se vuelven completamente insuficientes para reconocerse, para explicar qué se es y qué se quiere con mayor profundidad. Delimitar y adoptar un “ismo” suele enfocar la actividad en sumar adherentes, sumar “istas”. A su vez, para otros que se piensan los verdaderos representantes del “ismo” en cuestión, se trata de rechazar y criticar al resto de “istas” que nunca estarán a su altura. Podríamos definir es-

3 Sobre la crítica del Estado, la cuestión del trueque y el intercambio mercantil profundizaremos a lo largo de este libro. Sobre la autogestión ver *Cuadernos de Negación* nro. 12: *Crítica de la autogestión*.

tos dos grupos –a grandes rasgos– como populistas y sectarios. Dos tendencias también muy presentes en el anarquismo.

Dicho de otro modo, no se trata de sumar personas al anarquismo ni a ningún otro “ismo”, sino luchar juntos contra el Capital y el Estado, solidarizándonos con luchas inmediatas que pueden no tener esa finalidad. La intención y la propuesta es simple, encontrarnos y comunicarnos con otros rebeldes o disconformes con esta sociedad, sin por ello invitarlos a formar parte de una sigla, un grupo, o siquiera una corriente política (tenga o no aspiraciones electorales). Por tanto, la reflexión y la agitación no tienen un criterio cuantitativo, ni de “venderle” nada a nadie. No nos interesa el crecimiento y fortalecimiento de una Organización, sea formal o informal, difusa o con carnets, tampoco nos resulta fundamental ser partidario de una corriente (tenga o no aspiraciones electorales). Priorizamos la actividad a la identidad.

¿Comunismo?

A partir de la consolidación de la URSS, la palabra comunismo comenzó a utilizarse mundialmente para designar dicho régimen y otros similares luego. Respecto del movimiento obrero internacional, comunistas pasaron a ser nombradas las organizaciones políticas que operaban bajo la órbita de dicho bloque de países, teniendo como horizonte la conformación de un orden social semejante. Según estas organizaciones, se trataba de imponer regímenes socialistas como medida para llegar al comunismo, del que se deformó aun más su contenido original a la par que la “estrategia” socialista tenía cada vez más similitudes con lo que decía combatir, desde la adopción del taylorismo en la producción al nacionalismo bajo el lema de “socialismo en un solo país”, y luego como “liberación nacional”. De este modo, tanto la “estrategia” como el “objetivo” transformaron su contenido y hasta se confundieron entre sí.

Fue el legado de la Internacional Comunista el que se impuso, a pesar de la disputa de grupos minoritarios por dotar de otro sentido a esta histórica expresión del proletariado. Estos grupos denunciaron prontamente que lo que ocurría en dichos regímenes se trataba de otra forma de capitalismo –burocrático, de Estado–, pero de capitalismo al fin. Estas críticas se irían haciendo más evidentes con el paso de los años, las contradicciones sociales se agudizarían al interior de esos países, hasta que se fueron desplomando uno a uno y retornando a las formas predominantes de socialización capitalista.

Gilles Dauvé, en la presentación a su libro *Capitalismo y Comunismo* (Lazo Ediciones, 2020), dice al respecto:

Tal como en sus versiones occidentales, el auge y declive del capitalismo de Estado dependía de los conflictos y compromisos de clase, en el centro de los cuales estaba la necesidad de convertir el trabajo en trabajo rentable. En la URSS y en la Europa Oriental después de 1945, esta necesidad tomó la forma de una constante política de represión unida a empleos protegidos (tanto en la fábrica como en las granjas colectivas), que permitieron la acumulación de valor a pesar de su baja productividad. Después de todo, el capitalismo burocrático ruso funcionó por un largo tiempo. La totalidad del sistema no colapsó por ser demasiado represivo, al punto de terminar por agotar a las personas, sino que lo hizo cuando los compromisos de clase dejaron de ser socialmente productivos –especialmente cuando no pudo soportar la presión de un mercado mundial dominado por un Occidente mucho más dinámico.

Tras el colapso, las críticas difundidas masivamente respecto de las condiciones de vida y la situación represiva en dichos países se hicieron mayormente en tanto países “comunistas”, consolidando aún más dicho significado. Retomando el citado texto: «La historia está escrita por los vencedores. (...) Para las personas que viven en los países antiguamente burocráticos, comunismo se ha convertido en una palabra odiada, un símbolo de opresión (lo cual es suficientemente malo) en el nombre de la libertad (lo que lo hace aún peor).»

De igual modo, desde expresiones de largo alcance como *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión* publicado en 1997, hasta numerosos youtubers de hoy, se ha extendido esta perspectiva de denuncia “anticomunista” con eje en la represión política, incluyendo genocidios, ejecuciones extrajudiciales, deportaciones, muertes en campos de trabajo y por hambrunas. La vinculación hecha en el men-

cionado libro con otros regímenes totalitarios como el nazismo fue difícil de digerir para algunos defensores del orden, pero no preocupó demasiado el hecho de no establecer comparaciones o denuncias sobre el accionar represivo y asesino de las principales democracias occidentales, es decir, los grandes ganadores de la IIª Guerra Mundial.

Expresiones liberales, desde las más progresistas o democráticas, hasta las anarcocapitalistas o reaccionarias, contribuyen a dicha visión del comunismo. Bien podrían denunciar los crímenes y muertes del “capitalismo de Estado” pero prefieren llamar a eso comunismo y algunos autores neoderechistas llegan al ridículo de plantear que todo aquello ya estaba planificado en el *Manifiesto Comunista* de 1848. Así se amalgama a Marx con Stalin y al comunismo con una forma particular de capitalismo con preeminencia de la planificación estatal de la economía. Esto último, a su vez, es reforzado por gran parte de la izquierda, incluida buena parte del anarquismo, que continúan reproduciendo dichas identificaciones, ya sea en defensa las “experiencias socialistas” o en una limitada crítica, donde aquello que se busca sacar por la puerta (burocracia, represión, Estado, explotación) entra por la ventana, al no abordarse los elementos fundamentales que hacen a la reproducción del capitalismo (mercancía, trabajo, valor, dinero).

En las manifestaciones liberales actuales, esta asimilación del comunismo a diferentes expresiones capitalistas ha sido llevada al extremo. Llamando indistintamente comunistas o colectivistas a prácticamente todas las fuerzas políticas menos a la suya. Cualquier tipo de defensa del rol del Estado en la sociedad capitalista puede ser tildada de comunista, desde el Frente de Izquierda hasta Juntos por el Cambio. Así como cualquier expresión crítica del capitalismo puede ser tildada de colectivista. Estas imprecisas definiciones, parecen surgir inicialmente como una diferenciación por parte de los anarcocapitalistas respecto de los anarquistas “tradicionales” que eran comunistas o colectivistas, así como de todo el espectro marxista o de izquierda.

Más allá del desconocimiento por parte de los anarcocapitalistas, no podemos olvidar los importantes debates al interior del movimiento anarquista sobre comunismo y colectivismo sucedidos a fines del siglo XIX y principios del XX. Hoy abandonados, planteaban una demarcación profunda sobre cómo y por qué futuro luchar: «de cada quien según su capacidad y a cada quien según su necesidad», o «a cada uno el fruto de su trabajo». Será el propio Errico Malatesta quien dirá que el colectivismo es incompatible con la anarquía pues necesitaría de un poder regulador y moderador, que pronto se convertiría en opresivo y explotador, es decir, de un Estado. Marx, en su *Crítica del Programa de Gotha* (escrito en 1875 y publicado en 1891), confronta a la socialdemocracia alemana (y por ende a gran parte del marxismo) abonando también a la importante diferenciación entre colectivismo y comunismo.⁴

Al margen de la mera batalla por las palabras, nos parece necesario discutir un concepto tan central en la crítica de la sociedad capitalista y su transformación revolucionaria. El libro *Capitalismo y comunismo*, del cual compartimos otro extracto, es para nosotros una excelente aproximación para quien desee profundizar al respecto:

Cualquier definición económica del comunismo permanece dentro del ámbito de la economía, es decir, de la separación del tiempo y el espacio productivo del resto de la vida. El comunismo no se basa en la satisfacción de las necesidades tal como existen ahora o incluso como podríamos imaginarlas en el futuro. Es un mundo en el que las personas establecen relaciones y se involucran en actos que les permiten alimentarse, cuidarse, alojarse y enseñarse... a sí mismos. El comunismo no es una organización social. Es una actividad. Es una comunidad humana.

4 Ver al respecto de esta distinción en el seno del anarquismo y marxismo de fines de siglo XX: *Teoría revolucionaria y ciclos históricos*, Jean-Yves Bériou (Lazo Ediciones, 2023).

¿Marxismo cultural?

Las nuevas derechas y liberales conservadores asimilan también al comunismo con lo que denominan marxismo cultural: una “teoría” de la conspiración que explicaría tanto el movimiento de mujeres y disidencias, como la nueva izquierda, las teorías de género y el “homosexualismo”.

Plantean que existe una conspiración global iniciada por la escuela de Fráncfort destinada a destruir la familia, la heterosexualidad y los valores de la cultura occidental. Esta se impondría principalmente mediante la corrección política, y se propagaría a través del control de los medios de comunicación de masas y las universidades. Se sustentan en delirantes relatos como que Theodor Adorno, miembro de dicha escuela, colaboraba con las canciones de The Beatles para corromper a la juventud occidental.

Más allá del absurdo, toda teoría de la conspiración se basa en algunas verdades a medias, como en este caso el notorio protagonismo de la burguesía progresista, diversas expresiones del marxismo y el postestructuralismo en universidades y medios. Pero la explicación de esta hegemonía pareciera surgir simplemente de la habilidad política de la izquierda y el progresismo por imponer una invención ideológica.

Pongamos el caso de ciertas problemáticas que afectan de manera específica a las mujeres bajo el capitalismo. A través de nuestras diferentes publicaciones venimos abordando cuestiones como la división sexual, el trabajo doméstico, la violencia, entre otras, desde una

perspectiva radical.⁵ A su vez, hemos criticado cómo el progresismo las interpreta desde una óptica posmoderna y estatista, buscando soluciones a partir del victimismo, el identitarismo, la vía legislativa, sumado a un optimismo tecnológico.

Los neo-conservadores, por su parte, buscan directamente negar la existencia de dichas problemáticas y desmerecen las luchas masivas que se han desatado al respecto. Para ello, toman como punto de partida las canalizaciones progresistas de la lucha, sus aspectos más débiles, igualando toda lucha de mujeres a un feminismo supuestamente diseñado por la intelectualidad académica posmoderna. De este modo, buscan trasladar la discusión al terreno de las “ideas”. Misma lógica aplican al referirse al antirracismo, al ecologismo, al indigenismo, al “homosexualismo”, etc.

Tampoco se explica cuál sería la intencionalidad del progresismo en “inventar” o fomentar estos movimientos. La mera voluntad opositora contra ciertos valores tradicionales no puede tomar por sí sola semejante relevancia en una sociedad donde lo determinante es la obtención de ganancias. La explicación de la transformación de las fuerzas políticas en disputa aparece al indagar críticamente en los cambios en la reproducción del Capital y del proletariado, en su reestructuración y en sus luchas.

Los detractores del “marxismo cultural” parten por caracterizar lo que ellos denominan nueva izquierda, la cual ya no critica la propia existencia de la economía de mercado y la propiedad privada, sino que a lo sumo busca regularla. Señalan que la concepción izquierdista del “sujeto” ha pasado del obrero clásico a una suma de sujetos basados en cuestiones culturales e identitarias como las mujeres, disidencias sexuales, indígenas, inmigrantes, personas racializadas y ciertas minorías. Al plantear que se trata de una cuestión política y discursiva “creada” por la izquierda, evitan tener que abordar la

5 Ver principalmente el bloque de *Cuadernos de Negación* sobre patriarcado, trabajo doméstico, familia, sexo y género, números 13 al 15.

base material de contradicciones y luchas que ha posibilitado o incluso forzado a esta renovación izquierdista.

En oposición a dicha renovación, liberales neoderechistas hacen la “autocrítica” al interior del liberalismo de haber seguido dando centralidad a cuestiones económicas mientras la izquierda ha avanzado en cuestiones culturales. La “batalla cultural” sería entonces su aporte al liberalismo, que para ellos debe tener como base los valores occidentales y cristianos tradicionales.

A fin de cuentas, aquello de “liberal en lo económico y conservador en lo político” termina siendo siempre lo predominante. No se trata de una relación sencilla, ya que desde la óptica del libre mercado y las libertades individuales en su versión más extremista, el abordaje de ciertos temas –como el caso del aborto o la venta de órganos, armas y drogas– se vuelve inconsistente, si al mismo tiempo se buscan defender ciertos valores tradicionales. Por lo que si algo termina dotando de unidad al liberalismo neoderechista, es proclamarse como alternativa o mejor dicho como rechazo a los fracasos del progresismo y a su ideología.

Importantes rastros de esta concepción acerca del “marxismo cultural” y la combinación entre liberalismo económico y conservadurismo pueden hallarse en la tendencia autodenominada *paleoliberalismo*, surgida en la década de 1980 en EEUU y retomada actualmente, sobre la que trataremos a continuación.

Al interior de esta corriente en Argentina, además de Milei, se encuentra el autor y conferencista Agustín Laje como exponente más relevante. Ambos han promovido ampliamente la teoría conspirativa del marxismo cultural, pero este último se caracteriza por enfocarse en la “batalla cultural” con especial ensañamiento hacia el feminismo, sin versar prácticamente respecto de temas económicos ni introducirse, hasta ahora, en la arena electoral. Laje, junto a Nicolás Márquez hace algunos años publicaron *El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural*. La premisa es simple, y no por ello desacertada, aunque claramente se detiene

en la apariencia: las izquierdas parlamentarias, los sindicatos y los gobiernos progresistas han perdido fuerzas y apoyo de las masas obreras, por tanto se han volcado a las cuestiones de género, ecologistas y culturales. Para demostrar el oportunismo de la izquierda y el progresismo señalan, por ejemplo, el histórico desprecio, hasta ayer, de peronistas, guevaristas o estalinistas respecto de la homosexualidad.

Observación acertada con la que buscan disimular su propio rechazo a la diversidad sexual y su menosprecio hacia las problemáticas particulares de las disidencias sexuales en el capitalismo, negando que exista discriminación si no se plasma en la ley escrita. O al menos eso es lo que pretenden ya que, por ejemplo, continúan llamando al SIDA como “peste rosa” –recuperando el mote con el que se catalogó a la patología durante los primeros años desde su aparición. La crítica a esta expresión es bien conocida: se ubica a las relaciones sexuales no heterosexuales como causa de contagio en lugar de la falta de cuidados en las relaciones sexuales en general y en otro tipo de prácticas como la utilización de jeringas. La justificación del uso de la expresión por parte de estos personajes remite a la estadística en Latinoamérica, tomando una correlación por causalidad: si los contagiados tienen en su mayoría relaciones sexuales no heterosexuales, la causa de contagio es la homosexualidad. Operación similar realizan respecto a la brecha salarial: si no hay diferentes salarios entre un hombre y una mujer en un mismo trabajo dicha brecha no existe. A su vez, legalmente ningún trabajo está prohibido para la mujer por ley y la división sexual del trabajo se presenta como una cuestión de elección (excepto algunas labores religiosas). Pero la brecha salarial puede apreciarse en el promedio general de salarios entre hombre y mujeres, y su explicación reside en la reproducción biológica por parte de las mujeres, que influye en la disminución de su dedicación laboral asalariada. Todas las mujeres, se reproduzcan o

no, portan esta desventaja estructural en el mercado laboral debido a la división sexual del trabajo.⁶

En resumen, nada nuevo en los delirios conspirativos y las argumentaciones lógicas: mezclar verdades a medias con falsedades para poder traficarlo todo junto. Más adelante volveremos sobre la importancia que tiene la cuestión de género para estas corrientes liberales. Ahora nos introduciremos brevemente en la crítica a las teorías de la conspiración desde un punto de vista general, dada su creciente difusión tanto en los ámbitos de las derechas alternativas, así como también de manera creciente en ciertos movimientos sociales como es el caso de algunas expresiones del ambientalismo. El conspiracionismo, al tiempo que parece dudar de todo se aferra a supuestas verdades muy simples; al tiempo que duda de todo gobierno abraza la supuesta genialidad de nuevos candidatos. No hay razonamiento más impotente en un sentido crítico y transformador. Podríamos hacer una publicación aparte sobre estas críticas, por el momento compartimos algunos extractos:⁷

Una gran parte del origen de este problema podemos achacarlo a una crítica muy corta, simplista y cómoda al capitalismo y al poder. Es más fácil personalizar el funcionamiento del sistema en una serie de actores ocultos, que comprender cómo actúa una economía tan compleja como la actual, cómo son las estructuras económicas actuales y qué características tienen las estructuras de poder que se forman en el mundo. Algo que por un lado es más

6 Para profundizar ver *Cuadernos de Negación* nro. 14: *Notas sobre trabajo doméstico*.

7 Además de los extractos, recomendamos: *Como derrocar a los Illuminati*, con un título para que algún desprevenido simpatizante de estas “teorías” se disponga a leerlo y se encuentre con algo que no esperaba: una crítica anticapitalista de esta sociedad; *Chemtrails, miseria de la conspiración*, Miguel Sánchez Lindo (revista *Cul de sac* nro. 3-4); y *Conspiración y lucha social*, entrevista con el colectivo italiano Wu Ming. Tanto estas recomendaciones como los textos extractados pueden encontrarse fácilmente en internet.

concreto, menos secreto, pero por otro lado es más complejo y sobre todo de una abstracción mayor. Esto obedece, claramente, a un aspecto fundamental de la sociedad “de la información”: se tiene la impresión de que hay tantas cosas por aprender y tan poco tiempo, que se aceptan y se buscan las maneras más sintéticas y básicas de obtener comprensión y conocimiento. (...) No existen “los que detentan el poder” (los visibles y aquellos supuestos invisibles titiriteros) y “los engañados” (que vendríamos a ser el resto de la población mundial). Caer en el error de dar por supuesto que hay unos titiriteros que mueven toda la realidad, aparte de ser ingenuo y una simplificación, no hace más que distraer cualquier acto de resistencia y ataque real. (Mariposas del Caos, *Hay algo más allá de nuestras narices. Crítica a las teorías de la conspiración*)

La “respuesta conspirativa” quiere exactamente el mismo mundo, el mismo Estado, pero libre de la “casta”: se figura el mundo sin ella. Se trata solamente de preservar todos los elementos de esta sociedad alejándolos de las prácticas de estos individuos “maliciosos” y “manipuladores” que los pervierten y corrompen. Un verdadero sistema de salarios, una verdadera educación, una verdadera política de salud, una verdadera democracia, una verdadera información, una verdadera agricultura, un verdadero consumo, una verdadera economía, un verdadero Estado. (Théorie Communiste, *Conspiración en general y pandemia en particular*)

El problema de la sociedad actual queda reducido a una pequeña élite que gobierna desde las sombras el mundo. La liberación de la humanidad consistiría pues en revelar esta verdad oculta para que la humanidad desengañada extirpe a esa élite y acabe con su dominación. Una liberación propia de evangelistas. Por supuesto, estos evangelistas que destacan por su capacidad para rastrear entre las sombras, permanecen presos en el mundo de

los fenómenos y las apariencias al ser incapaces de percibir que hasta los centros de decisiones más importantes del capitalismo mundial están determinados, no por la voluntad de sus miembros, sino por las necesidades de valorización, por la dictadura de la economía, por el capital que trasciende toda voluntad humana y transforma a toda la burguesía en un mero funcionario del capital. (Proletarios Internacionalistas, *Teorías de la conspiración y amalgamas interesadas*, revista *Revolución* nro. 1)

Paleolibertarismo

Importantes rastros de la noción de “marxismo cultural” que hemos abordado y la combinación entre liberalismo económico y conservadurismo pueden hallarse en la tendencia autodenominada *paleolibertarismo*. El prefijo «paleo» se debe a la identificación con los liberales conservadores que participaron de la Vieja Derecha estadounidense de entreguerras que se opuso al intervencionismo del New Deal tras la crisis de 1929, la entrada en la IIª Guerra Mundial y el Estado de bienestar. Surgido en la década de 1980 en EEUU, el movimiento paleo se oponía al «liberalismo corporativo», al «libertinaje» y a un minoritario liberalismo de izquierda. Paradójicamente, se enfrentaba a ciertas manifestaciones inevitables de la mercantilización de cada vez más aspectos de la vida, la cultura de masas, la apología de la libertad individual y la transformación en el modo de vida de los trabajadores. Su principal ideólogo fue el anarcocapitalista Murray Rothbard, perteneciente a la escuela austríaca de economía y reivindicado ampliamente por Milei, quien acuñó el término paleolibertario para definir una estrategia libertaria de activismo populista de derecha. En su artículo de 1992, *Right-Wing Populism: A Strategy for the Paleo Movement* («Populismo de derecha: una estrategia para el movimiento paleo»), lo expresa de esta forma:

La realidad del sistema actual es que constituye una alianza im-
pía de las grandes empresas “liberales corporativas” y de las élites

mediáticas, que, a través del gran gobierno, han privilegiado y hecho surgir una subclase parasitaria [léase los más pobres y desocupados] que, entre todos, están saqueando y oprimiendo al grueso de las clases medias y trabajadoras de Estados Unidos. Por lo tanto, la estrategia adecuada de los libertarios y de los paleos es una estrategia de “populismo de derecha”, es decir: exponer y denunciar esta alianza impía, y llamar a sacarla de las espaldas del resto de nosotros: las clases medias y trabajadoras.

Luego define el programa populista de derechas, que «debe concentrarse en el desmantelamiento de las áreas cruciales existentes del dominio del Estado y de las élites» resumiéndolas en ocho puntos: 1. Recorte y derogación de impuestos, fundamentalmente a la ganancia, 2. Abolir o restringir severamente el Estado de bienestar que impone el dominio de la “subclase”, 3. Recuperar las calles: aplastar a los criminales, remarcando que no se refiere a los de “guante blanco” sino a los delincuentes callejeros violentos, agregando que «los policías deben estar desatados y permitir que administren un castigo instantáneo», 4. Deshacerse de los vagabundos, 5. Abolir la reserva federal y atacar a los banqueros, que producen inflación y destruyen el ahorro, 6. *America first*, punto clave que propone abandonar todo tipo de ayuda exterior y volver a resolver los problemas en casa, 8. Defender los valores familiares, sacar al Estado de la familia y sustituir el control estatal por el control de los padres.

A su vez, desarrolla una estrategia para dicho programa al interior del libertarismo, aclarando que es «totalmente coherente con una posición libertaria dura». Partiendo de la necesidad de alianzas en la política plantea que:

(...) hay otras áreas en las que los libertarios podrían llegar a un compromiso con sus socios paleo o tradicionalistas u otros en una coalición populista. Por ejemplo, en lo que respecta a los valores familiares, tomemos problemas tan controvertidos como

la pornografía, la prostitución o el aborto. Aquí, los libertarios pro-legalización y pro-elección deberían estar dispuestos a comprometerse con una postura descentralista; es decir, acabar con la tiranía de los tribunales federales, y dejar estos problemas en manos de los Estados, y mejor aún, localidades y barrios, esto es, bajo estándares comunitarios.

La tendencia “paleo” no tendría mucha incidencia y notoriedad en su surgimiento a finales de siglo xx, pero si su programa nos resulta tan familiar algunas décadas después es fundamentalmente por el ascenso de Trump, sus discursos, campaña y ciertas políticas de su gobierno. De hecho, a partir de su figura, sectores libertarios retomaron la perspectiva “paleo” propuesta por Rothbard, apoyándolo frente a los candidatos liberales “duros”. Lo propuesto en la última cita, por ejemplo, parece haberse cumplido al pie de la letra. En junio de 2022, la Corte Suprema de EEUU anuló luego de casi 50 años el fallo Roe vs Wade que legalizaba el aborto en todo el país, dejando esta decisión en manos de cada Estado. Esto fue posible a partir de la designación de tres jueces de dicha corte durante el gobierno de Trump.

A partir de las campañas del frente electoral de La Libertad Avanza, podemos observar cuánto de este populismo de derechas hay en muchas de sus propuestas donde las políticas económicas quedan en un segundo plano. El aborto legal, el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad, el “marxismo cultural” o el calentamiento global, son objeto frecuente de las rabietas de estos libertarios.

¿Ideología de género?

A lo largo del número 15 de *Cuadernos de Negación* nos aproximamos a las nociones de sexo y género, relacionándolas con la división sexual en el capitalismo, buscando seguir profundizando respecto de las formas en que el Capital articula e interviene sobre las diferencias para la producción y reproducción de esta sociedad. Allí comenzábamos diciendo:

“Ideología de género” es lo que viene denominándose, errónea, despectiva e inquisitorialmente por sectores reaccionarios, a la puesta en crítica y actualización de las tradiciones, usos y costumbres en relación a lo sexual. Con esta definición, intentan atacar al movimiento de mujeres, a quienes no se ajustan a la heterosexualidad, a la educación sexual en las escuelas y fuera de ellas, así como cualquier expresión, tanto reformista como revolucionaria, que atente contra su terrorismo antisexual, normalizador, familiar y heterosexista. Ironías de la vida, son justamente aquellos que la señalan como un peligro quienes defienden algo que podría denominarse más cabalmente como “ideología de género”... Aquellos de las campañas “con mis hijos no te metas”, quienes reparten globos rosas o celestes en las calles y demás personajes estrechamente relacionados con el cristianismo tanto católico como el cada vez más poderoso evangélico.

En su guerra contra el feminismo, el movimiento de mujeres, el colectivo LGTTBIQ+, y contra la legalización del aborto, los liberales neoderechistas han optado por meterse en cuestiones no tan propias de su doctrina. Aseguran que la “ideología de género” estaría también basada en un movimiento organizado con una agenda común, es decir, otra “teoría” de la conspiración.

No pueden asumir que el género, o más precisamente la división sexual capitalista y sus respectivas asignaciones, están siendo cuestionadas no por los caprichosos diseños de una agenda, sino por las transformaciones en la reproducción de la sociedad. Estas han puesto de relieve que si bien las diferencias biológicas, morfológicas y hormonales existen, esto no implica, como afirman desde los sectores conservadores o incluso corrientes del feminismo, que en cada sociedad estas signifiquen o representen lo mismo, o porten algún tipo de esencia. Por empezar, ser hombre o ser mujer no es lo mismo en todas las sociedades, porque son categorías históricas y sociales.

Las sociedades de clase, a lo largo de su historia y en pos de su reproducción, debieron controlar cuatro elementos fundamentales e inseparables de la vida de la especie: el cuerpo, la sexualidad, la reproducción y la crianza de los hijos. En este punto, la división sexual y la dominación específica sobre quienes tienen la capacidad de gestar hijos se vuelve esencial. Lo que conocemos como mujer y hombre se basa en esa característica anatómica (la capacidad de gestar hijos) y la división social creada a partir de la misma en las sociedades de clase por la necesidad de crecimiento poblacional.

El control de las mujeres (su cuerpo, su sexualidad, su capacidad reproductiva) permite controlar al mismo tiempo al resto de la población. A su vez, es determinante en la crianza de niñas y niños, así como en el sostenimiento de la familia o al menos de la reproducción de la fuerza de trabajo en la sociedad actual.

El trabajo asalariado requiere de una esfera específica dedicada a ciertas tareas necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo: el trabajo doméstico, cuya asignación reproduce la división sexual construida a través de las diferentes sociedades de clase.

La asignación de ciertas labores a un determinado grupo de personas definido según su capacidad reproductiva es lo que ha constituido históricamente a las mujeres, y a quienes no la tienen como hombres. Es esta división social en dos sexos la que ha creado lo que conocemos como sexo biológico, que naturaliza lo que se ha construido socialmente. (*La Oveja Negra* nro. 88, 1° de mayo contra el trabajo)

En el contexto actual, en el que la sociedad capitalista enfrenta diversas dificultades para su reproducción a partir de las transformaciones que rigen su dinámica desde hace medio siglo, es que las “nuevas derechas” toman fuerza con sus “batallas culturales”. Es de este modo que su expreso rechazo al aborto aparece como una cuestión central (otra es la inmigración, no muy presente en Argentina) en “la defensa de la familia y los valores tradicionales degradados por el progresismo liberal”.

Así podemos aproximarnos al retroceso en materia de acceso al aborto en EEUU, el auge evangélico y su creciente injerencia política en Latinoamérica, la importancia dada al tema por todos los sectores conservadores o las rimbombantes políticas natalistas (aunque de dudosa efectividad) como el restablecimiento de la distinción soviética “Madre heroína” por parte del gobierno de Putin en Rusia, que otorga una suma de 16500 dólares a las madres que tengan 10 o más hijos.

Evidentemente, estos fenómenos políticos no representan una necesidad de la reproducción capitalista por contar con una mayor cantidad de fuerza de trabajo disponible sino, como decíamos, una

reacción a ciertos cambios en la reproducción de la fuerza de trabajo relativos al género y las luchas que forman parte de los mismos.⁸

8 Sobre la vinculación entre declive de la tasa de natalidad, crecimiento de la inclusión al trabajo asalariado de las mujeres, relajación de la matriz heteronormativa, requerimientos de fuerza de trabajo, cambios en la reproducción de la fuerza de trabajo y las formas de explotación, ahondaremos en *Cuadernos de Negación* nro. 16: *Notas sobre aborto y población*, de próxima aparición.

¿Fascismo? ¿Antifascismo?

Si aún hoy se habla de fascismo es en gran parte gracias a la ideología antifascista. En la actualidad existen corrientes neoderechistas claramente desmarcadas del fascismo como la que aborda principalmente este libro y otras que pueden comprenderse como neofascistas o posfascistas por algunas de sus características, pero el fascismo histórico se trata claramente de otra cosa.

Fundamentalmente, el fascismo va asociado a la unificación económica y política del Capital, tendencia que se generalizó desde 1914. El fascismo fue una forma particular de realizar este objetivo en ciertos países –Italia y Alemania– donde el Estado se mostró incapaz de mantener el orden (tal y como lo entiende la burguesía), a pesar de que la revolución había sido aplastada. El fascismo tiene las características siguientes: (1) nace en la calle; (2) crea desorden mientras predica el orden; (3) es un movimiento de clases medias obsoletas que termina en su destrucción más o menos violenta; y (4) regenera *desde el exterior* el Estado tradicional, que se ha vuelto incapaz de resolver la crisis capitalista.

El fascismo fue una solución a la crisis del Estado durante la transición a la dominación total del capital sobre la sociedad. Para sojuzgar la revolución habían hecho falta cierto tipo de organizaciones obreras; a continuación, hizo falta el fascismo para poner fin al desorden consiguiente. La crisis nunca fue superada

realmente: el Estado fascista sólo resultó efectivo de forma superficial, porque reposaba sobre la exclusión sistemática de la clase obrera de la vida social. Esta crisis ha sido superada por el Estado con mayor éxito en nuestros propios tiempos. El Estado democrático emplea todas las herramientas del fascismo, de hecho más, porque integra a las organizaciones obreras sin aniquilarlas. La unificación social va más allá de la que proporciona el fascismo, pero el fascismo como movimiento específico ha desaparecido. Corresponde a la disciplina forzada de la burguesía bajo presión del Estado en una situación verdaderamente única. (Gilles Dauvé, *Fascismo / Antifascismo*)⁹

Es mejor llamar a las cosas por su nombre. Milei y sus seguidores podrán ser muchas cosas, pero no fascistas, al igual que Macri, Bullrich, el FMI o el diario *La Nación*. Sucede que llamarles de ese modo es muy útil para crear un frente político bien amplio donde quepan todos, pero manden unos pocos. Y es más útil aún para salvaguardar el buen nombre de la democracia, llamando de otra manera a los aspectos que se consideran nocivos de la misma. Así se busca reducir los problemas a una cuestión de gestión política, apelando a la crítica de los “excesos” y evitando las críticas que ponen a la sociedad capitalista en entredicho.

La definición de fascismo es comprendida actual y vulgarmente como cualquier imposición de voluntad o autoritarismo. El fascismo no sería un fenómeno sociopolítico del siglo xx sino una constante que acompaña toda la historia humana. Además de este fascismo ahistórico, o gracias a ello, tenemos la conceptualización de “microfascismos” que se identifican y denuncian por todas partes. Combatirlos es más sencillo: no es necesaria la revolución social,

9 De pronta publicación con Lazo Ediciones en una compilación de artículos bajo el mismo nombre.

ni siquiera la lucha colectiva, basta con la punición, el señalamiento o la culpa.

Al tiempo que el progresismo se espanta de las aberraciones pronunciadas por sus adversarios, las exagera con la intención de diferenciarse y perpetuarse en el poder. Más allá de lo discursivo, en la práctica no parece haber una diferenciación tan radical como se plantea allí donde diferentes expresiones de rechazo al progresismo han llegado al poder. Al menos hasta ahora es lo que demuestran los procesos en diferentes países, donde no se ha producido más que una alternancia, sin una modificación profunda de las políticas estatales o una reforma estructural del Estado y su vínculo con el mercado. Es lo que se observa, por ejemplo, en los procesos de Bolivia, EEUU, Argentina y Brasil con Morales-Áñez-Arce, Obama-Trump-Biden, Fernández de Kirchner-Macri-Fernández, Da Silva-Rousseff-Temer-Bolsonaro-Da Silva, respectivamente. El progresismo latinoamericano, por su parte, a la vez que señala el peligro derechista no ha hecho más que moderarse. Mientras que las nuevas o viejas derechas, a pesar de su agresividad, se han vuelto más progresistas al llegar al poder.

En un artículo del boletín *La Oveja Negra* de noviembre de 2020, justamente titulado *Tiempo de moderaciones progresistas*, decíamos al respecto:

Estamos asistiendo a un proceso regional donde dicha alternancia se presenta como fundamental para el mantenimiento del orden. El llamado “socialismo del siglo xxi” ha dejado de estar en la boca de los mandatarios progresistas de Latinoamérica. A excepción del desopilante y hambreador gobierno de Maduro, el resto de asesinos y represores ha bajado el nivel de beligerancia. La necesidad de “sacar a la derecha y a los golpistas” justifica una moderación cada vez mayor para garantizar el orden, que se sostiene gracias a la “amenaza latente” de la derecha. Por eso, el mal menor es aceptado cada vez más sin chistar, mientras se va pareciendo cada vez más al mal mayor que tanto se dice evitar.

De cara a las últimas elecciones presidenciales, el líder del Partido de los Trabajadores de Brasil dijo: «Queremos regresar para que nadie ose desafiar nunca más la democracia. Y para devolver al fascismo a la alcantarilla de la historia, de la que nunca debió salir». En este sentido, consideramos muy oportuno otro extracto de Gilles Dauvé, en esta ocasión de *Cuando mueren las insurrecciones*:¹⁰

La esencia del antifascismo consiste en luchar contra el fascismo mientras se apoya a la democracia; en otras palabras, luchar no por la destrucción del capitalismo, sino para forzar al capitalismo a renunciar a su forma totalitaria. Cuando se identifica al socialismo con la democracia total, y al capitalismo con el auge del fascismo, la oposición entre proletariado/capital, comunismo/trabajo asalariado, proletariado/Estado, se hace a un lado en favor de la oposición «democracia»/«fascismo», presentada como la quintaesencia de la perspectiva revolucionaria. La izquierda y la extrema izquierda oficiales nos dicen que un verdadero cambio sería la realización, por fin, de los ideales de 1789, traicionados una y otra vez por la burguesía. ¿Un nuevo mundo? Pero si ya está aquí, hasta cierto punto, en embriones que deben ser preservados, en pequeños brotes que hay que hacer germinar, los derechos democráticos ya adquiridos, que habría que ampliar cada vez más dentro de una sociedad infinitamente perfectible mediante añadidos cada vez mayores de democracia, hasta llegar a la democracia completa: el socialismo. (...)

No vamos a caer en el ridículo de reprochar a la izquierda y a la extrema izquierda haber arrojado a la basura una perspectiva comunista que sólo han conocido para oponerse a ella. Es evidente que el antifascismo renuncia a cualquier revolución. Pero fracasa también donde su «realismo» pretende ser eficaz: a la hora de prevenir una posible mutación dictatorial de la sociedad.

10 También incluido en la compilación antes mencionada.

La democracia burguesa es una etapa de la toma del poder por el capital, y su extensión en el siglo xx remata esa dominación intensificando el aislamiento de los individuos. Propuesta como solución a la separación entre los hombres y la comunidad, entre la actividad humana y la sociedad, así como entre las clases, la democracia nunca será capaz de solucionar el problema de la sociedad más separada de la historia. En tanto forma impotente para modificar su contenido, la democracia no es sino una parte del problema del que dice ser la solución. Cada vez que dice fortalecer el «vínculo social», contribuye a su disolución. Cada vez que palia las contradicciones de la mercancía, lo hace estrechando la red estatal tejida sobre las relaciones sociales. Incluso al nivel desesperadamente resignado en el que se sitúan, los antifascistas, para ser creíbles, tendrían que explicarnos de qué modo es compatible la democracia local con la colonización mercantil que vacía los lugares de encuentro y llena los centros comerciales, o de qué manera un Estado omnipresente del que se espera todo, protección y asistencia, auténtica máquina de producir el «bien» social, no hará el «mal» el día en que unas contradicciones explosivas exijan restablecer el orden. El fascismo es la adulación del monstruo estatal; el antifascismo es su apología más sutil. La lucha por un Estado democrático consolida inevitablemente al Estado, y en lugar de extirpar las raíces del totalitarismo, estrecha las garras que proyecta sobre la sociedad.

Antiliberalismo y anticomunismo, de izquierda y derecha

¿De qué derecha y de qué izquierda hablamos? Si ponemos en duda que la categorización de izquierda o derecha sea definitoria o autoexplicativa no es porque hayamos vivido “el fin de las ideologías” o “el fin de la historia” tras la caída del muro en 1989 y de la Unión Soviética.

Francis Fukuyama en 1989 publicó su artículo *¿El fin de la historia?* donde señalaba respecto de aquel contexto:

Lo que estaríamos presenciando no es solo el final de la guerra fría o el ocaso de un determinado periodo de la historia de posguerra, sino el final de la historia en sí; es decir, el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal occidental, como forma final de gobierno humano.

Por aquel entonces, y tras la publicación en 1992 de su libro *El fin de la historia y el último hombre*, desde el neoconservadurismo se argumentó la sólida victoria del liberalismo político y económico que proclamaba el gobierno norteamericano de Ronald Reagan.

Poco tiempo después, Fukuyama publica *Construcción del Estado: gobierno y orden mundial en el siglo XXI*: «Defiendo la construcción del Estado como uno de los asuntos de mayor importancia para la

comunidad mundial, dado que los Estados débiles o fracasados causan buena parte de los problemas más graves a los que se enfrenta el mundo: la pobreza, el sida, las drogas o el terrorismo.» Se manifestó también acerca de la unipolaridad mundial a partir de la política estadounidense, la importancia del rol del Estado en las economías subdesarrolladas y las consecuencias del libre mercado. Este giro contribuyó a la argumentación de los estatistas críticos del liberalismo económico. De cualquier modo, este influyente autor expresa de manera fiel el devenir de la “democracia liberal occidental” en la historia reciente: apología en su apogeo hacia fines de siglo xx, revisión frente a sus consecuencias extremas, y una defensa al estilo del “mal menor” frente al escenario actual. En 2022 publica *El liberalismo y sus desencantados. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales*, donde realiza una reivindicación del liberalismo “clásico” contra las críticas de la izquierda progresista contemporánea y las nuevas derechas.

Volvamos a la cuestión izquierda/derecha. A menudo se comprende que el anticomunismo es potestad de la derecha, así como el antiliberalismo lo sería de la izquierda. Veamos por qué no necesariamente.

Las expresiones de izquierda casi en general, y específicamente sus opciones parlamentarias, se han vuelto rotundamente anticomunistas, tanto en los hechos como en sus discursos. Todas sus propuestas parten de la imposibilidad del comunismo y por tanto de la lucha comunista. Se reducen a gestionar y administrar la sociedad capitalista. No porque supongan que es la mejor posibilidad sino porque asumen que es la única posible. Esto queda cada vez más claro, de modo que hasta en su imaginario y retórica ya han renunciado no solo a la palabra *comunismo* sino a *socialismo*, así como a cualquier forma de crítica o puesta en cuestión de la propiedad privada y el trabajo asalariado.

Coinciden con grandes sectores de la derecha en que el problema no es el capitalismo sino el liberalismo o neoliberalismo. Critican, una y otra vez, no los fundamentos del modo de producción capi-

talista, la relación social capitalista en sí misma, sino determinados aspectos como la usura o el capitalismo financiero, que asocian a ciertas personas o grupos humanos y no al mecanismo impersonal y automático del Capital. Para unos será el FMI y para otros “la banca judía”, para unos serán los políticos corruptos y para otros “la casta”, para unos serán los patrones inescrupulosos y para otros los inmigrantes, quienes hacen de este un mundo terrible.

A estos fines de “anticapitalismo selectivo” la nueva derecha francesa con Alain de Benoist, el nacional-bolchevismo de Aleksandr Dugin o Diego Fusaro desde Italia con su marxismo nacionalista, entre otros, leen a Marx “desde la derecha”.¹¹ Lo extraño, o no, es que a fin de cuentas estos autores reaccionarios plantean propuestas de comunalismo o pseudocomunismo que la izquierda ya ha abandonado. Sus desarrollos podrían comprenderse como ideas de izquierda con valores de derecha, aunque buscan ir más allá de estas categorías. En gran medida allí reside su aparente novedad (el fascismo histórico también se presentó de esa manera) y su creciente injerencia en la sociedad.

Criticar al liberalismo sin reducirlo a su aspecto económico, sino fundamentalmente a partir de cuestiones culturales, planteando la degradación de ciertos valores que consideran esenciales como la nación y la familia, denunciando el totalitarismo que implica la globalización en tanto homogeneización de hábitos de consumo y de vida. De este modo, cuestionan la democracia liberal en tanto totalitarismo de mercado, contraponiendo la democracia “iliberal”, que no es más que la defensa de gobiernos totalitarios justificados por la “batalla cultural” y la defensa de la nación. El caso de Hungría, con Viktor Orbán como primer ministro, es el ejemplo más notable de la puesta en práctica de estas concepciones.

11 Sobre las nuevas derechas ver: *La religión de la muerte. Postscriptum sobre viejos y nuevos fascismos* de Julio Cortés Morales (Editorial Tempestades, Chile, 2023, de pronta publicación por Lazo Ediciones).

Los “iliberales” rechazan al “globalismo”, que podría entenderse como la ideología tras la globalización (siempre con una dosis de conspiracionismo), o el “cosmopolitismo”, planteando el cierre de las fronteras frente a la inmigración, que es entendida como una de las principales causas de la degradación cultural y económica. Según sus planteos, se oponen a la inmigración pero no a los inmigrantes, criticando los motivos económicos y bélicos que la promueven. Aunque en la práctica no signifique gran diferencia, este tipo de matices discursivos no son menores en cuanto a su aceptación en sectores de la población que no son precisamente reaccionarios, desarrollando fuertes críticas al progresismo liberal por no poder contener los efectos de sus propias políticas.

En materia geopolítica, consideran que la unipolaridad de EEUU y su dominio a través de la OTAN, entendido como “atlantismo”, deben ser enfrentados, proponiendo una multipolaridad donde Rusia adquiere un importante protagonismo. En este sentido, Duguin es una referencia importante con su defensa del eurasiatismo y es considerado como uno de los ideólogos de la guerra contra Ucrania. A su vez, existe cierta simpatía con Trump debido a sus planteos proteccionistas y críticos del expansionismo bélico de EEUU,¹² quien ha manifestado hubiese evitado el conflicto bélico entre Rusia y Ucrania como mediador. Giorgia Meloni, presidenta del Consejo de Ministros de Italia desde 2022 e importante referente neoconservadora de ese país, por el contrario, se ha manifestado abiertamente atlantista, en apoyo a Ucrania. Si bien Milei ha asumido abiertamente su alineamiento geopolítico con EEUU e Israel en reiteradas ocasiones en oposición a la China “comunista” y a los BRICS, no hay que perder de vista las propias tensiones políticas al interior de dichos países. En este sentido, Milei se alinea con EEUU identificán-

12 En este punto existe otra coincidencia con el paleolibertarismo estadounidense que critica el belicismo de ese país asociándolo al corporativismo empresarial en tanto beneficio de ciertos sectores, empezando por la industria armamentística.

dose con Trump, así como hace lo propio con Bolsonaro mientras se opone a los BRICS. Existen diferencias entre países y expresiones de las nuevas derechas, tanto en materia geopolítica como respecto del liberalismo económico que en general critican, pero todas parecen converger en torno a la oposición de lo que han dado en llamar globalismo progresista.

De Benoist, por su parte, insiste en que no se oponen a la igualdad entendida como el acceso a las cuestiones básicas para la vida, sino a la igualdad como valor supremo del liberalismo cultural, que no permitiría la existencia de las diferencias regionales. Este pensador se despega del nacionalismo, criticando la centralidad del Estado, proponiendo un federalismo donde se respeten las identidades regionales. Esto lo acerca a posicionamientos más clásicos de la izquierda como la “liberación nacional” o la “autodeterminación de los pueblos”.¹³ Propone un conservadurismo no reaccionario, influenciado por las expresiones revolucionarias conservadoras que se desarrollaron posteriormente a la Iª Guerra Mundial en Alemania, vinculados a los orígenes del nacionalsocialismo alemán y luego ferrozmente reprimidos por este. En su artículo *Vieja y nueva derecha*, escrito entre 1976 y 1977, podemos leer:

Llamo reaccionaria a la actitud que consiste en tratar de restituir una época a un estadio anterior. Llamo conservadora a la que busca apoyarse, dentro de la suma de cuanto ha sucedido, en lo mejor de lo que ha precedido a la situación presente, para llegar así a una situación nueva. Es decir, que a mis ojos todo verdadero conservadurismo es revolucionario.

13 En Argentina, más allá de la izquierda, el primero de estos posicionamientos fue uno de los principios de la política internacional argentina del gobierno peronista entre 1946 y 1955, mientras que el segundo se constituyó en uno de los emblemas de la denominada “resistencia peronista” durante los años siguientes hasta el retorno de Juan Perón al país (1955-1973).

Tras ser acusado de nazi en varias ocasiones se mantuvo alejado de la escena pública, reapareciendo en los últimos años con el ascenso de las nuevas derechas. De Benoist plantea que si la izquierda actual no se hace cargo del estalinismo y las formas de «socialismo históricamente realizadas», por qué deberían las nuevas derechas justificarse cuando son tachadas de fascistas. Entre sus principales autores de influencia podemos encontrar a Gramsci, Marx e incluso a Debord, mientras que, por su parte, Duguin escribe loas a Bakunin. Mientras tanto, en los ámbitos de izquierda el mote de facho parece alcanzar para abordar las nuevas derechas.

En cuanto a influencias locales, es importante señalar que el antiliberalismo estatista y patriotero ha unido a Duguin con la CGT argentina donde además de dar conferencias ha adquirido admiración por Perón señalando que el milico «es el profeta ontológico». Los gobiernos que conformaron el llamado Socialismo del siglo XXI, comprendidos como incipientes expresiones de socialismo nacional, también fueron vistos con buenos ojos por estas nuevas derechas antiliberales. Fusaro, además de publicar en editoriales tanto progresistas como nacionalsocialistas, da sus conferencias en centros neonazis de Europa a la vez que es invitado a disertar por funcionarios gubernamentales de Bolivia como Álvaro García Linera, intelectual marxista y ex vicepresidente de este país.

Más allá de ciertos sectores del peronismo como el liderado por Guillermo Moreno, que critican al liberalismo progresista, al “globalismo”, lo políticamente correcto y ciertos rasgos socialdemócratas del kirchnerismo y el gobierno actual, no existen en la Argentina claras expresiones de estas nuevas derechas antiliberales. Si bien existen puntos de coincidencia, la expresión predominante en Argentina es abiertamente liberal y contraria al estatismo.

Neoliberalismo en Argentina

En reiteradas ocasiones hemos insistido en la continuidad e interrelación entre las diferentes formas políticas y de acumulación capitalista, para señalar la importancia de no hacer una crítica parcial de esta sociedad. El discurso antineoliberal, que aparenta criticar duramente al capitalismo, por lo general, acaba idealizando un capitalismo supuestamente más bondadoso en el pasado en torno al cual articula sus propuestas. Así es que ciertas fracciones del progresismo se siguen postulando como una forma de resistencia al capitalismo más voraz.

Las políticas llamadas neoliberales aplicadas en Argentina y otros países de Latinoamérica, no fueron posibles únicamente gracias a las últimas dictaduras cívico-militares y su feroz represión. Algunos de los rasgos de lo que mayormente se identifica como neoliberalismo –el avance de la precarización y flexibilización en el trabajo, la privatización de diversas industrias y servicios, la creciente financiarización de la economía, reducción del gasto público–, fueron consecuencia de ese capitalismo previo añorado por muchos, que en Argentina representa el peronismo, y que tuvo su correlato en diferentes regiones del mundo con el llamado Estado de bienestar.

Otros aspectos importantes de estas transformaciones a nivel mundial fueron la globalización y la deslocalización de los centros productivos. El proceso mundial de reestructuración asumió diferentes características nacionales y llevó varias décadas extenderse. De

manera similar a lo que ocurrió en Argentina, en muchos países aumentó considerablemente la población desempleada producto del cierre de diversas industrias y sectores cuyas tecnologías iban quedando obsoletas en términos de productividad, aumentó la precarización de enormes porciones de la población orientadas mayormente al sector servicios, a la vez que crecieron o lograron mantenerse los salarios de un número reducido de trabajadores empleados en sectores de mayor tecnificación y rentabilidad. Distinto es el caso de aquellos países donde se relocalizaron o abrieron nuevas industrias, con mano de obra masiva y a mejor precio, como ocurrió en varios países asiáticos. La masa de mercancías a nivel global no ha parado de crecer, aunque no podamos decir lo mismo de la masa salarial o de los niveles de empleo, si miramos los países por separado. De este modo, el rol del Estado se ha ido transformando, generalizándose en gran parte del globo la asistencia social a los sectores desempleados o precarizados, que no tienen acceso a un salario, o bien este es absolutamente insuficiente.

Los altos niveles de empleo, el aumento de los salarios reales y el acceso a diversos bienes de consumo, así como la “conquista” de ciertas libertades democráticas, se dieron en el marco de un acelerado desarrollo económico posibilitado por la posguerra, así como por los altos niveles de productividad del trabajo fundados en importantes desarrollos tecnológicos. Todo esto propugnó un fuerte pacto entre diversos sectores burgueses y la socialdemocracia en gran parte del mundo, de altos niveles productivos y mejores salarios.¹⁴

Pero el crecimiento capitalista no puede detenerse, y esos “dorados” años de enormes barrios obreros y miles de puestos estables de trabajo en fábricas, puertos, ferrocarriles y un largo etcétera, estaban condenados a la ruina por el propio desarrollo económico. Una vez

14 Claro que no se trata de un desarrollo homogéneo a nivel mundial de acuerdo a la división internacional del trabajo, simplemente estamos tratando de describir sus características generales.

más, las políticas que llegaron de la mano de dictadores y gobiernos de corte liberal durante las décadas posteriores no fueron más que el resultado del devenir económico a nivel mundial y su impacto local, y no de las buenas o malas decisiones de ciertos sectores políticos.

Por supuesto que las medidas no fueron aplicadas sin oposición. Mientras exista capitalismo nos oponemos a todo aumento de la explotación, que sufrimos a través de nuestros salarios, los precios y la calidad de lo que consumimos, los impuestos que debemos pagar, las reformas laborales o previsionales, etc. De igual modo, nos oponemos a los avances represivos del Estado bajo la forma de gobierno que sea. Sin embargo, lo que nos resulta fundamental exponer, en todo contexto, es que el antagonismo social entre burguesía y proletariado no se resuelve por medio de la política.

En la actualidad, resulta llamativa la aceptación del discurso liberal en la Argentina que hasta hace menos de una década era rechazado o incluso mala palabra para la mayoría de la población. El crecimiento de la nueva derecha liberal es inseparable de los fracasos progresistas frente a las problemáticas sociales que ha enfatizado en sus discursos, en función de sus propios conjuros: inclusión social, redistribución de la riqueza, ampliación de derechos. En cambio, ha crecido la pobreza, el trabajo precario, la desigualdad y la violencia (sea represiva, criminal como la vinculada al narcotráfico, o de género). Lo curioso no es solo que las necesidades sean traducidas en derechos, lo cual ya es una enorme dificultad desde el punto de vista de una transformación social radical, sino que incluso al interior de la propia dinámica de gestión política de la sociedad se ha reforzado una lógica de oposición discursiva que no pareciera sugerir un cambio de rumbo profundo en lo inmediato.

No es que consideremos eso deseable, sino que ponemos en evidencia que este giro discursivo emana de las propias dificultades del capitalismo para reestructurarse nuevamente, e incluso que son parte de la última reestructuración cuyos rasgos esenciales en el mercado laboral perduran hasta el día de hoy. Esta preeminencia de lo dis-

curso permite cierta volatilidad en la política, hacer y deshacer sin transformar, mantener el orden dominante evitando la irrupción de protestas masivas, a pesar de la agudización de las contradicciones sociales. Al menos así se nos presenta actualmente, y si los liberales u otras facciones de la burguesía no han ido más lejos, es porque no existe una capacidad del Capital para implementar medidas que le den un nuevo aire. Este ha sido, al menos hasta ahora, un aporte importante del renovado liberalismo al sostenimiento del frágil orden actual. La lucha social, por ahora adormecida, es una amenaza latente y cuenta con importantes antecedentes próximos como el estallido del 2001.

Si miramos detenidamente las nuevas expresiones liberales neoderchistas, no solo critican al progresismo, sino al propio neoliberalismo. Desde lo económico y político señalan que no se habría ido lo suficientemente lejos en la búsqueda del Estado mínimo, aludiendo espectacularmente al uso de dinamita en el banco central o la motosierra en el gasto público. Desde lo cultural reivindican los valores occidentales y cristianos como base del verdadero liberalismo. En oposición al progresismo y marcados por el oportunismo electoral, parecieran constituir, como mucho, una posible alternancia más que una alternativa o cambio brusco frente a la dinámica actual, como lo señalan los recientes mandatos de personajes como Trump o Bolsonaro.

Las medidas que comúnmente se engloban dentro del neoliberalismo se impusieron a nivel mundial con la reestructuración capitalista iniciada en la década de 1970. En Argentina, la reestructuración global tendría su manifestación particular que se condensaría en la década de 1990, con una reforma del Estado y del modo de acumulación local. Estas se dieron en el marco de un férreo disciplinamiento de mercado sobre los trabajadores y la economía en general, ejercido principalmente a través de la convertibilidad, la apertura comercial y las privatizaciones. Esta disciplina fue impuesta luego

de dos procesos hiperinflacionarios en 1989 y 1991 que destruyeron los salarios y condujeron al caos a la economía local.

El modo de acumulación capitalista en Argentina se basa en la inserción en el mercado mundial a partir de la producción de *commodities* de bajo valor agregado (que incluye productos primarios como la soja y también sus derivados industriales como el aceite, la harina o los pellets). Si bien históricamente la Argentina ha sido un país agroexportador, durante la década de 1990 estos sectores se expandieron y modernizaron notablemente, aumentando su productividad.

Este proceso no haría sino consolidarse en la década siguiente tras la crisis de 2001 y el fin de la convertibilidad. La recuperación económica y política durante el kirchnerismo se realizó sobre la base del aparato productivo reestructurado, condiciones favorables en el mercado mundial, un relajamiento del disciplinamiento de mercado que supuso la convertibilidad y salarios reales de miseria al comienzo del proceso (que fueron creciendo progresivamente en los años posteriores, quedando una vez más por debajo del nivel del ciclo económico anterior, y bajando nuevamente a los pocos años hasta la situación actual). Este periodo se diferenció del anterior principalmente en torno al disciplinamiento de mercado, lo que posibilitó una mayor capacidad de adaptación del gobierno a las demandas sociales y a la oscilación de los mercados internacionales, interviniendo sobre el tipo de cambio, aumentando la recaudación y el gasto público a través de las retenciones y la estatización del segmento privado del sistema de jubilaciones y pensiones (sumado al mantenimiento de la carga tributaria anterior, empezando por el IVA). Uno de los ítems más abultados de dicho gasto público fueron los subsidios a los combustibles, la energía y el transporte, que beneficiaron tanto a usuarios particulares como a empresas. Las empresas de este sector que habían sido privatizadas no fueron reestatizadas (excepto parcialmente YPF), sino que continuaron funcionando de manera privada con fuertes ayudas estatales y control de tarifas. Señalamos

este aspecto como otra de las continuidades estructurales, advirtiendo los cambios en materia de política económica.

Al contrario de lo que se suele suponer, la reestructuración acaecida durante la década de 1990 no consistió en una desindustrialización, que el kirchnerismo habría venido a recomponer. La producción local destinada al mercado mundial, es decir, la que es competitiva en términos internacionales y por lo tanto exportable, es principalmente de productos industriales de bajo valor agregado donde la disponibilidad de los llamados recursos naturales juega un rol fundamental. Existe en esto una clara continuidad entre ambos periodos. En suma, se trata del agro, la minería, la energía y la industria de bajo valor agregado (ya sean manufacturas de origen agropecuario o de origen industrial). Existen, a su vez, algunas industrias puntuales de mayor valor agregado y competitivas en términos internacionales, pero son excepciones. Estos sectores de producción primaria e industriales se caracterizan por utilizar tecnología avanzada, una alta productividad del trabajo, y un alto nivel de inversión y rentabilidad, y fueron fuertemente desarrollados durante aquella década.

El resto de la producción industrial, se diferencia en varios aspectos de la anterior y es destinada al mercado interno. La tecnología es atrasada en comparación a las industrias más desarrolladas de su misma rama en otros países, la inversión y la productividad del trabajo son bajas, lo que requiere mayor cantidad de fuerza de trabajo empleada y su rentabilidad queda atada en buena medida a los bajos salarios y la precariedad del trabajo. Bajo estas características, al ser una producción necesariamente destinada al mercado interno, la inflación se convierte en una vía de disputa por aumentar la rentabilidad, ya no solo frente a los salarios de sus empleados sino del proletariado en general. No queremos indicar que esta sea la causa principal de la inflación en Argentina, como suele abusar el progresismo respecto de los “formadores de precios”, pero sí nos permite comprender su dinámica, sobre lo que volveremos a continuación. Estos sectores industriales sufrieron en mayor medida los efectos

del disciplinamiento de mercado durante la década de 1990, con la convertibilidad y la apertura del comercio exterior, debido a las dificultades para competir con los bienes de consumo importados.¹⁵

De hecho, a partir del relajamiento de dicha disciplina, fueron estos sectores los que crecieron en los primeros años del kirchnerismo, y que explican el aumento del empleo industrial en esos años (a diferencia de la década anterior donde el sector con mayor crecimiento fue el de servicios) que comenzó a frenarse hacia 2007. Pero el crecimiento de estos sectores industriales que producen para el mercado interno por su baja productividad no es significativo como para hablar de un marcado proceso de industrialización. De hecho, muchas empresas de este sector son fundamentalmente importadoras que ensamblan en el país como el caso de las dedicadas a bienes electrónicos domésticos radicadas en Tierra del Fuego, lo cual impacta en la balanza comercial y en la necesidad de dólares para la importación. La expansión de estos sectores hizo fantasear a más de uno con la llamada industrialización por sustitución de importaciones que se implementó en varios países de latinoamérica en la posguerra. La principal distinción respecto de esta es que la industrialización bajo el kirchnerismo se caracterizó por su baja productividad, haciendo depender su rentabilidad de los bajos costos salariales y de las condiciones precarias de trabajo. Aquí volvemos a la importancia de la reestructuración y su relación con las características dominantes de la economía argentina en su historia.

15 Un ejemplo notorio fue el del sector de la industria textil, del cual quebraron un gran número de empresas. La convertibilidad, a su vez, al igual que la dolarización, implica un impacto más directo sobre la economía local de los vaivenes de la economía mundial. Las crisis asiática y rusa de 1997-1998 tuvieron entre sus efectos la revalorización del dólar y la disminución del precio de las commodities, agravando los problemas de competitividad de la economía argentina en el mercado mundial bajo la convertibilidad. Estas crisis, junto a la devaluación de Brasil en 1999, principal socio comercial de Argentina, signaron el comienzo del fin de la convertibilidad que terminaría por estallar en 2001.

Los dueños de estas empresas dependientes de las políticas de protección estatal del mercado interno, como los subsidios de energía, la discrecionalidad en el otorgamiento de los derechos de importación y control sobre el tipo de cambio, sumado a la corrupción en la obra pública, han sido denominados por Milei como empresarios prebendarios, empresarios o empresucios. Desde la izquierda, existen planteos minoritarios enfocados en una propuesta de desarrollo de las fuerzas productivas –centralizado por el Estado e impulsado desde una agotada perspectiva obrerista–, que critican a esta burguesía en tanto “planera”, con un marcado énfasis en su baja productividad.

Retomando, la industria local en general debe importar bienes de producción que no se elaboran en el país y, en el caso de los sectores menos productivos, no pueden exportar su producción debido a que no son competitivos en términos internacionales. Esto es importante para comprender la importancia del tipo de cambio, la balanza comercial, la disponibilidad de dólares para importar, las restricciones a la compra de divisas y el proteccionismo comercial. Estas medidas de intervención, a las que aludimos como relajamiento de la disciplina de mercado, comenzaron a perder efectividad hacia 2008, volviéndose cada vez más impotentes a la par que se intensificaban, siendo el control de precios internos como freno a la inflación la más evidente en este sentido.

Esta situación no ha hecho más que profundizar dificultades estructurales de la economía argentina y su marcado carácter cíclico, que han vuelto a hacer aparecer diferentes vertientes liberales en la política local declamando por más ajuste, abiertamente como Milei y Juntos por el Cambio, o subrepticamente como el oficialismo peronista. Concretamente, y más allá de quién gane las elecciones, podemos estar frente a una profundización en la reducción del gasto público en pos de achicar el déficit fiscal, bruscas devaluaciones del peso como ya viene ocurriendo, cambios en la política monetaria, reforma laboral y previsional, y demás políticas con un impacto

inmediato de ajuste sobre el proletariado. Recordemos que los últimos periodos de cambio de gobierno (entre las diferentes instancias electorales y la asunción de las nuevas autoridades) han sido momentos de ajuste por excelencia. Habrá que enfrentarlo, venga de quién venga, pero la pregunta que debe hacerse es qué nos trajo hasta acá, no perder de vista los ajustes anteriores y en curso, y no aplicar una memoria selectiva que perpetúe la lógica democrática del mal menor.

Volviendo sobre las manifestaciones liberales que venimos abordando, al igual que el resto de las derechas alternativas en otras partes del mundo, no pueden comprenderse sin atender a la reestructuración global de las últimas décadas y su profundo impacto en toda la sociedad. Estas expresiones canalizan una parte importante del descontento social, mientras que las clásicas expresiones de izquierda se muestran obsoletas y sus variantes progresistas han sabido actualizarse abiertamente como gestoras del Capital.

Nos interesa analizar la reestructuración del modo de producción capitalista en tanto transformación de la reproducción del Capital, del proletariado y sus luchas. En estas últimas se observa un marcado interclasicismo ciudadanista y una exigencia impotente a un Estado cada vez más impotente, que se propone como solución a la vez que se muestra a las claras como parte estructural del problema. Es en este marco que han proliferado gobiernos de izquierda o progresistas tras estallidos sociales en diferentes partes del mundo así como posteriores o coincidentes expresiones de oposición encarnadas en las nuevas derechas.

Al mismo tiempo, el contenido de estas luchas nos plantea un cambio en el horizonte revolucionario, empezando por el notorio declive del orgullo obrero, así como la cuestión de la división sexual, la democracia, la cuestión medioambiental, etc. Se trata de cuestionamientos que apuntan a la reproducción social en su conjunto y no a la toma de los medios de producción o el imaginario estatista de un gobierno de los trabajadores. La propuesta de grandes organizaciones de masas proletarias que avanzan gradualmente

en el interior de esta sociedad a través de la gestión de espacios institucionales y de producción, ya no tiene asidero. Las luchas masivas irrumpen de manera inesperada –muchas veces en forma de exigencias frente a un Estado evidentemente incapaz de responder– en las calles y rutas bloqueando la circulación de mercancías, rompiendo momentáneamente con la normalidad, sin dirigentes y sin propuestas. Expresiones de rechazo a lo existente, que señalan la necesidad y posibilidad de una ruptura. Se trata de analizar el presente en pos de una transformación revolucionaria que no caiga en los posibilismos inmediatistas o en un clasismo obrerista que remite al pasado, ya sea en su faceta reformista o combativa, así como tampoco en las renovadas expresiones reaccionarias.

Mano invisible, mano dura y derechos

La mano invisible es una conocida una metáfora propuesta por Adam Smith que busca expresar la supuesta capacidad autorreguladora del libre mercado. El antropólogo anarquista David Graeber en su libro *En deuda. Una historia alternativa de la economía* advierte que, para Smith:

Dios, o la Divina Providencia había dispuesto las cosas de tal manera que nuestra persecución del propio interés, en un mercado sin restricciones, sería sin embargo guiada “como por una mano invisible” para promover el bienestar general. La famosa mano invisible de Smith era, como reconoce en su *Teoría de los sentimientos morales*, el agente de la Divina Providencia. Era, literalmente, la mano de Dios.

Luego, la mano invisible fue presentada como una cuestión más ligada a esa supuesta esencia humana a partir de la cual los intereses particulares movilizarían el interés general, intentando borrar el aspecto religioso tal como se hizo con otras disciplinas científicas. Este, sin embargo, quedó plasmado en el carácter naturalizador que portan sus principios fundantes. Al presentarlos como universales y transhistóricos, conservan los atributos de lo divino, lo eterno, lo omnipresente, lo bueno y lo verdadero. Nunca se deslindaron de

su raíz religiosa. Quizás en ese plano resida algo de su potencia convincente. En este sentido, es de destacar que en Smith no hay lugar para una dinámica automática del Capital, sino que en todo caso es solo una apariencia que descansa en la vigilancia permanente y la intervención oportuna de la autoridad divina.

En un artículo del boletín *La Oveja Negra*¹⁶ de algunos años atrás, criticábamos esta idea de Smith acerca del funcionamiento de la sociedad y el mercado, con motivo de los dichos de gobernantes progresistas locales.

«Creemos todavía en la mano invisible del mercado, porque es la que, en definitiva, sigue la historia, siguen las décadas y sigue siempre presente que hay una forma donde se van adaptando y arreglando las cuestiones» decía el dirigente del Partido Socialista Hermes Binner en agosto de 2014 en una entrevista con Radio Del Plata, agregando: «Yo creo que existe la mano invisible, estamos hablando de valores que hoy defendemos y que hoy también los tenemos que ayudar a desarrollar».

Continuando en esta línea histórica de la burguesía, días después, durante unos anuncios, la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner dijo: «voy a repetir lo que me dice siempre el Dr. Kicillof que me recuerda que Adam Smith decía que el panadero no está para hacer beneficencia, el carnicero tampoco, el carpintero tampoco, están todos para ganar plata. Así que, por favor, terminen con esas locuras del socialismo y todas esas cosas. Y tienen razón, todos quieren ganar plata, así que bueno, vamos a hacerlos ganar plata, pero por favor hagamos las cosas bien». Se estaba refiriendo a la noción de “propio interés” planteada por Smith como característica natural humana que explicaría la sociabilidad a través de la propiedad privada y el intercambio.¹⁷

16 Titulado *Mano dura y mano invisible* y publicado en septiembre de 2014.

17 Ver el apartado *El “propio interés”* más adelante en este libro.

Volvíamos en aquel entonces sobre estos discursos y volvemos ahora, no como denuncia o exigencia de “desliberalización” del progresismo, sino como expresiones de las premisas desde las que funciona y se gobierna esta sociedad, y en particular las democracias liberales. Las discusiones políticas de aquel entonces eran diferentes y aquellos dichos resultaron llamativos para muchos progresistas que, por ejemplo, todavía fantaseaban con el Socialismo del siglo XXI. Resultaba difícil imaginar el crecimiento del discurso liberal pocos años después.

Pero, una vez más, no se trata simplemente de discursos, ni tampoco de caer en el simplismo de considerar a todos los sectores liberales por igual. Como vimos en el apartado anterior, y puede resultar importante tenerlo en cuenta de cara al futuro, la diferencia principal de los gobiernos kirchneristas respecto del menemismo, reside en el relajamiento del disciplinamiento de mercado como política económica. Esto no debe comprenderse como una oposición entre Estado y mercado, sino como diferentes políticas de Estado para garantizar la reproducción capitalista y la paz social de acuerdo al contexto.

La represión del Estado, además de la mano dura de sus fuerzas represivas, ha incluido la institucionalización de la lucha y los movimientos sociales, centralizando la distribución de migajas, logrando quebrar la autonomía de las organizaciones y limitando posibles desbordes. Este disciplinamiento progresista se impuso tras el estallido del 2001 y dos décadas después nos encontramos nuevamente al borde de otra hiperinflación, la situación económica y social que venimos describiendo, y el mercado se presenta como salvador frente a la catástrofe estatista. De este modo, reaparecen viejas recetas bajo nuevos ropajes más a la moda internacional de las derechas alternativas.

No hay mano invisible sin mano dura. Con disciplina represiva o de mercado, ambas aplicadas a través del Estado, se perpetúa este sometimiento capitalista de mercado carácter cíclico.

Así como el contexto económico ha favorecido la difusión del discurso liberal, la violencia narco y el crecimiento del delito en general, han promovido el discurso de mano dura para acabar con el crimen. Esta “lucha contra el crimen” contribuye a su vez a la legitimación de la represión de ciertas expresiones de lucha social, como cortes de calle u ocupaciones territoriales. Desde hace tiempo, fuerzas militares como gendarmería o prefectura han comenzado a patrullar las ciudades con altos niveles de violencia, ocupando tareas que antes correspondían a la policía. La candidata a la presidencia de Juntos por el Cambio, Patricia Bullrich, se desempeñó como ministra de seguridad bajo en el gobierno de Mauricio Macri y el orden por la fuerza es uno de sus principales temas de campaña. En más de una ocasión ha manifestado –en el rol de oposición– la necesidad de un Estado de sitio frente a diferentes escenarios. La última ocasión fue en el contexto de una seguidilla de robos y saqueos en diversas ciudades del país tras la devaluación que siguió a las elecciones primarias de agosto.

En La Libertad Avanza encontramos posturas similares sobre el cumplimiento de la ley y la necesidad de orden, aunque no es el eje principal de sus propuestas. Propio de su énfasis ideológico y su “batalla cultural” llevan a cabo una refinada defensa de las fuerzas militares a la par que refuerzan su desdén hacia los derechos en general y los llamados derechos humanos en particular, ampliamente desprestigiados por el progresismo y su retórica de la “ampliación de derechos”. Todo esto alimenta el rechazo generalizado a cualquier forma de lucha que sobrepase los límites de la legalidad.

En septiembre de este año la diputada nacional y candidata a vicepresidente por la La Libertad Avanza, Victoria Villarruel, propuso un homenaje a los milicos de la última dictadura en la legislatura porteña bajo la fachada de «Homenaje a las víctimas del terrorismo». Otros defensores de la dictadura, como Ricardo Bussi en Tucumán, se han sumado a la fuerza política de Milei como candidatos.

El homenaje resultó muy conveniente para todas las partes, incluidos los progresistas y su campaña del mal menor basada en el miedo, que se indignaron y amargaron con tal evento, al que tildaron de “negacionista”. La historia de la lucha de clases busca ser reducida a una lucha política en el pasado y en el presente. Unos buscan reflotar la “teoría de los dos demonios” y otros señalan que “los únicos terroristas fueron las fuerzas armadas y sus cómplices”, desviando así la mirada del Estado y la democracia.

De este modo, el progresismo busca lavar la cara del Estado democrático así como de toda una época de luchas, reduciendo nuestra clase a mera víctima. Si bien podemos criticar los métodos inadecuados e incluso los fines de muchos de los luchadores y sus organizaciones, no podemos desentendernos de una lucha que, ayer y hoy, precisa salir de los cauces democráticos si de una profunda transformación social se trata.

Gran parte de quienes hoy se rasgan las vestiduras democráticas pertenecen a espacios políticos que fueron cómplices de la dictadura y que emplearon métodos terroristas antes y después de 1976: por empezar, tanto la Triple A como Montoneros surgen del peronismo. Otros indignados son los héroes de la democracia que acompañaron las leyes de “punto final” y “obediencia debida”, y posteriormente los indultos. Los asesinos de Maxi y Darío, de Santiago Maldonado, los responsables de la Ley Antiterrorista o del Proyecto X, los cómplices de las mafias policiales y criminales que han dado rienda libre al delito, ahora dicen asustarse del avance de la derecha. Se trata de una puesta en escena que no sorprende en plena campaña electoral pero sí resulta llamativo cuántas personas se suben *ad honorem* a este tren.

Lo sucedido en Jujuy a mitad de año fue un fuerte ejemplo de lo que puede venir en materia represiva. La clase capitalista, sus políticos y su policía atacaron ferozmente a quienes protestaron por las pésimas condiciones de vida en Jujuy y contra la reforma constitucional que, entre otras cosas, allana el camino para la represión

y los desalojos necesarios para la extracción de litio en la zona. El gobernador de aquella provincia fue condecorado con el puesto de candidato a vicepresidente, cuya fórmula perdió la interna a manos de Bullrich.

La consigna generalizada de ese momento fue «Abajo la reforma. Arriba los salarios», que luego se fue desgastando para llevarla al terreno de las instituciones: «Abajo la reforma. Arriba los derechos». Otra vez las abstracciones frente a las necesidades inmediatas de una población golpeada por la desocupación y por sueldos de miseria.

En este sentido, cabe volver sobre la llamada “ampliación de derechos” del progresismo y la reacción “anti-derechos” de La Libertad Avanza. Milei, tras su triunfo electoral en las primarias presidenciales de agosto, vociferó contra «esa atrocidad que dice que donde hay una necesidad nace un derecho (...) cuya máxima expresión es esa aberración llamada la justicia social». Históricamente el reformismo ha hecho del derecho un terreno donde luchar por mejoras en el capitalismo bajo sus propias reglas y hemos criticado en reiteradas ocasiones lo limitado de ese enfoque desde un punto de vista de ruptura revolucionaria. Desde hace tiempo ha sido superado por la propia realidad, donde la gran heterogeneidad en lo que respecta a formas de empleo y de reproducción de la fuerza de trabajo, hace que para gran parte de la población muchos derechos le sean completamente ajenos. Nos referimos a cuestiones básicas como empleo formal registrado, acceso a la vivienda, acceso a la salud, educación, seguridad. Las ayudas sociales crecen en cantidad de personas que las reciben y bajan en sus montos, al igual que se reducen las jubilaciones, pensiones y salarios. Las falencias en este plano, ligado a una concepción más universalista del derecho, han contribuido al deterioro del imaginario “justicialista” en Argentina, agravado por el énfasis dado desde el progresismo a ciertos derechos cívicos, identitarios, más ligados a problemáticas particulares que van desde el género a la represión estatal de la última dictadura. Además de su incapacidad para resolver realmente los problemas de las “mino-

rías”, se evidencia el lavado de cara que el progresismo busca hacer con estas políticas mientras está cada vez más lejos de poder atender los intereses de las “mayorías”.

Salvando las distancias y las diferencias entre una región y otra, Nancy Fraser hacía un señalamiento similar en 2017 respecto del progresismo en EEUU tras el triunfo de Trump, en un texto titulado *El final del neoliberalismo progresista*. Allí denuncia la responsabilidad del partido demócrata en las últimas décadas en «el debilitamiento de las uniones sindicales, en el declive de los salarios reales, en el aumento de la precariedad laboral y en el auge de las familias con dos ingresos que vino a substituir al difunto salario familiar», agregando que a este «asalto a la seguridad social le dio lustre un barniz de carisma emancipatorio prestado por los nuevos movimientos sociales». Fraser plantea que mientras se destruía la industria manufacturera «el país estaba animado y entretenido por una faramalla de “diversidad”, “empoderamiento” y “no-discriminación”», y define al neoliberalismo progresista en EEUU como «una alianza de las corrientes principales de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo y derechos de los LGBTQ), por un lado, y por el otro, sectores de negocios de gama alta “simbólica” y sectores de servicios (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood) (...) una amalgama de truncados ideales de emancipación y formas letales de financiarización».

Con su texto busca hacer un llamado de atención al progresismo e invita a un «examen de conciencia» para «reconocer su propia parte de culpa al sacrificar la protección social, el bienestar material y la dignidad de la clase obrera a una falsa interpretación de la emancipación entendida en términos de meritocracia, diversidad y empoderamiento». Aunque rechazamos esta búsqueda por encausar al progresismo y la propuesta «de construir una nueva Nueva Izquierda», consideramos realiza un diagnóstico acertado y sugerente.

Pablo Stefanoni en el epílogo a su libro *¿Por qué la rebeldía se volvió de derecha?* retoma dicho texto y su propuesta, agregando algunos

matices. Propone explorar salidas a los dilemas de la izquierda en base programas como el de Bernie Sanders: «combinar demandas de reconocimiento con demandas de redistribución, en el marco de una cultura política democrática radical. Es decir, reconectar con las demandas materiales de las clases trabajadoras sin renunciar al proyecto emancipador de los derechos civiles. Una forma productiva de volver sobre la potencia del socialismo democrático, ahora en clave ecosocial: postular cambios reformistas de manera radical, capaces de movilizar a sectores de la población detrás de esos objetivos y, sobre todo, capturar el entusiasmo y la imaginación de las nuevas generaciones.» Al mismo tiempo, señala lo ilusorio de un populismo de izquierdas que suele defenderse bajo la idea de que «si funcionó un populismo de derecha, debería funcionar uno de izquierda; solo habría que dar la batalla por articular de un modo diferente, opuesto, las demandas democrático-populares en juego», a lo que agrega respecto a Podemos que «eso estuvo lejos de ser viable. Y en la mayoría de Europa ni siquiera nació un Podemos».

Además del interrogante de por qué la rebeldía se volvió de derecha, hay que preguntarse a su vez por qué el reformismo de izquierdas, por más radical que pueda ser, no toma cuerpo en la clase proletaria. Para nosotros, el contexto de las últimas décadas de capitalismo reestructurado y el evidente fracaso progresista constituye un evidente punto de partida para cuestionar el derecho, el reformismo, y dejar de expresar nuestras necesidades y luchas en el lenguaje de los amos.

¿El fin de la inflación?

Los altos niveles de inflación son un problema recurrente para el funcionamiento del modo de producción capitalista en Argentina. Ni hablar para la clase explotada, para la que representa un ajuste sobre los salarios, jubilaciones y míseras ayudas sociales, con aumentos por debajo del aumento promedio de los precios. En 2022 la inflación anual se situó alrededor del 100%, y viene siendo ampliamente superada en lo que va de 2023. Solo algunos sectores de trabajadores en blanco igualaron sus aumentos salariales a la inflación, mientras que alrededor del 45% de los trabajadores en Argentina son empleados de manera informal, lo que agrava la cuestión salarial. Esto se suma a los deterioros previos del salario frente a la inflación a lo largo de la última década.

Este no es un problema nuevo, desde la década de 1940 se han padecido de manera cíclica y recurrente altos niveles de inflación. A través de diferentes reemplazos, la moneda de curso legal ha “perdido” trece ceros en relación al Peso Moneda Nacional que rigió desde 1881 hasta 1969 cuando se reemplazó por el Peso Ley 18.188 quitando los dos primeros. Luego siguieron el Peso Argentino de 1983 quitando otros cuatro ceros, el Austral de 1985 con tres, hasta el Peso de 1992 que quitó otros cuatro. Este Peso, moneda que perdura hasta hoy, mantuvo su paridad con el dólar entre 1992 y 2002 a partir de la Ley de Convertibilidad. Estos cambios, por lo general, se han producido a partir de situaciones insostenibles, donde ya

no era posible parar el proceso inflacionario que una vez comenzado tiende a agravarse, por lo que una moneda era reemplazada por otra junto a medidas que buscaban estabilizar la economía y ajustar el gasto público. Cuando todos quieren deshacerse de los pesos lo más rápido posible, es decir, nadie ahorra en pesos y por pocos que se tengan se prefiere gastarlos, la velocidad de circulación aumenta. De este modo, la inflación trae más inflación, pero nada nos dice de sus causas.

La economía local propende a dolarizarse de facto, ya que el peso solo sirve de medio de cambio para las transacciones menores, no siendo utilizado, por ejemplo, en la compra-venta de inmuebles, maquinarias u otros bienes de gran valor. A su vez, el peso pierde su función como dinero de servir como reserva de valor (se ahorra en dólares principalmente). Incluso como medida de valor pierde funcionalidad, ya que debido al ascenso constante de precios se toma como referencia al dólar (paralelo). En este sentido, cabe remarcar que el peso no puede intercambiarse libremente por otras monedas y existen múltiples restricciones. Por ejemplo, todo aquel que reciba o haya recibido una ayuda estatal, acceso a determinados créditos con tasas bonificadas, subsidios a la energía, no puede acceder al cupo mensual de 200 dólares. Quienes tienen una mínima capacidad de ahorro se la rebuscan para conseguir dólares al menor precio posible. Argentina además, tiene un alto índice de utilización de criptomonedas, el doble del promedio de Latinoamérica.

Frente a esta situación, el discurso liberal ha tomado nuevamente relevancia, con muchos sectores hablando de la necesidad de estabilizar la economía y realizar un ajuste, en verdad de profundizar el existente. Entre ellos Milei, quien lleva al extremo el énfasis en la inflación como problema central a afrontar, y en torno al cual articula varios de los ejes principales de su discurso y propuestas económicas. La inflación sería un robo de los políticos que nos hacen perder poder adquisitivo a través de la emisión monetaria para cubrir el déficit del gasto público. La estafa sería realizada a través del

banco central por lo que es necesario abolirlo (en el futuro), y la solución sería dolarizar la economía en su totalidad, es decir, suprimir el peso. De este modo quedaría anulada la posibilidad de emisión. Estas medidas vendrían acompañadas de la liberación del comercio exterior, un brusco achicamiento del gasto público y de la carga tributaria, eliminando la mayoría de los impuestos, otro robo estatal según sus palabras.

Sobre estas políticas en materia económica y con el foco puesto en la inflación, Milei publicó su último libro en 2023, de cara a la campaña presidencial, titulado justamente *El fin de la inflación*. Allí insiste con que «la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario» –frase célebre de Milton Friedman que expresa una obviedad, ya que para que haya inflación tiene que haber precios y por lo tanto dinero–, estableciendo como causa determinante de la inflación a la emisión monetaria. Milei asume abiertamente que es partidario de la teoría cuantitativa o monetarista del dinero para abordar la inflación, que propone que al aumentar la cantidad de dinero sin aumentar la masa de mercancías, el precio de estas aumenta, o dicho de otro modo el poder adquisitivo del dinero disminuye. De este modo, la emisión monetaria realizada a través del banco central para cubrir el déficit fiscal (gastos mayores a la recaudación) sería la causa principal, sino única, de la inflación.

La emisión monetaria como causa de la inflación, sirve a Milei para tener una propuesta simple, la que es adornada en su libro con diversos postulados económicos de difícil acceso para alguien ajeno a la economía burguesa, pero que no aportan a la cuestión. La estrategia es clara. Poner a los políticos como responsables, reforzando la crítica de la “casta” política y abogando por la reducción del Estado que este anarcocapitalista quiere presidir.

Junto a crípticas referencias económicas, Milei presenta “ejemplos” simples para reforzar su punto. Los más repetidos son la inexistencia de inflación en una “economía de trueque”, debido a la inexistencia

de dinero, y el efecto inflacionario del oro llegado de América a España hacia el siglo xvi. Es decir, por un lado, un “ejemplo” de una “economía” que nunca existió como tal, que en realidad es una mera vinculación lógica entre moneda e inflación;¹⁸ por otro lado, un ejemplo de hace 500 años, donde el mercado mundial estaba comenzando a desarrollarse y la mercancía oro se desempeñaba como dinero en Europa y Asia principalmente. Milei, como buen economista vulgar, solo mira el aumento de la cantidad de oro como dinero que pasa a estar disponible en Europa y pone a esta como aumento de los precios, pero no atiende al aumento de la productividad del trabajo de extracción del oro en las minas de América, más ricas y fáciles de explotar. No es que las mercancías se encarecieron por haber más oro disponible, sino que el oro se abarató por tener menos trabajo incorporado. La obsesión de estos economistas por borrar al trabajo como determinante del valor y los precios de las mercancías no tiene límites.

Si bien Milei y los liberales de la teoría monetaria abordan algunas de las funciones del dinero: como reserva de valor, como unidad de cuenta, como medio de pago generalizado, parecen restringirse a esta última al momento de analizar la inflación. A su vez, olvidan o ignoran otras determinaciones del dinero, como dinero mundial y como capital. El dinero no es una mercancía más, comporta otras contradicciones y hay que analizar el contexto específico en el que se desenvuelve. El peso argentino no puede ser abstraído del modo de acumulación capitalista en Argentina, su relación con el mercado internacional y el dinero mundial.

Cabe aclarar que la teoría cuantitativa del dinero no sería la desarrollada por los referentes históricos de la escuela de econo-

18 La expresión “economía de trueque” es al menos controversial. En boca de los economistas “austríacos” hace alusión al intercambio generalizado sin dinero. Más adelante en este libro, en *El intercambio y el valor como supuestas relaciones naturales*, volvemos sobre este tema, específicamente con ciertas consideraciones críticas sobre el trueque y el desarrollo histórico del dinero.

mía austríaca con la que Milei se identifica. Friedrich Hayek, por ejemplo, en su teoría sobre los ciclos económicos y las crisis, pone el foco en la determinación de las tasas de interés por parte de los bancos centrales, las cuales influirían en los procesos de producción y por lo tanto en los precios relativos (es decir que los precios no suben de manera generalizada y homogénea como en la inflación por emisión monetaria). La inflación, desde este punto de vista, se explicaría por la interferencia en el mercado a través de tasas de interés demasiado bajas, que inflan la economía estimulando la inversión (produciendo aumentos de precio en algunos sectores), lo que se traduce en burbujas que obligan a la emisión monetaria y el aumento de las tasas de interés para que no estalle. Para los “austríacos”, el dinero es un bien como cualquier otro, su precio está sujeto a las leyes de oferta y demanda, y es subjetivo, como veremos más adelante cuando nos adentremos en su crítica. Esto difiere de la teoría cuantitativa, según la cual el dinero es neutral, es decir, su aumento de cantidad influye proporcionalmente en todos los precios. No tiene sentido esperar coherencia de un economista vulgar y con aspiraciones electorales como Milei, pero no está de más señalarlo. En definitiva, lo que liberales de una y otra escuela dejan claro es que el Estado no debe interferir en la economía, sea a través de las tasas de interés o la emisión monetaria, por eso critican a los bancos centrales y furiosamente al keynesianismo. Para el caso argentino, la mirada “austríaca” no parece ser la más sencilla y efectiva en términos de propaganda electoral, por lo que Milei utiliza el enfoque monetarista.¹⁹

En su libro, Milei plantea que ha habido un cambio en la definición corriente de la inflación o de diccionario: pasó de ser la “pérdida del poder adquisitivo del dinero” al “aumento del nivel general de precios”. Vincula dicho cambio a las teorías keynesianas, donde el pro-

19 Para profundizar al respecto ver el artículo *Debate sobre inflación con “libertarios”* de Rolando Astarita.

blema de la inflación remite principalmente a la puja entre salarios y ganancias, recayendo la responsabilidad en los agentes económicos, sean empresas, trabajadores o sindicatos, que en su disputa elevan el nivel de precios. Según Milei, la primera definición deja más clara la responsabilidad del político que ocasiona la pérdida del poder de compra del dinero a través de la emisión.

El lugar dado a la subjetividad de los individuos es notable. Aquí no buscamos desmerecer la responsabilidad de los empresarios, políticos o sindicatos sobre nuestras miserables condiciones de vida y la reproducción de esta sociedad. Pero es necesario comprender el modo de acumulación en el cual se desenvuelven. Un empresario, un político o un sindicalista no se comportan de diferente manera en Argentina o en Francia debido a su mera voluntad o a su integridad personal.

En el marco de una economía débil en términos de productividad como la de este país, los grandes niveles de inflación y su carácter cíclico se presentan en gran medida como resultado de la depreciación del peso en términos reales, donde la situación externa tiene una gran incidencia (precios internacionales, guerras, crisis). Es importante establecer entonces que si bien la emisión monetaria para cubrir déficit puede agravar la inflación y darle mayor impulso, no puede identificarse ese tipo de emisión como la causa de la inflación. De modo similar, el problema de la deuda externa se debe a la debilidad de la economía, que insta a tomar crédito en determinados momentos. No es la deuda la causa de la debilidad aunque, en determinados niveles, puede profundizar dicha situación con nuevas restricciones por parte de los organismos internacionales de crédito.

Las devaluaciones de la moneda han sido las principales impulsoras de los procesos inflacionarios en Argentina. Estas se aplican sobre el tipo de cambio nominal²⁰ en sus diversos tipos oficiales (minoris-

20 El tipo de cambio nominal expresa cuántas unidades de moneda local necesito para comprar una unidad de determinada divisa extranjera. En Argentina, el

ta, mayorista, turista, agro, etc.). A partir del cepo cambiario y las crecientes medidas restrictivas a la compra de divisas, el tipo de cambio paralelo o blue del mercado informal fue creciendo y tomando cada vez más relevancia, profundizando la tendencia a la pérdida de funcionalidad del peso como dinero. Las corridas cambiarias y aumentos en el dólar paralelo suelen anticipar aumentos de inflación pero, una vez más, no se trata de situar a estas como causas.

Volviendo sobre los tipos de cambio nominales oficiales, sus devaluaciones graduales pueden explicarse por la necesidad de alentar las exportaciones y controlar las importaciones, lo cual está vinculado, en última instancia, al tipo de cambio real.²¹ En el caso de una economía como esta, de baja productividad en términos internacionales, el tipo de cambio real es importante para comprender las condiciones de inserción de la misma en la economía mundial.²²

Bajo una reproducción capitalista local de las características que venimos describiendo, la inflación se evidencia como una forma particular de existencia del antagonismo entre capital y trabajo. La disputa salarial ha tenido históricamente en Argentina un efecto as-

más conocido es el tipo de cambio respecto al dólar y solemos referirnos a este como el precio de dicha divisa.

- 21 El tipo de cambio real es la relación entre los precios de los mismos bienes en el mercado local y en el extranjero, afectada por el tipo de cambio nominal. Dicho de otro modo, qué poder de compra real posee una moneda local –previamente convertida– en un determinado mercado extranjero. Su expresión toma la siguiente forma: $TCR = TCN \cdot Pe / Pn$, donde TCN es el tipo de cambio nominal, Pe es el precio del bien en el extranjero y Pn el precio del bien en el mercado local. En la práctica, se calcula tomando un conjunto de bienes referenciales y no un bien único.
- 22 Para profundizar al respecto ver *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo. Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina* de Rolando Astarita, en particular capítulos 10 y 11. Allí podemos leer respecto de la inflación: «no se trata de que el dinero doméstico pierda valor porque circula en demasía respecto a la masa de mercancías –como sostiene la teoría cuantitativa del dinero–, sino de que pierde valor porque se debilita en tanto signo de valor referido a la divisa».

cedente en la espiral inflacionaria, ya que los empresarios locales, al no poder mantener o aumentar sus niveles de ganancia a través del ajuste de salarios en la esfera de la producción, buscan hacerlo en la esfera de la distribución a través del aumento de los precios.²³ Cabe aclarar que esto no remite a la explicación keynesiana de la inflación con su causa en el aumento de los costos de producción (sea este el trabajo u otros), o la inflación por puja distributiva.

Por su parte, la explicación de la teoría monetaria o cuantitativa del dinero utilizada por Milei que pone el foco en la emisión monetaria es completamente limitada, a la vez que ubica un agravante del proceso inflacionario como origen del mismo. Esta explicación es utilizada para reforzar la crítica a los políticos, al banco central y proponer la dolarización como alternativa. Esta medida, junto con la prometida apertura de importaciones, pondría a competir inmediatamente a las empresas locales con las del resto del mundo. Si bien podrían abarataarse muchas mercancías que consumimos al venir de afuera a mejor precio (debido a su mayor productividad), muchas empresas locales quebrarían al no poder competir y esto significaría mayor desempleo. Nuevamente, se trata de un endeble funcionamiento económico debido a las características generales de la producción local, que explican el carácter cíclico de muchas medidas y sus efectos sociales, entre ellas la inflación.

De este modo, se instala una y otra vez en Argentina la inflación como dinámica de la lucha de clases. Esto no significa que la burguesía o el proletariado tengan, a través de agentes como las empresas “formadoras de precios” o los sindicatos, un papel determinante sobre los precios. Esta es una forma de personalizar la economía, que

23 Sin inflación, un ajuste de salarios se expresa directamente como una reducción de los mismos en términos nominales y suele ocasionar mayores resistencias (de 10 paso a cobrar 9, mientras lo que compro sigue valiendo 10), mientras que en un contexto inflacionario es menos evidente al crecer los precios en mayor proporción que los salarios (de 10 paso a cobrar 11, mientras lo que compro pasa de costar 10 a costar 12).

contribuye a la idea de que el Estado, a través de políticas de controles de precios puede tener una incidencia real en sus niveles. En verdad, estas políticas de control, aparecen como síntoma de impotencia frente a las dificultades endémicas de la economía local. Es en dicho marco que la lucha de clases tiene un modo inflacionario de desenvolvimiento.²⁴

Pero nada de esto importa a políticos como Milei. En su libro sobre la inflación, al igual que en sus discursos y apariciones, la realidad concreta de la producción y el trabajo en Argentina brilla por su ausencia. Le es suficiente con señalar a la casta como responsable.

24 Sobre esta característica de la lucha de clases y sus diferentes manifestaciones en la historia Argentina desde los años previos al golpe militar del 76 hasta la década de 1990 ver *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, de Alberto Bonnet, en particular el capítulo 3.

La casta y los *outsiders*

El mundo que albergaba las relaciones entre señor y siervo, o entre amo y esclavo, era un mundo estático, bendecido y legitimado por dios o, en realidad, por sus “representantes en la tierra” (que es lo mismo), teniendo siempre a mano la religión para justificar y perpetuar las condiciones existentes. Pero el capitalismo se mofa de las castas, porque desprecia ese mundo estático. La movilidad social es su imposición y propaganda. Un burgués puede caer en desgracia si pierde en la competencia interburguesa, como un proletario puede, de manera ocasional, “escalar socialmente” si se esfuerza lo suficiente –le prometen sus patrones–, por un golpe de azar en la lotería o siendo una estrella de fútbol, pues para eso nos las refriegan en la cara día y noche. El capitalismo concibe al mundo como en constante movimiento, ya no se trata de un tiempo estático o circular, pero tampoco de cualquier movimiento, sino de un progreso desbocado en huida hacia adelante. (*Cuadernos de Negación* nro. 9, *La barbarie científica*)

Apuntarle a las castas como materialización del mal originario, en este caso a la llamada “casta política”, es en cierto modo la nueva versión de una remanida inspiración burguesa. La movilidad, la dinámica, el tiempo cronometrado de la mecanización, la productividad y la eficiencia, son atributos que portaba en su seno el ímpetu burgués. Arrasar con la estaticidad del orden social feudal se le imponía

como un mandato revolucionario. Con el desarrollo de la sociedad capitalista y la progresiva consolidación de un nuevo orden social, el dinamismo pasa de ser un imperativo a constituirse en un atributo a racionalizar, controlar y orientar hacia los nuevos objetivos. El ascenso de la burguesía y su afirmación como clase dominante, implica para esta asumir la tarea de su perpetuación, es decir, abocarse a mantener en el tiempo el nuevo dominio alcanzado. El movimiento desenfrenado de antaño se canaliza en la dinámica de la producción de valor, y por ende en la revolución permanente de los procesos productivos, no ya del orden establecido. A este no hay que renovarlo, sino protegerlo.

La “casta política”, erigida por Milei y sus seguidores como entidad responsable de las penurias sociales, no es una casta más ni es la casta por excelencia. Ni siquiera supone una casta real como parte de una sociedad de castas. En estas, el parentesco (ser hijo/a de) es lo que garantizaba la pertenencia a cada estrato específico, y con ello la inmovilidad social *ad aeternum*, beneficiosa para algunos y castigo divino para otros. Con esto no estamos diciendo que la representación política no sea parte de la opresión capitalista, es decir, agentes del Capital que proceden tanto desde sectores burgueses como de sectores obreros. Lo que identificamos son clases sociales: burguesía y proletariado, explotadores y explotados, como expresiones de las relaciones de producción. Observamos también una puja por instalar falsos antagonismos, un esfuerzo de la clase dominante –en competencia interna– por imponer una caracterización social funcional, ocultando a la vez la compleja trama del capitalismo y sus propias contradicciones. La “casta política” se ofrece como el objeto de repudio más inmediato, más simple de señalar, y propio de una época en la que la política –como herramienta burguesa de reproducción y transformación de la sociedad capitalista– viene manifestando su impotencia frente a las crecientes problemáticas sociales.

La noción de “casta política” ya viene siendo utilizada de manera reciente por otras expresiones políticas como el Movimiento 5

Estrellas en Italia fundado por el actor Beppe Grillo hacia 2009, de orientación política amplia, con un perfil ecologista y, fundamentalmente, crítico de la corrupción. Pregonando la democracia directa se consolidó como una importante fuerza política y formó parte de las coaliciones de gobierno de los últimos años en aquel país. El partido Podemos en España, surgido en 2014 luego del movimiento 15-M iniciado en 2011, es la referencia más inmediata en habla hispana. Su noción de casta apuntaba a la política y las élites en general, con especial énfasis en los banqueros. Llegó a conformar gobierno junto al PSOE en 2020.

La construcción de ese enemigo común frente “a las necesidades de los individuos” (otros más a la izquierda hablan de pueblo) es más que un eslogan de campaña. Es una construcción simple, de rápida identificación práctica, fácil de asimilar (para la pereza intelectual y la bronca generalizada) como la raíz de todos los males, y al igual que toda construcción verosímil, poseedora de un núcleo de verdad.

Por otra parte, y en sincronía con la identificación de la casta como objeto de repudio, aparece la figura del *outsider*. Se trata de la otra cara del mismo movimiento, y no solo irrumpe en el ámbito de la política, sino también en las nuevas derivas de los medios de comunicación vía internet, e incluso en ciertas expresiones culturales. Alcanza a todo ámbito en el que el sujeto necesite mostrarse rupturista y a la vez contar con alguna forma de legitimidad social. Cabe reflexionar en torno a este fenómeno como una suerte de rasgo de época, siendo una de sus expresiones el emprendedurismo. El emprendedor se emparenta con el outsider, aun cuando aparece como una figura lo suficientemente alejada del tren especulativo de la nueva política. Irrumpe en el mercado con cualidades diferentes a las del típico trabajador asalariado. Los atributos que asume, principalmente los de innovador y decidido ante la incertidumbre, no son más que la forma visible de las transformaciones acaecidas en el mundo laboral. Se encuentra forzado a interpretar este rol luego de verse expulsado fuera del circuito del trabajo formal convencio-

nal. Se muestra como un héroe solitario, valiente, virtuoso, cuando es el resultado de la dinámica misma del mercado. Su perfil ensalzado como emprendedor proactivo es la forma particular que asume la precarización creciente del trabajo en general. Desmarcarse de lo corrompido, de lo convencional, mostrando al mismo tiempo un origen externo es, al parecer, la jugada adecuada, la nueva moneda de cambio, la nueva reserva moral de valor.

La experiencia, en otros tiempos aceptada como valor fundamental, ya no se asocia con algo positivo, constructivo. En el ámbito de la política en particular, los hechos muestran a las claras que el tener un recorrido, es un justo sinónimo de desgaste, falsedad, enquistamiento en el poder, obsolescencia, lentitud, impotencia y corrupción. Ya no funciona como ventaja comparativa para enfrentar la competencia electoral. El lugar privilegiado parece reservado para quienes se presentan como nacidos en el afuera o bien desterrados desde el adentro. Una estrategia de estos tiempos, adoptada por aquellos que pretenden convencernos de que proceden desde un lugar preservado, no manchado por la putrefacción generalizada. El delantal blanco, las manos limpias, el esfuerzo permanente, el conocimiento productivo, el bendito mérito. Libres de toda impureza, los políticos de la anti-política son las figuras de las que se espera la necesaria y próspera renovación. La condición de outsider los posiciona como los favoritos para entrar. Estos vendedores del “no” son los nuevos ejecutores del “sí”.

Pero de nuevo vemos que lo importante no es la veracidad sino la verosimilitud. Estos candidatos emergentes, que arriban a la política con el cartel de impolutos, muestran un currículum suficientemente *insider* apenas se los investiga con algo de profundidad. Su marginalidad sobreactuada se desintegra violentamente ante la mínima voluntad crítica. En la carrera por entrar, todos largan desde adentro.

Esta demarcación postulada por los outsiders es tan solo una nueva mascarada. El opuesto complementario del duro señalamiento hacia la casta política. Su contracara necesaria. Un recurso más del

prolífero marketing político que pone en evidencia la inercia de una sociedad que necesita cubrir de sofisticación la conocida alternancia. La creatividad burguesa sigue sacando conejos de la galera, mientras la marginalidad real –la precarización de la vida– crece y se extiende por todo el planeta de manera sostenida.

La supuesta empatía con la periferia de ese sistema que dicen combatir alude a márgenes de planos diferentes. Parece que en el mundo de los discursos las palabras bastaran para establecer relaciones concretas. Pero no hay una marginalidad común. Existimos los explotados y existen los explotadores. Existimos juntos en esta sociedad de la explotación, en la cual la clase dominante –con serias disputas internas– hace lo posible para prolongar este equilibrio inestable el mayor tiempo posible. No hay outsiders. No hay afuera del capitalismo.

**¿Qué es eso de la
economía austriaca?**

El fenómeno “austríaco” en el contexto argentino

No deja de resultar llamativa la presencia que tomó en los últimos años la escuela austríaca de economía en los medios masivos de comunicación, Youtube y redes sociales, a través de algunos referentes del liberalismo local, con Milei como principal exponente. Hasta hace algunos años, sus postulados no eran un tema de discusión más que en ciertos ámbitos académicos o especializados en economía.

La escuela austríaca debe su nombre al origen, hacia fines de siglo xix, de sus fundadores Carl Menger, Eugen von Böhm-Bawerk, Friedrich von Wieser, entre otros, así como también al de sus exponentes más importantes durante el siglo xx: Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek. En líneas generales se caracterizan por la defensa del libre mercado y la crítica a la intervención estatal, parten del individuo, las motivaciones de este y sus acciones para tratar de explicar el funcionamiento económico y de la sociedad, y su contribución más determinante en el pensamiento económico es la denominada teoría subjetiva del valor, sobre la que volveremos a continuación. Esta teoría sobre el valor fue determinante en el pensamiento económico neoclásico, en otras palabras, en la economía mainstream durante todo el siglo xx. Si bien la escuela austríaca como tal no fue muy difundida e incluso criticados muchos de sus desarrollos, en este punto ha sido influyente.

En el plano internacional, el otorgamiento del Premio de Economía Conmemorativo de Alfred Nobel a Hayek en 1974 produjo un primer *revival* austríaco, aunque de corto alcance según el propio Instituto Mises. El segundo se daría a partir de la crisis financiera mundial de 2008, luego de la cual crecería notablemente la difusión de sus críticas a las políticas de emisión de crédito y monetaria, y la intervención estatal al respecto.

Podemos rastrear su influencia en ámbitos académicos específicos como es el caso de Argentina, donde el Centro de Estudios sobre la Libertad, fundado por Alberto Benegas Lynch, realizó traducciones al castellano de varias obras de esta escuela, organizó conferencias con la presencia de Mises, Hayek, entre otros, y bécó alumnos como Juan Carlos Cachanosky para doctorarse en EEUU. Benegas Lynch (h) fundaría a fines de la década de 1970 una institución universitaria donde formaría a cientos de futuros directivos de empresas y académicos. Pero la escuela austríaca de economía comenzaría a ser conocida masivamente en Argentina (al menos su nombre) a partir de la irrupción mediática de Javier Milei hacia 2014.

En un comienzo sus intervenciones versaban principalmente sobre cuestiones económicas, de supuesto rigor técnico, e insistía con su identificación con la escuela austríaca y sus autores, así como también con el minarquismo y el anarcocapitalismo. A medida que pasaron los años y se fue adentrando en el terreno electoral el discurso fue cambiando, introdujo otras problemáticas como el aborto, portación de armas, narcotráfico, corrupción, feminismo y calentamiento global. Otro aspecto fundamental es la crítica a la “casta política” que hemos abordado, a través de la cual se inmuniza a la política de buena parte de la bronca que produce, que se refuerza en la oposición mercado-Estado que plantea el liberalismo. A su vez, la figura de Milei transitó su última etapa de crecimiento mediático hasta su postulación electoral de 2021 en el marco de las medidas de aislamiento a partir la declaración de la pandemia de Covid-19. Fue de los pocos que alzó la voz frente a las medidas de-

fendidas ciegamente por el progresismo, la izquierda y buena parte de la oposición, defendiendo la libertad para circular y trabajar, relativizando la magnitud de la pandemia y denunciando el impacto de las cuarentenas.²⁵

Este viraje de Milei no se condice necesariamente con el marco teórico austríaco en general, sino fundamentalmente con el contexto de gran descontento social, propicio para el crecimiento de las derechas alternativas, donde las estrategias paleolibertarias supieron hacerse eco. En este sentido, podemos situar a Rothbard como nexo importante entre Milei y la escuela austríaca de economía. Históricamente esta escuela ha referido a la oposición entre capitalismo y comunismo en términos de superioridad moral, lo cual fue oportunamente exacerbado por Rothbard y su estrategia populista liberal de derecha, ya no solo frente al comunismo sino frente al “libertinaje” capitalista, lo cual aplica muy bien para la oposición al progresismo actual. Más allá de esta notoria influencia particular, no deja de ser curiosa la identificación con la escuela austríaca de economía en general por parte de los principales referentes de la coalición política de La Libertad Avanza y su creciente éxito electoral.²⁶

Debido a nuestro interés por la crítica de la economía, estábamos al tanto de cierto resurgimiento de esta escuela a nivel internacional en las últimas décadas y habíamos expuesto críticas a algunos de sus postulados en el número 11 de *Cuadernos de Negación*, publicado en 2018. Nuestro primer impulso al comenzar a escribir estas páginas fue retomar dichas críticas y confrontar directamente el núcleo de

25 Sobre el coronavirus y su abordaje recomendamos el libro de compilación de artículos *Coronavirus, crisis y confinamiento* (Lazo Ediciones, 2020), *Contagio social. Guerra de clases microbiológica en China* del grupo Chuang (Lazo Ediciones, 2020) que incluye el nro. 69 del boletín *La Oveja Negra* titulado *Coronavirus y cuestión social*.

26 En España, por ejemplo, tienen gran difusión autores y conferencistas “austríacos” como Juan Ramón Rallo o en menor medida Jesús Huerta de Soto, quien es parte del intrascendente Partido Libertario de España. Otro reconocido divulgador mediático de esta escuela en habla hispana es Axel Kaiser de Chile.

esta escuela y sus teorías. Si bien consideramos importante profundizar en este sentido, antes nos parece interesante indagar un poco más en el fenómeno político.

En gran medida, la escuela austríaca no viene más que a servir de sello de autoridad en las infinitas intervenciones mediáticas de Milei, con el que busca inducir en el público la idea de una base sólida de pensamiento, lógica, racional, sofisticada, con algo de exotismo europeo. De este modo, en sus inicios televisivos era abordado como una rareza por los medios y tolerados sus exabruptos a la hora de discutir por la gravedad de la situación y la supuesta ignorancia de sus adversarios. Tras su primer participación en las elecciones legislativas de 2021 y de cara a las presidenciales de 2023, aparecieron las preocupaciones y fuertes críticas por muchos de los que lo hicieron subir, frente a lo cual adoptó el lugar del “perseguido” por la “casta” y ciertos medios. Bien posicionado en la carrera electoral, fue quedando atrás el “economista austríaco”.

Más allá de la “batalla cultural”, las cuestiones sobre las que versa más frecuentemente son la intervención del Estado en la economía a través de los impuestos, las políticas monetarias, la inflación, el gasto público con un marcado énfasis en los sueldos de la “casta política”, empleados estatales y ayudas sociales, la corrupción y el subsidio a empresas ineficientes. Con algunos matices, críticas similares podrían expresarse desde una derecha más tradicional u otras vertientes de las nuevas derechas, así como desde corrientes más clásicas del liberalismo.

Con sus diferencias, un fenómeno discursivo similar puede observarse en el otro extremo del arco electoral. Así como los fundamentos de la escuela austríaca no explican a La Libertad Avanza, los del trotskismo no explican al Frente de Izquierda y de Trabajadores - Unidad (FITU). La función ejercida por el FITU es situarse a la izquierda del progresismo y exigirle que cumpla con lo que dice. No propone nada diferente. Sus referentes pueden aludir al trotskismo eventualmente en sus apariciones mediáticas o parlamentarias, pero esa referencia

poco explica lo que hacen y proponen. Tal identidad político-ideológica puede cumplir una función aglutinante al interior de la fuerza política y promover ciertos debates o lecturas, pero su práctica real es esencialmente oportunista. Visto el panorama de izquierdas local poco cambiaría que dicho rol lo cumplieren autoproclamados guevaristas, maoístas, estalinistas o socialistas. De hecho, varias fuerzas identificadas con estas corrientes forman parte del frente que gobierna actualmente ya que han considerado al kirchnerismo como la expresión política popular a apoyar más o menos críticamente tras el 2001. Claro que, siguiendo la comparación, a nivel electoral lo liberal y austríaco tiene un efecto publicitario mucho más eficaz en este contexto, mientras que la izquierda está condenada a ser el furgón de cola del progresismo en retroceso.

Nos preguntamos entonces por esta forma particular que toma en la Argentina la oposición extrema al oficialismo. Es decir, ¿por qué un movimiento liberal con un “austríaco” a la cabeza toma semejante relevancia en la confrontación con el progresismo? ¿Por qué en el marco internacional de ascenso de nuevas derechas la expresión local más significativa tiene este componente peculiar? Quizás cuestiones como la condena social hacia la violencia política impide la proliferación de otras expresiones de derecha. Por otra parte, el desarrollismo como horizonte común y siempre trunco de todas las fuerzas políticas en Argentina y, fundamentalmente, los cíclicos y persistentes problemas económicos como la inflación, nos permitan acercarnos a la respuesta.

El marco teórico austríaco, con el anarcocapitalismo y el paleoliberalismo como expresiones políticas más notorias, se caracteriza por su aura de radicalidad, novedad, excentricidad y, por supuesto, su imagen de rigor y experticia económica. Sus partidarios ejercen una defensa acérrima de la libertad y la propiedad, difunden postulados utópicos como el de un capitalismo sin Estado, citan teoremas económicos y principios filosóficos como infalibles, al tiempo que adaptan sus propuestas ideales a un gradualismo de lo posible.

Hacia principios de siglo xx, existió en el campo socialista una tendencia partidaria del parlamentarismo como herramienta de propaganda, que supuestamente asumía la imposibilidad de transformar la realidad, en un sentido emancipatorio, desde las instituciones. Por lo tanto, buscaba usar la participación electoral como amplificación de los posicionamientos socialistas y las luchas proletarias. De ahí que se planteara como útil y necesaria “una voz obrera en el parlamento”. De este modo, en teoría, no se ajustaba el discurso para ganar más votos, ya que la intencionalidad era dar difusión al enfrentamiento con la sociedad capitalista. Como sabemos, a fin de cuentas, el parlamentarismo solo trajo más parlamentarismo y reformismo.

Quizás Milei exprese algo de esa intencionalidad respecto del movimiento libertario que ha contribuido a desarrollar. Quizás solo sea un ego desmedido, o tenga que ver con su lugar de cierta periferia inicial en la política como formador de opinión.

Desde las elecciones de 2021, La Libertad Avanza adquirió un enfoque más moderado, incluso en las formas. Si bien hablan de dolarización y la “motosierra” en el gasto público, no hay un plan claro de las medidas a implementar. Han afirmado continuar con las ayudas sociales, y lo único que parece claro es cerrar algunos ministerios y medidas como terminar con la Educación Sexual Integral. Más allá de sus posibilidades crecientes de ser gobierno, esta fuerza ha contribuido a legitimar políticas de ajuste y a promover la confusión respecto de las causas del desastre y sus supuestas soluciones. No esperamos claridad de ningún sector político, la improvisación es evidente.

Quizás la política actual requiera de extremismos discursivos para lograr una alternancia en el poder como decíamos anteriormente, aunque luego los enunciados no se correspondan con los hechos. Trump es un buen ejemplo, ya que llegó al poder con el apoyo de libertarios a lo Milei y con un fuerte discurso de transformación económica para “hacer América grande de nuevo”, pero al final sus “logros” se dieron fundamentalmente en el plano de la “batalla

cultural” como es el caso del retroceso en las leyes sobre el aborto. Atendiendo otros aspectos fuertes de su discurso como la inmigración, y a pesar de sus amenazas, Trump estuvo bastante por debajo en número de deportaciones anuales respecto a los dos gobiernos de Barack Obama.

Por lo pronto, y más allá del devenir electoral, se ha potenciado un movimiento libertario a nivel local e internacional, y sus ideas están presentes en las discusiones actuales. Por este motivo y dada la importancia que tiene la crítica de la economía desde una perspectiva de transformación radical de la sociedad capitalista, nos adentraremos en el pensamiento “austríaco”.

La escuela austríaca de economía

La escuela austríaca de economía, surgida a finales del siglo XIX y fundada en el concepto del valor-utilidad o teoría subjetiva del valor, niega que el capitalismo sea un modo de producción basado en la explotación del trabajo, confrontando así con la teoría del valor de Marx y la crítica de la economía política. Si bien sus actuales partidarios se basan en los principales referentes de esta escuela, no dudan en desmarcarse de estos a la hora de esquivar los baches y contradicciones que presenta su propio cuerpo teórico. Las diferencias notorias de criterios, aportes e implicancias existentes al interior de esta corriente al abordar determinados tópicos centrales, tratan de matizarse, por un lado, aludiendo a los distintos contextos históricos en que surgen cada una de las formulaciones, y por otro, adosándole a la escuela el calificativo de heterodoxa.

La idea primordial de los austríacos es que el valor deriva de la utilidad que el consumidor asigna a las mercancías o “bienes económicos” que compra. Como el énfasis está puesto en la relación del individuo con sus necesidades y el bien, la misma se refiere también como teoría subjetiva del valor. En esta, el precio de las mercancías se explica a partir de la *utilidad*, cualidad percibida y otorgada por sus consumidores, y la *escasez* de las mismas. Tal como escribe Carl Menger en *Principios de economía política*:

El valor de los bienes se fundamenta en la relación de los bienes con nuestras necesidades, no en los bienes mismos (...) [el valor] es la significación que unos bienes concretos o cantidades parciales de bienes adquieren para nosotros, cuando somos conscientes de que dependemos de ellos para la satisfacción de nuestras necesidades.

Estos postulados no son una particularidad de la escuela austríaca sino de la llamada economía neoclásica, pero son los “austríacos” los que más explícita y mediáticamente los defienden en la actualidad. Al hacerlo, desafían a las teorías económicas clásicas (Adam Smith y David Ricardo, principalmente) buscando borrar al trabajo como determinante del valor, así como erradicar la cuestión de la explotación del trabajo y la extracción de plusvalor. Esta cuestión que los clásicos ponen en discusión de forma incipiente fue profundizada por la crítica de la economía política, demarcando el carácter históricamente específico del trabajo productor de mercancías.

Léon Walras, uno de los pioneros de la escuela neoclásica y el marginalismo, en *Elementos de economía política pura (o Teoría de la riqueza social)* de 1874, observa:

Las cosas útiles, limitadas en cantidad, son valiosas e intercambiables (...) Una vez que las cosas escasas son objeto de apropiación (y sólo ellas y todas ellas lo son), se establece entre las mismas una relación consistente en que, independientemente de la utilidad directa que tengan, cada una adquiere, como propiedad especial, la facultad de cambiarse entre sí en tal o cual proporción determinada. Si uno posee alguna de estas cosas escasas puede, cediéndola, obtener a cambio alguna otra cosa que le falte. Si no posee esta última, sólo la puede obtener a condición de ceder a cambio alguna otra cosa escasa que posea.

En las siguientes páginas intentaremos un planteamiento sintético de las particularidades propias de la teoría subjetiva del valor y sus herramientas principales, elementos en base a los cuales los “austriacos” construyen su cuerpo teórico económico. No pretendemos un análisis exhaustivo sino presentar un marco referencial en relación al cual realizar el abordaje crítico.

Partiendo de principios

De acuerdo a este enfoque todo comienza con las necesidades del individuo, las cuales constituyen la fuerza motriz básica de la dinámica económica. El sujeto establece un ranking de preferencias en base a la intensidad relativa de sus necesidades y los precios constituyen el reflejo de esa escala. La *teoría de la utilidad marginal* pretende explicar el ordenamiento de las prioridades de consumo de los sujetos que intervienen en el mercado. Las subjetividades individuales en interrelación son las que en suma explicarían los movimientos de los precios, los mercados, las inversiones en tal o cual rama de los negocios, la industria, etc., postulado que se conoce con el nombre de *individualismo metodológico*: todas las personas están en relación unas con otras pero no hay entidades sociales por encima de esa relación.

En Menger, el valor es el resultado de un fenómeno de la conciencia. Una cualidad que el sujeto, de acuerdo a su percepción individual, deposita en los bienes concretos que desea, y no una característica objetiva de la mercancía. El valor no se produce ni puede producirse. La producción sólo genera bienes que adquieren valor a partir de la subjetividad de los consumidores. Al establecer al consumidor final como eje de la determinación de los precios, aparece aquí otro de los elementos principales de esta teoría: que el valor de los medios de producción –aquellos que producen bienes de consumo directos– se establece por “imputación hacia arriba”, es decir a partir del valor de los bienes finales, o de consumo. El valor de una máquina se deriva del valor que los consumidores le otorgan al bien económico que esa máquina produce.

La dificultad (o la imposibilidad) de derivar el comportamiento social de supuestos comportamientos individuales, independientes de cualquier determinación social, no reside en lo incompleta o “imperfecta” que pudiera ser la información disponible sobre cada persona o en la cualidad de disperso (al decir de los austríacos) que exhibe el conocimiento vinculado a cada subjetividad. La más simple de las elecciones individuales supone un marco conceptual socialmente construido. La aspiración de estructurar el edificio teórico económico basándose en comportamientos abstraídos de lo social se escurre como agua entre los dedos. Si se argumentara que dicho marco social deriva de un comportamiento individual previo, hay que observar que este último también estará condicionado por lo social, con lo cual nos encontraríamos en una situación de regresión infinita. Nunca podrá encontrarse una institución “original”, conformada por individuos constituidos previamente a lo social.

Partir del análisis del individuo, y no de la totalidad social, es decir, de las relaciones sociales históricamente determinadas, representa un problema en sí mismo. Los gustos y preferencias de los consumidores pueden aparecer como expresiones individuales pero están determinados (y generados) socialmente, y se construyen en el mismo proceso social en el que se reproducen los bienes y servicios destinados a “satisfacer los deseos de los consumidores”. No nos referimos simplemente al “consumismo” o a la publicidad como creadora de necesidades, sino a la unidad entre producción y consumo, y a la subordinación del segundo a la primera:

El hambre es hambre, pero el hambre que se satisface con carne cocida, comida con cuchillo y tenedor, es un hambre muy distinta de aquel que devora carne cruda con ayuda de manos, uñas y dientes. No es únicamente el objeto del consumo sino también el modo de consumo, lo que la producción produce no solo objetiva, sino también subjetivamente. La producción crea, pues, al consumidor. La producción no solamente provee un material a

la necesidad sino también una necesidad al material. (Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*)

Entre los diferentes partidarios de la teoría subjetiva del valor, la escuela austríaca se ha caracterizado por el debate filosófico, ideológico, cultural, más allá de lo estrictamente económico. De hecho, como hemos visto, los argumentos y teoremas económicos no suelen ser explicados, criticados o refutados, sino que mayormente son el adorno de los postulados ideológicos de quienes nos invitan a “abrazar las ideas de la libertad”. Según los propios austríacos, más allá del ámbito académico y de los desarrollos de unos pocos intelectuales desparramados por el mundo, esta escuela se encontraba marginada del debate público hasta su explosiva aparición en las últimas décadas, tiempos de dificultades para la reproducción capitalista. Su utilidad como afirmación del actual orden social es evidente, fabricando argumentos y justificaciones para políticas de ajuste y “saneamiento” de la economía, apoyándose fundamentalmente en el fracaso del progresismo. Es de destacar que mientras en la economía política clásica se observa un interés explicativo que dé cuenta de los fenómenos económicos observados (aún con su naturalización del intercambio y de la mercancía como producto transhistórico del trabajo humano), la economía vulgar o neoclásica directamente traduce en supuesto lenguaje científico su burda apología de la sociedad capitalista.

La burguesía había conquistado el poder político en Francia y en Inglaterra. A partir de este momento, la lucha de clases comienza a revestir, práctica y teóricamente, formas cada vez más acusadas y más amenazadoras. Había sonado la campana funeral de la ciencia económica burguesa. Ya no se trataba de si tal o cual teorema era o no verdadero, sino de si resultaba beneficioso o perjudicial, cómodo o molesto, de si infringía o no las ordenanzas de la policía. Los investigadores desinteresados fueron

sustituidos por espadachines a sueldo y los estudios científicos imparciales dejaron el puesto a la conciencia turbia y a las perversas intenciones de la apologética. (Marx, *Epílogo* a la segunda edición de *El Capital*)

El liberalismo en general, y la escuela austríaca en particular, estructura sus “teorías” a partir de *principios*, entendidos como verdades universales en todo tiempo y lugar, cuya validez es indiscutible y que no necesitan ser demostradas porque, según estos, “son evidentes”. A partir de tales principios erige su edificio explicativo mediante la imposición de una lógica deductiva.

Esta es la forma en que se han construido la matemática, la física-matemática, la termodinámica, campos en donde esta estrategia reviste un grado importante de plausibilidad. Estas disciplinas aceptan que sus postulados no pueden ser demostrados, pero tienen al menos dos características salientes: se verifican en un gran número de casos de suficiente similaridad y las predicciones en base a los desarrollos que estos originan, simplemente “funcionan”, particularidad muy atractiva para la ciencia del Capital que pondera lo predictivo por sobre lo explicativo. La capacidad de predecir el resultado de un proceso determinado prevalece por sobre la de dar cuenta de la dinámica interna del proceso en sí.

Ciertos académicos liberales explican que esta metodología está legitimada por el hecho, y esa es su crítica a los materialistas empíricos, de que los datos de la realidad son siempre insuficientes e inciertos, y que toda teoría que parte de lo “real” está intoxicada de partida. “La realidad engaña, ningún planteamiento científico serio puede partir de la realidad”. Los desarrollos en base a principios se impregnarán de realidad ajustándolos a posteriori en un proceso de adecuación por contraste con lo empírico.

La cuestión de las verdades inmutables es un tema en sí de discusión epistemológica, más aún en las denominadas ciencias sociales, pero en el caso del liberalismo queda claro que la utilización de

principios incuestionables es una imposición de conveniencia donde el lugar de lo inmutable lo ocupa forzosamente el orden social que esta doctrina pretende dejar congelado.

Teoría subjetiva del valor

Los economistas clásicos parten de que el intercambio es una acción humana natural e incorporan el trabajo involucrado en la producción de las mercancías para explicar la proporción en la que se realiza el mismo. Escribe Smith en *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*:

(...) si en una nación de cazadores, por ejemplo, cuesta habitualmente el doble de trabajo cazar un castor que un ciervo, un castor debería naturalmente intercambiarse por, o valer, dos ciervos. Es natural que lo que es el producto habitual de dos días o dos horas de trabajo valga el doble de lo que normalmente es el producto de un día o una hora de trabajo.

Los neoclásicos –entre ellos los austríacos– hacen lo propio al ver en el intercambio una actividad humana transhistórica, pero rechazan que el trabajo tenga algo que ver en la cuestión más que como un bien útil y escaso, que puede intercambiarse al igual que el resto, recurriendo a la teoría de la utilidad marginal relativa a los sujetos que protagonizan la transacción. La proporción del intercambio es arbitraria en la medida que se corresponde con las subjetividades de compradores y vendedores, y de acuerdo a cómo hayan ordenado sus preferencias.

La crítica de la economía política cuestiona la asumida naturalidad del intercambio como actividad humana, y por ende se pregunta: ¿cómo es que los productos del trabajo adquieren valor, es decir, de qué manera obtienen el atributo de cambiabilidad? Y una vez dirimido el primer interrogante, ¿qué es lo que determina la proporción en la que se realiza el cambio?

La pregunta acerca de por qué las cosas tienen valor, valor de cambio o precio (los tres términos son usualmente indistintos para el enfoque de la economía política clásica) es el punto de partida de toda teoría económica. Mientras los neoclásicos sostienen que las mercancías tienen precio²⁷ con la sola condición de ser estas útiles y escasas en relación a los sujetos demandantes, la economía política clásica parte de una concepción sustancialmente diferente: las cosas tienen valor porque, a condición de ser útiles, son producto del trabajo. Para esta última, además, la escasez desempeña un rol excepcional en aquellas mercancías que, aun siendo productos del trabajo, no es posible producir o reproducir en proporción a la demanda (cuando el valor de uso del bien ha brotado de la subjetividad singular de su autor, como ocurre con las obras de arte y, más aún, con las del autor ya fallecido). Sin embargo, los economistas clásicos no profundizan acerca de las características particulares que tiene el trabajo productor de mercancías.

Estos naturalizan al trabajo como productor de mercancías, y por ende naturalizan a la mercancía misma. De este modo, toda forma de trabajo es naturalmente productora de mercancías, creadora de valor, borrando la especificidad histórica de la organización del trabajo bajo el capitalismo: el valor como relación social general entre productores de mercancías privados e independientes, lo cual implica la propiedad privada, que se configura en propiedad de los medios de producción para unos y la sola propiedad de su fuerza de trabajo para la enorme mayoría explotada.

Los austríacos van un paso más allá de los clásicos en la naturalización de la mercancía, pretendiendo explicar su cambiabilidad evitando todo contacto con el proceso productivo. Para estos, que se detienen en la apariencia, en lo más superficial y evidente, en lo vulgar y descriptivo, tiene naturalmente precio aquello que es útil y

27 La economía neoclásica utiliza mayormente la expresión precio y no la de valor, entendiéndolas como sinónimos.

escaso, pasando inmediatamente a afirmar que la cambiabilidad de las mercancías y su expresión cuantitativa, el precio, pueden explicarse a partir de la utilidad y la escasez. Bajo esta premisa, formulan una teoría del movimiento de los precios que aspira a explicar su objeto desde el “agente”, guiado por el deseo de maximizar su bienestar en condiciones de escasez.

Sin embargo, está claro que algo puede ser útil y escaso sin ser mercancía. Ciertos bienes disponibles en la naturaleza o los productos de la actividad humana pueden revestir utilidad sin poseer el atributo de cambiabilidad, cosa que ha sido así durante gran parte de la historia humana. Agregar la cuestión de la escasez no resuelve el por qué las cosas útiles pueden tener valor. En primer lugar, algo puede ser útil y escaso en su estado natural sin ser mercancía (cursos de agua apta para el consumo, leña, frutos silvestres, etc.). A su vez, si ciertos productos de la actividad humana se presentan como escasos frente a un determinado nivel de necesidad, lo que hay que preguntarse es cómo se organiza esa sociedad, cómo establece sus necesidades y de qué manera busca satisfacerlas.

En la sociedad capitalista, donde la propiedad privada se impone como la privación de medios de vida para la mayor parte de la población, la escasez debe ser abordada como una problemática en relación al valor como regulador social. La inclusión en la teoría de la cuestión de la escasez como determinante del valor de los bienes, habla menos de la rigurosidad del análisis que del afán de sus constructores, apologetas de la imposibilidad inherente al modo de producción capitalista de satisfacer las necesidades básicas de la humanidad, atendiendo solo la súplica onerosa de la necesidad solvente.

La cuestión se torna aún más oscura en el caso de la determinación del precio de un medio de producción (sean maquinarias o materias primas) cuando se lo pretende derivar de las disímiles asignaciones de valor que cada uno de los consumidores hace del bien producido. Sobre esta cuestión nos referíamos anteriormente como “imputación hacia arriba”. Para dar un ejemplo, el precio de

la máquina amasadora, de la harina, del envase, y demás insumos utilizados para producir una caja de ravioles, se derivan del precio de esta última, el cual estará determinado por la interacción en el mercado con los consumidores; concepción diametralmente opuesta a la de “costos de producción” de la economía clásica. Friedrich von Wieser y posteriormente Murray Rothbard, importantes referentes austríacos, concluyeron que el problema planteado solo tiene solución matemática cuando el número de insumos coincide con el número de procesos que utilizan esos insumos,²⁸ situación que llamativamente no se presenta de hecho en la práctica empresarial y que reduce su “demostración” a un mero ejercicio matemático.

Los neoclásicos sostienen que dos bienes económicos solo pueden intercambiarse por ser diferentes, por tener utilidades diferentes, que no es por una relación de igualdad que se da el cambio. Por lo tanto, niegan que en el intercambio se exprese una sustancia común en igual cantidad, lo que es inseparable de su concepción subjetiva del valor.

En Marx y su crítica de la economía política, la investigación sobre la acción del intercambio y la cambiabilidad como atributo, conduce al análisis de la forma del valor, y de allí a que la expresión del cambio necesariamente implica la existencia de algo común entre las mercancías del polo relativo y del equivalente: X pares de zapatos (polo relativo) = Y bolsas de harina (polo equivalente).

Como valores de uso, ambas mercancías no solo son diferentes sino inconmensurables, y esa es una de las premisas para el cambio: nadie cambiaría una mercancía por otra idéntica. Las mercancías se igualan solo como valores. La relación de igualdad evidencia que en ambos términos hay algún atributo común a ambas mercancías presentes en la misma cantidad. Mientras que dos productores que intercambian mercancías ganan en valor de uso o utilidad, de nin-

28 Para profundizar ver el artículo *Austríacos y el irresoluble problema de la imputación* de Rolando Astarita.

guna manera ganan en valor de cambio. Marx descubre que ese atributo común es el valor de las mercancías, es decir, su capacidad de cambiarse por otras, el cual posee una determinación cuantitativa vinculada al trabajo abstracto socialmente necesario para producir las. Si no existe una sustancia común es imposible establecer cómo están determinadas las proporciones cuantitativas en que se intercambian las mercancías y que se verifican como regularidad en la práctica. Más aún, ni siquiera es posible establecer medida. La igualdad del valor de cambio no puede explicarse por la desigualdad de las utilidades. Para la crítica de la economía política, el valor es un atributo social, objetivo en tanto independiente de las voluntades individuales, mientras que para los austríacos está asociado a la utilidad percibida de la mercancía y es subjetivo. Para estos últimos, los precios son simples relaciones sin sustancia, carentes de contenido.

Es a partir de las determinaciones del valor, y adentrándose en el proceso de producción, que Marx se enfrenta luego al análisis de la plusvalía en sus diferentes modalidades en relación al desarrollo histórico de este modo de producción. Es que al abrir la caja de Pandora del Capital como relación social, el trabajo y sus determinaciones no solo ponen al descubierto las características particulares que reviste la mercancía fuerza de trabajo, sino también el origen de la ganancia capitalista y la forma de explotación que implica el trabajo asalariado.

Marginalismo

Partiendo de la concepción subjetiva del valor –desarrollada en contraposición a la escuela clásica y a la crítica de la economía política de Marx–, diversos economistas forjaron desde mediados de siglo XIX la teoría de la utilidad marginal. El así llamado marginalismo, con sus matices, ha sido el enfoque predominante en economía desde entonces, abarcando desde keynesianos hasta austríacos. Lo que plantea esta teoría es que el valor de un bien para su poseedor decrece a medida que aumenta su cantidad. Por eso, para que el

individuo establezca el valor subjetivo de un bien específico, es necesario efectuar el razonamiento de la utilidad en el “margen”, es decir, respecto de la última unidad de la que dispone. El concepto de utilidad marginal determina que el valor de un bien está en función del uso menos productivo que el mismo tiene para su poseedor.

A modo de ejemplo típico, tomemos el caso del agricultor que posee cinco bolsas de granos. La primera será utilizada para hacer pan, este será meramente el alimento que le permitirá sobrevivir. Con la segunda también hará pan, y este será el que le aporte energías para poder realizar otras actividades. Con la próxima bolsa, alimentará los animales que cría. La siguiente la destinará a destilar whisky y, finalmente, la quinta, para alimentar a las palomas. En caso de que le roben o se pudra el contenido de alguna de estas bolsas, él no reducirá proporcionalmente cada una de estas cinco actividades. Simplemente dejará de alimentar a sus palomas, es decir, abandonará su necesidad menos urgente o “necesidad marginal”. Si otra bolsa se desperdiciara, dejaría de hacer su whisky y así sucesivamente. En este razonamiento subyace un ordenamiento de prioridades en las necesidades del consumidor, que establece el valor de la bolsa de grano por la utilidad de la última bolsa disponible.

Más allá de constituir el argumento explicativo del ordenamiento de prioridades, a partir del cual los marginalistas pasan del ejemplo de la bolsa de granos a un mercado de cientos de miles de productos diferentes sin solución de continuidad, el concepto de utilidad marginal sirve para mostrar, según estos, que –aún para un mismo consumidor– una mercancía puede tener diferentes precios –valor es igual a precio para ellos. De este modo, buscan evidenciar una supuesta inconsistencia en los planteos de las teorías clásicas del valor-trabajo. La teoría del valor de Marx, al diferenciar entre formas y contenido, es decir, precio, valor de cambio y valor, permite explicar estas diferencias sin contradicción alguna. El valor de una mercancía no puede manifestarse directamente en cantidades de su propia sustancia (trabajo abstracto socialmente necesario), sino que,

como valor de cambio, se expresa en cantidades de otra mercancía. El precio es la expresión del valor de cambio de una mercancía en cantidades de dinero, es decir, en cantidades de la mercancía que desempeña el rol de dinero (equivalente general para el intercambio).

A partir de los disímiles ordenamientos subjetivos que realizan los diferentes individuos, el marginalismo plantea que no solo es posible ordenar los intercambios entre los diferentes productores de bienes de consumo, sino además, y en base a las utilidades marginales de los bienes de consumo, inferir las utilidades marginales de los bienes de producción que intervienen en la creación de los primeros (problema de la imputación). La utilidad marginal del producto final o bien de consumo que va al mercado determina la utilidad marginal de los bienes necesarios para su producción, y por lo tanto su valor.

Para los austríacos, los precios se derivan de las preferencias, pero al decir de Ludwig von Mises en *La acción humana*: «cuando la estructura de precios está desarrollada, se le aparece al consumidor como un dato al cual debe ajustar su conducta», lo cual indica –ahora en un ordenamiento que incluye diferentes mercancías, no solo bolsas de granos– que tales preferencias están influenciadas por los precios. Este razonamiento respecto de la relación entre precios y preferencias presenta una notoria circularidad puesto que hay determinaciones mutuas entre el objeto analizado, en este caso los precios, y la subjetividad del consumidor. Para suerte de estos economistas siempre que exista mercado habrá un Estado a quien culpar del mal funcionamiento del sistema de precios.

En un ejemplo, Rothbard explica su razonamiento: «Johnson tiene caballos y Smith cestas de pescado. Según su escala de valoración, Johnson no está dispuesto a cambiar un caballo por menos de 81 cestas de pescado; y Smith no está dispuesto a entregar más de 100 cestas de pescado por un caballo. De manera que el precio del caballo, expresado en cestas de pescado, se ubicará en algún punto entre 81 y 100 cestas». Puede verse entonces que el precio queda indeterminado, en un limbo entre ambas posiciones. El economista

plantea el establecimiento del precio final recurriendo a «las habilidades de regateo» de los participantes. Luego, al admitir que «no hay teoría del regateo», ya que lo que cuenta en este escenario es el «poder de negociación», se esfuma toda posibilidad de establecer una teoría de los precios (y por lo tanto, del valor). Los marginalistas remiten en verdad a otro tipo de margen, a aquello que ocurre en los márgenes de la sociedad, en ferias o ventas de productos usados en internet, en los estrechos márgenes de negociación en cierto tipo de transacciones o regiones puntuales donde el regateo es una costumbre (y toda negociación comienza con sobreprecio), pero esto no es lo usual en el mercado. Solo un embustero intelectual puede darle relevancia al “arte del regateo” para una pretendida teoría de los precios.

La teoría de la utilidad marginal comienza a desarrollarse en el contexto en que la economía pasa de ser una disciplina considerada como parte de la filosofía a una más dependiente de la matemática (o econometría). La supuesta rigurosidad de esta teoría radica en la introducción de diversos métodos de cálculo matemático y un lenguaje formalizado, cuya pretendida objetividad procura disimular su profundo contenido ideológico. De este modo, la economía llega a presentarse como una ciencia acerca de la asignación de recursos escasos, proponiendo herramientas técnicas para la gestión empresarial y la administración eficiente. Alimentada así, con falsificaciones y artilugios del lenguaje, la serpiente de Gadsden afirma su persistente obsesión por naturalizar la realidad invertida del capitalismo.

El problema del dinero

Uno de los aspectos más controversiales del enfoque austríaco es el de sus explicaciones acerca del valor del dinero (también denominado poder de compra), en particular sobre la forma en la que enfrentan la necesidad de dotarlas de consistencia en relación a la teoría subjetiva del valor.

En primer lugar, el dinero supone un problema para los subjetivistas en general, ya que su utilización como medio de cambio mercantil los obliga a lidiar con la existencia de un equivalente común, cosa que niegan desde el principio y que los remite a la cuestión de una objetividad social respecto del valor del dinero. A su vez, mientras que para estos el común de las mercancías obtiene su valor a partir del ordenamiento de las utilidades en el margen, en el caso del dinero se topan con que en la práctica la cuestión se invierte, puesto que la utilidad del dinero deriva de su valor como medio de cambio.²⁹

Mises, quien intenta responder a esta cuestión en los primeros años del siglo xx, plantea en su libro *Teoría del dinero y del crédito*: «el dinero no tiene otra utilidad más que la que surge de la posibilidad de obtener otros bienes económicos a cambio de él. Es imposible concebir ninguna función del dinero que pueda separarse del hecho de su valor de cambio objetivo». Algunos párrafos más adelante en el texto, expresa una necesidad tajante: «la teoría del dinero debe tener en cuenta la diferencia fundamental entre los principios que rigen el valor del dinero y los que rigen el valor de las mercancías», aceptando finalmente que el razonamiento en relación al valor debe ser distinto (de hecho, inverso) para el dinero respecto del resto de las mercancías.

¿Pero de dónde proviene el valor como medio de cambio que ostenta el dinero? Para no contradecir la teoría subjetiva del valor, los austríacos están impedidos de asignarle directamente un valor objetivo, es decir, independiente de la percepción que experimenta cada individuo. Necesitan fundamentar al interior del campo subjetivo, y por lo tanto están forzados a ligar este valor a una utilidad marginal específica. Mises plantea que el valor de cambio objetivo del dinero debe tener su origen en el valor subjetivo dado original-

29 Para los austríacos, la función principal del dinero es servir como medio de cambio.

mente al «material monetario». Esta explicación se conoce como teorema regresivo del dinero, en el cual la utilidad marginal del dinero del día x depende de la que tenía el día $x-1$, y así sucesivamente en una regresión temporal lógica hasta el origen del dinero mismo y de las primeras mercancías utilizadas como tal. Cuando aún no era utilizado como dinero, el oro servía como material para propósitos productivos como fabricación de joyas y otros ornamentos (Mises se refiere a estos usos como “industriales”). Ese valor subjetivo pasado, que cada individuo percibía en el oro material, ejercería su influjo hasta el presente.³⁰ En palabras del propio Mises: «El valor más temprano del dinero se vincula con el valor mercancía del material monetario. Pero el valor del dinero desde entonces ha sido influenciado no solamente por los factores que dependen de sus usos “industriales”, y que determinan el valor del material del cual está hecho el dinero mercancía, sino también por aquellos que resultan de su uso como dinero». Lo que en la sociedad moderna aparece como valor de cambio objetivo del dinero es, para los austríacos, el resultado de una valoración subjetiva original, desarrollada histórica y progresivamente.

30 La discusión sobre el dinero partiendo del oro puede parecer un tanto arcaica dado lo ajeno que se encuentra este en nuestras transacciones cotidianas, así como debido a la creciente especulación financiera donde los signos monetarios parecieran haberse despegado de todo sustrato material. A su vez, en Argentina utilizamos una moneda cuyo precio en relación a las divisas mundiales fluctúa todo el tiempo de manera exacerbada. Pero los bancos centrales de las principales economías del mundo que emiten monedas fuertes utilizadas como dinero mundial y reserva de valor, como el dólar y el euro, mantienen al día de hoy importantes reservas en oro. El dólar venía siendo utilizado como dinero mundial desde el Acuerdo de Bretton Woods tras la IIª Guerra Mundial y en 1971 dejó de tener su emisión sujeta al patrón oro, constituyéndose en dinero fiduciario. Es decir, dinero con respaldo basado en la confianza. Este cambio fue seguido por las otras monedas fuertes. Sin embargo, no podemos perder de vista la persistencia de la importancia del oro como reserva de valor para comprender las dinámicas dinerarias globales. En los últimos años, por ejemplo, se observa un incremento en la compra de oro por parte de los bancos centrales, y una creciente desdolarización.

Sin embargo, como bien advierte el economista Rolando Astarita, Mises no explica la manera en que se determina qué parte del valor del dinero deriva de su función “industrial” (ni en qué medida el lapso temporal transcurrido influye en el valor presente) y qué parte de su función dineraria.³¹ Además, el teorema regresivo está apoyado en la validez de la existencia histórica del trueque en el sentido austríaco, es decir, como intercambio de mercancías generalizado sin dinero, lo que ciertos economistas han demostrado como lógicamente imposible, y varios historiadores plantearon como una hipótesis sin evidencia sólida, y que veremos con algo de detalle más adelante.³²

Por otro lado, en este planteo aparece una dualidad en la determinación del valor del oro como dinero. El oro constituyó la mercancía que se impuso históricamente como medio de cambio debido a sus cualidades físico-químicas (estabilidad, divisibilidad, maleabilidad), propicias en relación a su uso, a la vez que continuó siendo utilizado con fines productivos. Aquí, lo que Mises afirmaba en torno al fundamento del valor en tanto necesidad de separación entre mercancía y dinero, se vuelve hacia este como una clara inconsistencia: cabría la posibilidad de que el valor del oro como mercancía particular fuera distinto al del oro como dinero. Unas décadas más tarde, en *La acción humana*, y luego de ratificar su teorema de la regresión, Mises cierra la discusión afirmando que el poder adquisitivo del dinero, como de cualquier otra mercancía, depende de la oferta y la demanda.

En la crítica de la economía, particularmente en el análisis de la forma del valor, el dinero es puesto al descubierto como una mercancía peculiar que adquirió históricamente la función de equivalente

31 *Austríacos, sobre dinero y valor subjetivo*, de Rolando Astarita.

32 Para profundizar en las determinaciones del dinero en el modo de producción capitalista ver más adelante *El intercambio y el valor como supuestas relaciones naturales*.

general, y que actúa como métrica de comparación entre las magnitudes relativas de los valores de las mercancías. El dinero, por lo tanto, es ante todo medida de valor. Esto representa para los austríacos más que un dolor de cabeza. Aceptar que el dinero es medida del valor, implica que hay un valor que puede ser medido, lo que equivale a aceptar su objetividad.

En un esfuerzo sostenido por salvar las inconsistencias que brotan de sus formulaciones, los austríacos transitan una serie de caminos escabrosos introduciendo parches en sus teorías, que solo traen consigo nuevos choques entre los principios fundamentales de los que se derivan y la constatación empírica.

Trabajo y ocio

Mises en *La acción humana* escribe: «El trabajo es el más escaso de todos los factores primarios de producción; de un lado, porque es, en este preciso sentido, no específico y, de otro, por cuanto toda clase de producción requiere la inversión del mismo.» Por «no específico» se refiere a la multiplicidad de trabajos concretos diferentes, donde el carácter abstracto del trabajo brilla por su ausencia. El trabajo es puesto a la par de otros medios de producción, en relación a su utilidad y escasez: es útil porque toda producción lo requiere en sus múltiples formas, y escaso por esa misma razón. Siempre requerido y siempre escaso, nos preguntamos por qué el salario ha constituido históricamente la variable de ajuste por excelencia, percibiendo los trabajadores el mínimo necesario para cubrir su reproducción. El salario paga la reproducción de la fuerza de trabajo, por ello los trabajadores asalariados no acceden a los medios de producción.

Desde el marco subjetivo, debe haber algo de “valor” a lo que debemos renunciar al momento de trabajar. Así, Mises introduce al ocio como otro bien económico:

Nuestra ciencia parte de que a los hombres lo que más les agrada es la diversión y el descanso; por eso contemplan su propia

capacidad laboral de modo muy distinto a como ponderan la potencialidad de los factores materiales de producción. Cuando se trata de consumir el propio trabajo, el interesado analiza, por un lado, si no habrá algún otro objetivo, aparte del contemplado, más atractivo en el cual invertir su capacidad laboral; pero, por otro, pondera además si no le sería mejor abstenerse del esfuerzo. Podemos expresar el mismo pensamiento considerando el ocio como una meta a la que tiende la actividad deliberada o como un bien económico del orden primero. Esta vía, tal vez un poco rebuscada, nos abre, sin embargo, los ojos al hecho de que la holganza, a la luz de la teoría de la utilidad marginal, debe considerarse como otro bien económico cualquiera, lo que permite concluir que la primera unidad de ocio satisface un deseo más urgentemente sentido que el atendido por la segunda unidad; a su vez, esta segunda provee a una necesidad más acuciante que la de la tercera, y así sucesivamente.

Para los neoclásicos, el ocio es un bien, una cosa transable, a la que los seres humanos elegiríamos renunciar (intercambiar) para eventualmente aumentar nuestra satisfacción y beneficio. Sacrificaríamos entonces, por elección, al ocio, por valorar a nuestra supervivencia más que a este. Continuamos con Mises:

Trabajar resulta penoso. Se considera más agradable el descanso que la tarea. Invariadas las restantes circunstancias, se prefiere el ocio al esfuerzo laboral. Los hombres trabajan solamente cuando valoran en más el rendimiento que su actividad va a procurarles que el bienestar de la holganza. El trabajar molesta. (...) Esa molestia típica del esfuerzo laboral explica por qué, a lo largo de la historia humana, al incrementarse la productividad del trabajo, gracias al progreso técnico y a los mayores recursos de capital disponibles, apareciera una tendencia generalizada a acortar los horarios de trabajo.

Resulta curioso cómo, en el borrado del trabajo como determinante del valor de las mercancías para la teoría subjetiva, Mises termina remarcando su carácter penoso. Aquí nos interesa reparar en varias cuestiones. Las críticas y el rechazo del trabajo, que se han extendido fuertemente en las últimas décadas tanto en las expresiones de lucha como en un imaginario social más amplio, han puesto de relieve la discusión acerca de la necesidad de abolición del trabajo para la superación de la sociedad capitalista.³³ Esto se vincula a las transformaciones en las formas de explotación como resultado de la lucha entre Capital y proletariado, principalmente el aumento de la explotación a través del desarrollo tecnológico y de la productividad del trabajo, lo que posibilitó la disminución de las jornadas laborales.³⁴ Dichas transformaciones trajeron consigo un aumento del nivel de salarios (siempre proporcionalmente por debajo de los aumentos de productividad) y cambios en la dinámica de reproducción de la fuerza de trabajo, así como en las luchas del proletariado, sus organizaciones y perspectivas.

Tras un largo período de predominio del reformismo obrerista, su agotamiento hacia la década de 1970 trajo consigo renovadas expresiones de lucha que comenzaron a romper y superar dicho marco, surgiendo en su respuesta la profunda reestructuración capitalista de alcance global sobre la que referíamos anteriormente.³⁵ Esto resultó en una marcada heterogeneidad en el seno del proletariado, con pequeños sectores de alta productividad y mejores salarios, y una gran mayoría de trabajos precarios y mal pagos, con necesidad de intervención estatal para garantizar la supervivencia. En este contexto, tanto el orgullo de ser trabajador como la perspectiva obrerista de la revolución –con sus organizaciones de masas y la toma de los

33 Ver *1° de mayo contra el trabajo* en *La Oveja Negra* nro. 88.

34 Ver *1° de mayo: Memorias y perspectivas* en *La Oveja Negra* nro. 76.

35 Para profundizar acerca de esta reestructuración del modo de producción capitalista en relación a la perspectiva comunista ver *De la ultraizquierda a la teoría de la comunización*, *Théorie Communiste* (Lazo Ediciones, 2022).

medios de producción y del aparato estatal— han perdido relevancia en calidad de paradigmas para la transformación social.

Así como la crítica del trabajo ha contribuido al desarrollo de la perspectiva comunista actual, también el rechazo al trabajo se ha banalizado, siendo la reivindicación del ocio uno de los aspectos más notables. Nos parece importante resaltar la división entre trabajo y ocio como propia de las sociedades de clase (exacerbada en el capitalismo) y poner en cuestionamiento la concepción del trabajo como sinónimo de actividad productiva humana. Otra forma de metabolismo social (reproducción social, unidad entre producción y consumo sociales) puede implicar la transformación profunda de las actividades productivas, donde el esparcimiento, el disfrute, la creatividad, la experimentación, el conocimiento, sean también transformados y no estén necesariamente separados de las primeras, quedando expuesto como un sinsentido que el aumento de la productividad del trabajo constituya el eje central de todo desarrollo social, tal como supone el marxismo (historia humana como desarrollo de las fuerzas productivas) y el pensamiento dominante en general. Entendemos que la abolición del trabajo, partiendo de su forma asalariada actual que es la que enfrentamos, implica reflexionar en torno a estas dimensiones.

Para la economía clásica, y en gran medida la crítica de la economía política, el trabajo es comprendido como sinónimo de actividad productiva humana. Sin embargo, ha sido la crítica de la economía política la que ha profundizado el análisis en torno a la forma específica que va asumiendo el trabajo a lo largo de la historia, lo cual es central para su superación. El trabajo en el capitalismo implica que la fuerza de trabajo tome la forma de mercancía y se venda individualmente, a cambio de un salario, a los propietarios de los medios de producción. Todo el trabajo realizado durante una jornada laboral es apropiado por el capitalista, que paga solo lo necesario para reproducir la fuerza de trabajo que emplea. Los neoclásicos tienen otras preocupaciones en su defensa acérrima del orden burgués, y

si bien para Mises debíamos ver al ocio «como cualquier otro bien económico» para hacer encajar al trabajo en la teoría subjetiva del valor, por otro lado asume abiertamente que la abundancia de este peculiar “bien económico” puede llevar a la «muerte por inanición», como ocurría en los albores de la industria (y continúa ocurriendo):

Los nuevos industriales jamás gozaron de poder coactivo para enrolar a nadie en las fábricas contra su voluntad. Contrataban sólo a quienes querían ganar un salario. Pese a su escasez, estas retribuciones representaban para aquellas miserables gentes un premio muy superior al que podían conseguir en cualquier otra parte. No se arrancó a las mujeres de sus hogares y a los niños de sus juegos; esas madres no tenían qué ofrecer a sus hijos, sumidas en el hambre y la indigencia. Las fábricas eran la única salvación posible. El taller los rescató, en el estricto sentido de la palabra, de la muerte por inanición.

No hubo coacción alguna, sino que eligieron libremente, como ha defendido abiertamente Milei, trabajar en lugar de morir de hambre. Parece no interesarles en lo más mínimo por qué el trabajo, que es «el más escaso de todos los factores primarios de producción» acepta estas retribuciones «pese a su escasez». Por el contrario, reivindicaban la benevolencia y el accionar de la burguesía en la Revolución Industrial contra las restricciones que buscaban imponer los gobernantes y aristócratas.

Además de estas defensas descaradas del progreso económico podemos encontrar unas cuantas falsificaciones (seguimos en *La acción humana*): «Si la oferta de trabajo aumenta, la producción aumenta también. El esfuerzo laboral siempre es valioso; nunca sobra, pues en ningún caso deja de ser útil para mejorar adicionalmente las condiciones de vida.» Aparentemente, realidades tales como la desocupación, subocupación, o la denominada población sobrante o superpoblación relativa son el resultado indeseable de la elección li-

bre de los individuos y/o de la injerencia estatal en la vida social en oposición al libre mercado. Sin embargo, vale aclarar que si no existe un proceso de valorización rentable que demande fuerza de trabajo, aunque la haya disponible en cantidad suficiente, esta seguirá latente, como un “recurso” potencial. Además, el aspecto cualitativo de esa fuerza de trabajo –habilidad, experticia, especificidad– es clave porque todo proceso de valorización necesita de un tipo específico de capacidad laboral, aún si este es el de menor grado de formación y complejidad. Aquél ejército de reserva de trabajadores lo sabemos necesario (y el Capital se encarga de reproducirlo automáticamente) para saciar de inmediato la sed de acumulación durante períodos de creciente demanda de fuerza de trabajo en procesos productivos existentes o nuevos procesos de valorización, además de generar presión a la baja sobre el nivel de los salarios de los trabajadores ocupados. En la sociedad capitalista estamos obligados a llevar al bolsillo la cantidad suficiente de nuestra relación social objetivada, el dinero, para aspirar a acceder al consumo de medios de vida y reproducir, como clase proletaria, la única mercancía que podemos entregar al intercambio: nuestra fuerza de trabajo. La cuestión de la elección es efectivamente una ilusión, que descarga en la conciencia enajenada de los individuos libres la condena propia de percibirse artífices de su propio destino.

Individuo y mercado

Decíamos que el pensamiento austríaco pretende explicar lo social partiendo de lo individual. Pero lo individual no existe sin lo social, y salvo los comportamientos instintivos (que también se despliegan en un marco social), el resto son socialmente adquiridos.

Para la economía burguesa, los agentes económicos se presumen abstraídos de las relaciones sociales de producción. Sin embargo, indefectiblemente inmersos en estas relaciones, tanto dueños de medios de producción como proletarios estamos determinados socialmente. Para salvar posiciones históricamente insostenibles, ciertos autores

austríacos matizan la hipótesis del individualismo metodológico, que entiende a las sociedades como un cúmulo de átomos indiferentes entre sí, añadiendo la cuestión de la intersubjetividad. Esto que parece hacer lugar dentro de su teoría a la innegable interacción entre los sujetos, ausente en la formulación del individualismo más extrema, no es más que un parche. Los individuos antes aislados, ahora interactúan, pero en una relación entendida como resultado del enfrentamiento de voluntades individuales autónomas, libres de determinaciones sociales. Remarcamos, por el contrario, que es a partir del intercambio de mercancías, del desarrollo histórico del valor, que aparece la libertad como la entendemos hoy.

Mediante el propio acto del intercambio, el individuo, cada uno de ellos, se refleja en sí mismo como sujeto exclusivo y dominante (determinante) de aquel acto. Con ello está dada la libertad total del individuo: transacción voluntaria; ninguna violencia de ambas partes; el ponerse a sí mismo como medio (...) con la finalidad de ponerse a sí mismo como fin para sí, como ser dominante, prevaleciente; por último, el interés egoísta, que no realiza ningún interés que esté por encima de él; se sabe y se reconoce también que el otro realiza del mismo modo su interés egoísta (...) El interés general es justamente la generalidad de los intereses egoístas. (...) No solo se trata, pues, de que la libertad y la igualdad son respetadas, en el intercambio basado en valores de cambio, sino que el intercambio de valores de cambio es la base productiva, real, de toda *igualdad y libertad*. Estas, como ideas puras, son meras expresiones idealizadas de aquél al desarrollarse en relaciones jurídicas, políticas y sociales, éstas son solamente aquella base elevada a otra potencia. (Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*)

En lugar de preguntarse por la conciencia que brota de las relaciones sociales en el capitalismo, donde realizamos libremente nuestra

voluntad solo en tanto personificaciones de las mercancías que llevamos al mercado, el liberalismo hace apología de la libre voluntad capitalista. Tras una supuesta defensa extrema de la subjetividad individual, lo que en realidad defiende es nuestra sujeción al poder de las cosas. Esta inversión entre sujeto y objeto es la que aborda Marx cuando analiza el fetichismo de la mercancía.

Por otro lado, mientras que la economía política clásica reconocía la existencia del antagonismo social entre las clases y pretendía armonizarlo, los austríacos se empeñan en negar su existencia. Su disputa es directamente contra aquellos que se oponen al progreso de la economía y la libertad de mercado, donde proletarios y burgueses disfrutarían de un horizonte común. Según la definición de Alberto Benegas Lynch (h), a quien Milei considera el pensador liberal más importante de la Argentina citándolo insistentemente, «el liberalismo es el respeto irrestricto por el proyecto de vida de los otros». Una más de las máximas que encontramos en el pensamiento liberal, donde tanto las clases como las determinaciones sociales son negadas sistemáticamente.

Naturalizando la escasez a la vez que la propiedad privada, Benegas Lynch plantea la brillante observación de que «no hay de todo para todos todo el tiempo», para lo cual la única solución posible sería el derecho de propiedad, necesario para el correcto funcionamiento de un sistema de precios. Siendo que toda transacción implica transferencias de derechos de propiedad, «es indispensable crear incentivos para que cada cual al efecto de mejorar su posición se vea obligado a mejorar la de su prójimo».³⁶ En otro artículo agrega:

Como se ha puesto de relieve, la intervención en los precios afecta el derecho de propiedad, y en el extremo, la abolición de la propiedad elimina los precios. Por ende no hay posibilidad alguna de evaluar proyectos, llevar registros contables y, en ge-

36 *Más sobre la tragedia de los comunes, El economista*, 19 de enero 2021.

neral, de todo cálculo económico. Como hemos ejemplificado antes, en este contexto no se sabe si conviene construir carreteras con pavimento o con oro, puesto que se ha barrido con los únicos indicadores que tiene el mercado para operar y es imposible conocer la mejor variante técnica puesto que es inseparable de su costo lo cual, como decimos, no se conoce si no hay precios de mercado. Sin llegar a este extremo, en la medida en que los aparatos estatales se inmiscuyen con los precios se desdibujan las antedichas señales y por ende se consume capital, que es el único factor que permite el incremento de salarios e ingresos en términos reales. En otros términos, afectar el derecho de propiedad empobrece a todos pero muy especialmente a los más necesitados puesto que son los más afectados por el derroche.³⁷

La sociedad necesitaría imperiosamente de la propiedad privada y del sistema de precios para asignar eficientemente los recursos escasos. La necesidad de la existencia de los precios y del conocimiento de los mismos (aún como estimaciones a priori), en tanto elementos primordiales para el análisis de la viabilidad de tal o cual proyecto, constituye en primer lugar una grosera falsificación histórica. Como si a ciertas sociedades antiguas, sin precios ni mercancías, les habría estado impedido el evaluar qué hacer y qué no. Por otra parte, esto permite introducir una de las mayores inconsistencias que se ha señalado respecto de la teoría subjetiva del valor, o mejor dicho de los precios que de esta se derivan: el precio de una mercancía dependería de su utilidad pero, como hemos visto, su precio es una señal fundamental para establecer si es útil o no, si es lo más conveniente a realizar. Se trata de un razonamiento circular, que ha sido criticado largamente por distintos autores y sobre lo que los austríacos han tratado de responder con distintas formulaciones sin éxito.

37 *¿Frente a cada necesidad nace un derecho?*, Infobae, 31 de octubre de 2020.

Sobre esta concepción de los precios como señales indispensables para la toma de decisiones es interesante reflexionar sobre cómo los austríacos presentan al mercado. Para estos, la instancia del intercambio es una fascinante aventura de descubrimiento, en la cual y mediante la información en clave de precios, la sociedad consigue ajustar conductas y decisiones económicas, coordinar necesidades y posibilidades de consumidores y empresarios. El mercado resulta en un proceso dinámico, de entrada y salida permanente de “agentes económicos”, los cuales no acceden directamente al conocimiento (qué necesidades y cómo satisfacerlas), sino que lo hacen de forma indirecta mediada por los precios, que constituyen, al decir austríaco, una síntesis del conocimiento naturalmente disperso e incompleto. ¿Cómo lograr la coordinación entre millones y millones de individuos con planes diferentes?, es la pregunta que se hace Hayek. Este es, para él, “el problema económico”. Su respuesta a esta cuestión fue la del orden espontáneo, en el que la economía, libre de restricciones y obstáculos, fluiría de manera provechosa en pos del pleno desarrollo de la sociedad. Orden amenazado por la intrusión del Estado tanto en el control de los precios (visto como distorsión del orden natural), en el accionar de los bancos centrales, como en el mantenimiento subsidiado de personas y/o empresas ineficientes e improductivas.

La idea del mercado como colaboración involuntaria que deviene en mejora social surge como relato alegórico en el cual la voluntad competitiva de los individuos resulta mágicamente en una dinámica virtuosa de cooperación y progreso. El intento de desmantelamiento entre oponentes deriva en un aprendizaje social del que todos recogemos los frutos. Quien acierta, triunfa. Quien no acierta, desaparece... y “merece” desaparecer. La aventura austríaca del descubrimiento consiste en dar cuenta que si uno no se impone sobre los demás, los demás se impondrán sobre uno. Ese es el aprendizaje, esa es la moraleja.

La guerra de “todos contra todos”, como plantean la esencia de la vida en general y la humana en particular es, ante todo, la guerra de los capitales en competencia. En el mercado, cada empresa como unidad privada productora de mercancías busca marcar la diferencia respecto a otras de su rubro, intentando reducir sus costos, aumentar su rentabilidad y superar a sus competidores. La competencia es una puja permanente en la que doblegar a los demás es una condición para mantenerse en carrera. La superación tiene como práctica dos formas básicas: la eliminación del competidor y la de la absorción (eventualmente con previo trabajo de debilitamiento), apareciendo estrategias híbridas como coaliciones empresariales o bloques, con el objetivo de acaparar una porción mayor (crecer o dominar) o la totalidad (monopolizar) de ciertas áreas del mercado. La competencia misma es la que impulsa el desarrollo tecnológico que hace posible la producción de plusvalor relativo vía aumento de la productividad del trabajo, lo que se traduce en mayor ganancia empresarial. Las compañías están forzadas y estimuladas de forma simultánea a no bajarse del tren de la reinversión continua, proceso que está en la génesis de las crisis económicas por sobreproducción y estrechamente ligado a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Pero la competencia no es un aspecto exclusivo de la disputa entre capitales sino una dinámica del Capital como relación social general. Por lo tanto, los proletarios también compiten entre sí por los puestos demandados por el mercado de fuerza de trabajo. «Un obrero es un esclavo que debe buscar su amo», afirmaba Marx, y esa búsqueda es definitivamente una competencia por la supervivencia, por la necesidad primaria de no quedar privados del consumo social. El imperativo de la competencia se realiza en el cuerpo del proletariado, al mismo tiempo que este hace propio el mandato de la productividad. En el capitalismo desarrollado, los atributos del Capital están encarnados en las clases antagónicas, y estas los despliegan en sus acciones cotidianas. Cuando un proletario intenta aplastar al otro en este “sálvese quien pueda” que es la sociedad actual, no sólo des-

truye individualmente a uno u otro explotado sino que destruye al proletariado en tanto que clase, dejándolo a merced de la burguesía. La competencia es un pilar fundamental del mundo del Capital, un modo de pensarse en relación con el otro que ha socavado las relaciones sociales solidarias.

La reivindicación histórica que los austríacos hacen de la competencia de ninguna manera es inocente. Se da fundamentalmente en un marco de oposición dirigida a los regímenes socialistas del siglo xx y su planificación centralizada. La tesis de Mises sobre la «imposibilidad del cálculo económico en el socialismo», al advertir que sin precios no hay evaluación posible de costos, busca atacar la planificación como la pretensión de un conocimiento pleno de las necesidades sociales. Hayek, en su libro *La fatal arrogancia*, critica a la planificación centralizada por el Estado en tanto pretensión, por parte de una burocracia, de conocimiento pleno de las necesidades de los individuos que componen la sociedad. Los problemas de funcionamiento económico que llevaron al declive de los “regímenes socialistas realmente existentes”, y su carácter totalitario y represivo, sirven claramente a la defensa de la libertad individual. Pero el comunismo, en tanto negación y superación de la sociedad capitalista, como veíamos anteriormente en *¿Comunismo?*, dista mucho de ser lo que liberales y detractores suponen.

Planificar no es un problema en sí, la cuestión es qué se planifica, es decir, cuál es el contenido de las relaciones sociales. De su contenido se derivan sus formas, por lo que no estamos proponiendo decidir democrática o dictatorialmente cómo realizar la producción de mercancías, sino su abolición. La cooperación, a partir del discernimiento colectivo acerca de las necesidades y capacidades de los seres humanos, es un sinsentido para los liberales. Para los austríacos, es la misma competencia la que resulta involuntariamente en cooperación. El ejemplo del carnicero de Smith (sobre el que volveremos más adelante), enfocado en su propio interés, en su deseo individual, y que en el ejercicio de su egoísmo satisface mejor a los

demás, es instalado reiteradamente como el arquetipo de la expresión de la libertad burguesa, la del individuo libre.

¿Qué tiene más valor, un diamante o una botella de agua?

Este cuestionamiento ha aparecido una y otra vez en la historia de los debates económicos (donde se lo ha denominado *paradoja del valor*), y expresa una aparente contradicción en torno a la cuestión del valor. En palabras de Adam Smith: «Nada es más útil que el agua, pero esta no comprará gran cosa; nada de valor puede ser intercambiado por ella. Un diamante, por el contrario, tiene escaso valor de uso; pero una gran cantidad de otros bienes pueden ser frecuentemente intercambiados por este.»

El economista clásico echa mano a este enunciado para marcar la necesidad de discernir entre valor de uso y valor de cambio. Estas dos cualidades que acompañan y distinguen funcionalmente al término valor “a secas” ya estaban presentes en los antiguos desarrollos de Aristóteles. El valor de uso –lo que los individuos humanos observan o no en el objeto potencialmente útil frente a sí– no es de la misma especie que el valor de cambio que el bien detenta en el mercado. Y concluye que «el precio real de todo, lo que realmente le cuesta al hombre que quiere adquirirlo, es el trabajo y la molestia de adquirirlo». Así, rechaza que exista una relación necesaria entre precio y utilidad. El precio está relacionado con la cantidad de trabajo para producir la mercancía y no con el punto de vista del consumidor.

En los austríacos, esta paradoja es retomada, sutilmente modificada, y repetida infinitamente por los adeptos de la teoría subjetiva del valor y el marginalismo. En estos, como venimos viendo, el valor de un bien no está ligado con las propiedades del mismo, sino con las actitudes de las personas hacia el bien. Aunque el agua es una necesidad, las personas no querrán un suministro particular de agua cuando existan fuentes alternativas suficientes, mientras que al reducirse las alternativas, como en el desierto, el valor de una cierta cantidad de agua aumenta. La adaptación austríaca de la paradoja

plantea la situación de un hombre perdido en un desierto con un saco de diamantes. Si al borde de la muerte encuentra a otro hombre con un jarro de agua, gustoso cambiaría cualquier cantidad de diamantes por el agua. De aquí defienden que el valor económico de un bien depende de las circunstancias y no puramente de las propiedades intrínsecas como valor de uso del propio artículo, menos aún del trabajo que tiene incorporado. A partir de esto, para efectuar la valoración, incorporan a la escasez como una segunda determinación aparte de la utilidad: el agua tiene menos valor que los diamantes porque está ampliamente disponible. Desatar el nudo contradictorio, sosteniendo su negación sobre la injerencia del trabajo humano como contenido del valor, lleva a los austríacos a postular (o bien justificar) la necesidad de la adición de un condicionante extra.

El hecho de que una cantidad de diamantes sea más valiosa que la misma masa en agua no nos resulta paradójico. En esta sociedad invertida, no tiene nada de raro que un mineral que solo tiene ciertos usos en la producción de herramientas y, como ya sabemos, es uno de los objetos más fetichizados por su carácter ornamental, sea más codiciado que un elemento fundamental para la vida. La contradicción, aparente, se desvanece al examinar en profundidad los supuestos básicos en los que se sostiene. Son estos supuestos los que realmente encierran la incoherencia lógica que se presenta a primera vista como inexplicable.

Según la teoría del valor marxiana, la magnitud del valor de una mercancía está determinada por la cantidad de trabajo abstracto socialmente necesario para su producción, y es indiferente a su valor de uso, a su utilidad, y al trabajo concreto que la produjo. Por lo tanto, el valor del agua es usualmente menor que el de un diamante puesto que la cantidad de trabajo abstracto socialmente necesario para conseguir un diamante es mayor que el necesario para proveerse de agua, y ello es independiente de que el agua sea usada para satisfacer una función vital y el diamante no.

Efectivamente los diamantes valen más que el agua pero esto no tiene que ver con que sean más útiles en nuestra cotidianidad, sino lisa y llanamente porque todo el proceso necesario para que lleguen al mercado insume una mayor cantidad de trabajo humano. Lo mismo sucede cuando se analiza el valor del agua en una región desértica en relación a otra donde esta se halla disponible en abundancia. No es la escasez en sí lo que determina el mayor valor de una mercancía, sino que son las particularidades asociadas a esta escasez en relación a cómo se produce y distribuye esta mercancía.

Esta precaria astucia presente en la modificación de los austríacos de la paradoja del valor, donde el intercambio entre mercancías –en este caso, agua y diamantes– se produce en condiciones de desesperación del transeúnte en el desierto, no solo transforma “convenientemente” el ejemplo de Smith, sino que reduce todas las transacciones mercantiles como si respondieran a la dinámica de un mercado de subasta, donde comprador y vendedor se enfrentan entre sí abstraídos del mercado regular. A partir de un ejemplo extremo e infrecuente buscan describir la lógica que rige las millones de transacciones que diariamente se llevan a cabo. Dicho ejemplo, a su vez, equivale a una situación de monopolio absoluto, donde el comprador no tiene opciones alternativas y donde no aplica ninguna teoría de precios ya que no hay mercado de competencia sobre bienes reproducibles. La acotada dispersión observada en los precios de las mercancías pretende ser explicada por medio de la recreación de escenarios excepcionales en los cuales prevalecen el capricho y la intensidad del deseo de compra, o como en el caso del desierto, donde directamente se pone en juego la supervivencia.

Donde hay una necesidad, nace una oportunidad, para estos fanáticos del mercado. No hay solidaridad para con el sediento o el hambriento, sino una propuesta de negocios.

Por otro lado, nos parece importante considerar que la paradoja planteada por Smith excede a los fríos debates económicos. La palabra *valor* (en español, pero también en muchas otras lenguas) tiene la

capacidad de representar cosas muy distintas entre sí. Es imprescindible poder recuperar esta distinción para reconocer que, producto de su olvido, hoy por hoy consideramos algo importante como valioso, con independencia de que estemos haciendo referencia a su necesidad en nuestra cotidianeidad, sus aspectos emotivos, o incluso a la cantidad de trabajo que nos costó producirlo. El solo hecho de tener que comparar un diamante con el agua dice mucho sobre el mundo en que vivimos. La igualación que se impone en el modo de producción capitalista está impresa en nuestras concepciones. Otra experiencia de vida social borrará necesariamente esas incongruencias de la lengua, que revelan la disociación a la cual nos somete la sociedad del valor.

Estas concepciones mercantiles se impregnan incluso en los movimientos sociales contestatarios, como es el caso de diversas luchas medioambientales, sobre lo que hemos reflexionado en otras publicaciones. Por motivos como este es que criticamos la consigna “El agua vale más que el oro”, la cual nos ahoga en el mundo de las mercancías como si la lucha requiriese ampararse en un cálculo económico. No defendemos el agua por su valor frente a otros valores, sino porque su falta implica la desaparición de la vida. Proponemos colectivamente comenzar a vislumbrar un mundo donde no tengamos que comparar el precio del oro con el del agua, porque el agua no vale más que el oro, ¡el agua no debería tener precio!³⁸

38 Ver *Progre-extractivismo* en *La Oveja Negra* nro. 67, enero de 2020. Incluido, junto a otros textos relacionados, en el libro *Plomo y humo. El negocio del Capital* (Lazo Ediciones, 2023).

**Libertad,
igualdad
y propiedad**

«La libertad avanza»

Libertad de empresa, librecambio, libertad de mercado, libertad de prensa, libertad de culto, libertad sindical. «Libertad, libertad, libertad» reza el himno nacional argentino, de ese Estado erigido sobre la masacre y la desposesión.

George Orwell en su novela *1984*, otorga al Partido del Gran Hermano la consigna «La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza», ilustrando el discurso a través del cual el Estado se justifica.

Los apóstoles de la libertad pretenden, en su mayoría, mantener en su lugar el mundo capitalista de la economía y las cadenas del asalariado. Los explotadores anónimos del mundo de Orwell hacen gritar a sus esclavos: «La libertad es la esclavitud», cuando la realidad ha rebasado, desde hace mucho tiempo, esta ficción ambigua. «El trabajo libera» estaba escrito en las puertas de los campos nazis de trabajo forzado.

En *Cuadernos de Negación* nro. 9, en el apartado *Liberté, égalité, propriété* presentamos una crítica de la noción de libertad con la cual tanto insisten estos nuevos personajes, así como respecto de la igualdad y la propiedad. Retomamos y desarrollamos lo que planteábamos allí.

«Liberté, égalité, fraternité» es el lema oficial de la República Francesa, pero es también la consigna adoptada por demócratas y capitalistas de diferentes regiones del mundo. Se supone que la frase nació en el transcurso de la Revolución francesa siendo más franca: «Libertad, igualdad, seguridad y propiedad». Sin embargo, su embe-

llecimiento publicitario no cambió un ápice de su contenido. Este lema de nuestros tiempos es el grito de la mercantilización y de la dominación económico-política del ser humano, el canto de sirena de *nuestra* sociedad. Marx, en *Sobre la cuestión judía* lo expresaba claramente: «La aplicación práctica del derecho humano de la libertad es el derecho humano de la propiedad privada.»

La libertad de comprar y vender es la base material de todo el derecho positivo y la ideología de la libertad que consagran las Constituciones y los Códigos. Es el mandato que nos repiten desde niños: la libertad no acaece complementándonos con los demás, sino en la oposición. Oposición propia de la sociedad capitalista, de la libre voluntad ejercida en la compra-venta por los poseedores de mercancías, guiados por sus intereses privados.

La libertad, ha sido y es una fuente de inspiración en la lucha por la emancipación humana, los explotados de todos los tiempos han amado y odiado, han conspirado y destruido en su nombre. No vamos a ser nosotros quienes vengamos a juzgar esas luchas, ni corregir los términos en que fueron planteadas, ni mucho menos invitar simplemente a resignificar las palabras. Aunque no se sepa bien qué es, aunque signifique algo y su contrario, quienes lucharon y luchamos en oposición a este orden social, bien sabemos que no es por la libertad del individuo para explotar, ni de la libertad de los propietarios privados.

La necesidad de superar esta sociedad brota de su propio desarrollo, no se trata de una externalidad ni una mera cuestión de conciencia. Esto es algo sobre lo que venimos insistiendo al momento de pensar las luchas que se oponen al capitalismo, sus dinámicas y su contenido. En este sentido, es comprensible que un concepto cuya materialidad está tan ligada a la sociedad capitalista como la libertad, sea también definido como su contrario. Así, Bakunin, por ejemplo, expresaba que la libertad no debe acabar donde comienza la libertad del otro, sino que, en tanto libertad ejercida colectivamente, se extendería al infinito junto a la de los demás.

Pero más allá de las interpretaciones que se pueda tener y las resignificaciones que puedan realizarse a futuro sobre la base de una sociabilidad diferente, la libertad adquiere un significado específico –y una forma concreta– en la sociedad capitalista que es necesario no perder de vista si de superarla se trata.

Milei expresó en un debate televisivo que existe la «libertad de morir de hambre», que todos somos libres de hacer lo que queramos y que por lo tanto tenemos esa opción si no queremos trabajar por un salario. En primer lugar la posibilidad de trabajar asalariadamente no existe para todos, o muchas veces se presenta bajo condiciones de explotación deplorables, por lo cual no hay mucho para elegir. Pero lo interesante aquí es que Milei expone con brutal claridad el significado de la libertad en el modo de producción capitalista.

La burguesía nos presenta como un logro de la humanidad la libertad que disponemos en tanto clase explotada de poseer nuestros cuerpos para vendernos por dinero, en contraste con la esclavitud o la servidumbre. Los esclavos eran propiedad de su amo y este debía hacerse cargo de su reproducción o mantenimiento para explotarlos o comercializarlos, pudiendo amenazarlos de muerte si se negaban a trabajar. En la sociedad feudal los siervos estaban atados al suelo donde vivían. No podían elegir otra vida, pero tampoco podían ser separados de sus medios de subsistencia, como ocurrió en los albores del capitalismo. Los trabajadores asalariados, por el contrario, son libres de no trabajar si así lo desean. Los capitalistas no necesitan obligarlos, ambos saben que los asalariados son tan libres de trabajar, como de morir de hambre o pudrirse en una cárcel.

Todas las personas son libres e iguales frente a la ley (al menos formalmente) porque justamente la explotación reviste la forma del trabajo asalariado. Los individuos, burgueses y proletarios, son libres de vender sus mercancías. Esta es la libertad compartida por todos y al ser el intercambio mercantil el principal vínculo entre todas las partes de la sociedad, los individuos libres se hallan sometidos a su propio producto, aquello que Marx dio en llamar el fetichismo de

la mercancía. Pero el explotado es doblemente libre, ya que también es libre de los medios de producción, no teniendo más propiedad que la de su cuerpo, viéndose obligado a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir.

Señalamos la importancia de ambos aspectos de la libertad capitalista, ya que su superación implica tanto el fin de la explotación y la propiedad privada, como del intercambio mercantil entre individuos y unidades de producción independientes, sean estas organizadas de la forma que sea. El comunismo implica la inmediatez social entre las diferentes personas, romper con la mediación mercantil y las mediaciones políticas que de ella se desprenden. Es por ello que planteamos la necesidad de abolición del valor, y por lo tanto del dinero, lo cual está indisolublemente ligado a la destrucción del Estado.

Un cuento sobre la libertad

Extracto de *L'Anarchie*, número 205, 11 de marzo de 1909.
Publicado en *Contra la democracia*, Miriam Qarmat, Libros de Anarres, 2006.

— Que poco lo comprendo, cuando habla mal de la República. ¿No aprecia usted la extrema libertad que de ella emana?

— Sin lugar a dudas, pero...

— Así, yo, quien le habla, señor, tengo la absoluta conciencia de mi entera libertad. Mis padres son, sin embargo, de origen modesto; mi padre fue peón. Bajo otros regímenes yo hubiese sido inmediatamente asimilado a un siervo, y me hubiese transformado en propiedad de algún señor. Mientras que gracias a la República, señor, a pesar de mi origen pobre, he nacido como ciudadano libre. En vez de ser asimilado a una bestia de carga, he escogido libremente mi profesión, o mejor dicho mi padre escogió libremente por mí el patrón que viviría de mi trabajo. Yo era desgraciado, señor, en el sentido material de la palabra, mi salario era ridículo y mis contribuciones

pesadas; sin embargo, una vez caída la noche me miraba en el espejo y me decía: “He aquí un hombre libre” y eso me llenaba de orgullo. A los dieciocho años me alisté en el cuerpo armado de mi preferencia, y aprecié mucho la libertad que me permitió participar en la campaña de Madagascar y obtener esta medalla que será el honor de toda mi vida. No le relataré las libertades que nos dejaron los Hovas, los diarios las describieron ampliamente. Desde ese entonces, señor, no he hecho más que bendecir la República; soy un empleado subalterno y no recibo grandes emolumentos, a pesar de lo cual tengo la conciencia de un hombre honesto y la dignidad de un ciudadano libre. Antes, bajo el Imperio, éramos estafados por una banda de aristócratas, que salían de no sé dónde, mientras que hoy tenemos la libertad de escoger a nuestros gobernantes y si éstos nos disgustan, de cambiarlos cada cuatro años. ¿No aprecia usted esta ventaja?

—Sí, mucho.

—Tenemos la libertad de hablar, de escribir, de beber, de fumar, hasta de emborracharnos si queremos, salvo, naturalmente, en los casos previstos por la ley, que es el contrato libremente consentido por los ciudadanos libres.

—Pero —le respondí— no piensa usted que ciertas libertades son desagradables, la libertad de dormir debajo de los puentes, por ejemplo, cuando no se tiene con qué pagar un alojamiento.

Me respondió, haciendo una mueca de desdén:

—Para los vagabundos, tal vez, los sin vivienda, sin trabajo, la escoria.

—Pero, finalmente —le repliqué con un poco de bronca— hay casos, la enfermedad, la desocupación, y otros, en los que no tenemos otra libertad que la de reventar de hambre.

—Error, señor —dijo sentenciosamente— las gentes honestas no tienen nada que temer de esas eventualidades; en mi especialidad, por ejemplo, jamás hubo desocupación, y las personas de las que usted habla son las que hicieron mal uso de la libertad.

—Bueno, pero usted que habla constantemente de libertad, ¿qué hace?

—Yo, señor, soy guardián de prisión.

Igualdad y explotación

Aristóteles, un gran referente del pensamiento dominante, escribía:

Es preciso que todo tenga un precio, puesto que así, habrá siempre cambio y, en consecuencia, comunidad. El dinero, como medida, hace efectivamente los objetos conmensurables e iguales. Ya que no hay comunidad sin cambio, pero el cambio no puede existir sin igualdad, ni la igualdad sin conmensurabilidad.

Con este autor aparece tempranamente la cuestión del intercambio como condición para la vida en comunidad, a lo que agrega la necesidad de existencia de un atributo común, algo igual en cosas diferentes que permita la comparación y haga posible el intercambio. El liberalismo se enfoca en que el intercambio está relacionado exclusivamente con las diferencias entre los objetos. Acto seguido, instala a la subjetividad como el factor primordial que sustenta toda transacción. La crítica de la economía política plantea que el intercambio mercantil implica a la vez igualdad y diferencia, además de determinaciones históricas específicas que los liberales ocultan y/o distorsionan.

Esa comunidad del dinero, que no tolera otra forma de comunidad a su lado, se ha desarrollado hasta nuestros días sometiendo progresivamente a su designio de igualdad no sólo a las cosas sino a nosotros mismos. Somos iguales antes dios, ante la ley y ante el mercado.

Formalmente en el capitalismo todos los individuos somos iguales, y de este modo podemos llevar a cabo libremente relaciones de compra-venta como poseedores de mercancías. A su vez, la propia fuerza de trabajo reviste la forma de mercancía, por lo que puede ingresar ella misma en una relación de cambio, siendo igualada a cualquier otra a partir de su valor, es decir, de la cantidad de trabajo abstracto socialmente necesario que se requiere para producirla.

La igualdad, como concepto dominante de nuestra época, proviene justamente de la compra y la venta, del mercado. La igualdad entre las personas proviene de la igualdad entre las cosas. La igualdad jurídica de los poseedores de mercancías es el resultado del desarrollo del intercambio mercantil hasta el advenimiento de la sociedad capitalista, donde el trabajo se realiza de manera asalariada y la fuerza de trabajo es una mercancía.

Si cada mercancía que llega al mercado puede igualarse a cualquier otra es porque el motivo de su producción no es su cualidad particular, su uso concreto, lo que importa es que va a ser cambiada por dinero, la mercancía por excelencia que representa todas las mercancías. Este proceso de igualación, que opera a partir del valor, es la clave de todo el derecho burgués que a veces los movimientos sociales empuñan como arma o escudo.

Hemos empleado varias veces a lo largo de estos textos las nociones de proletario/a y proletariado, términos notoriamente en desuso en estos tiempos liberales en que se nos considera a todos como ciudadanos libres e iguales. Sin embargo, esa igualación oculta una diferencia fundamental: somos formalmente iguales pero materialmente desiguales en lo que a medios de vida se refiere. La igualdad formal entre capitalistas poseedores de medios de producción y subsistencia, y proletarios poseedores de su fuerza de trabajo, es la que hace posible la producción del plusvalor y la explotación del trabajo asalariado.

Debemos vender nuestra fuerza de trabajo a cambio de un salario para sobrevivir pero nada ni nadie puede asegurar que esta fuerza

de trabajo encuentre un comprador directo. «Cuando quiero un par de manos también me traen un ser humano», decía Henry Ford. A los capitalistas les interesa nuestra función productiva y reproductiva. La capacidad reproductora de la especie, así como la mercancía fuerza de trabajo, son inseparables de su portador. Cualquier ser humano proletarizado debe vender su fuerza de trabajo y con ello se le va su cuerpo, su energía vital, su vida...

¿Pero qué es la fuerza de trabajo? En el primer tomo de *El Capital*, Marx desarrolla: «Por fuerza de trabajo (o capacidad de trabajo) entendemos el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de cualquier índole.» Agregando más adelante: «La fuerza de trabajo, sin embargo, solo se efectiviza por medio de su exteriorización: se manifiesta tan solo en el trabajo. Pero en virtud de su puesta en actividad, que es el trabajo, se gasta una cantidad determinada de músculo, nervio, cerebro, etc., humanos, que es necesario reponer.»

Son condiciones históricas las que determinan que vendamos nuestra fuerza de trabajo. Venderla o reventar, porque además es imposible acumularla, esa es nuestra elección, esa es nuestra libertad. La particularidad de la mercancía fuerza de trabajo reside en su valor de uso distintivo frente al resto de mercancías: es creadora de valor. En este sentido, es importante no confundir la fuerza de trabajo en tanto capacidad de trabajo con la fuerza o capacidad de trabajo puesta en movimiento, o más sencillamente el trabajo. Mientras la primera es la mercancía que vende el proletario, la segunda es su consumo como valor de uso en el proceso productivo. Que sean necesarias 4 horas para mantener viva la fuerza de trabajo no quiere decir que esa fuerza de trabajo no pueda usarse 8, 10, 12 o incluso 18 horas. Sus costes diarios de mantenimiento y su rendimiento diario son magnitudes diferentes. En esa diferencia, en la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor que produce, está condensado el secreto del plusvalor y de la explotación capitalista.

La explotación como relación estructural no es una “estafa” ni un robo al proletariado en términos mercantiles, ya que la fuerza de trabajo se vende a su valor. El pago de la fuerza de trabajo, en tanto valor de los medios necesarios para su reproducción, implica desigualdad de condiciones de vida en el marco de la igualdad del mercado. Esta desigualdad material es defendida por los liberales como una responsabilidad de cada individuo.

La sociedad capitalista solo puede funcionar sobre la base de la explotación del trabajo, de la reproducción del Capital a partir del plusvalor. Su superación implica suprimir al valor como regulador social, es decir, una transformación radical de la forma en que la sociedad produce y consume, de lo que se considera necesario y cómo se responde a dicha necesidad.

La manera en que el proletariado se reproduce ha ido cambiando a lo largo de la historia y difiere entre distintas regiones. Históricamente la cantidad y diversidad de los bienes y servicios incluidos en la reproducción de la fuerza de trabajo ha crecido, lo cual ha sido inseparable de un imponente aumento de la productividad del trabajo y por lo tanto de la producción de mercancías en general.

La reproducción de la fuerza de trabajo, a su vez, incluye una serie de tareas que podemos comprender como trabajo doméstico, que realizan principalmente las mujeres sin percibir un salario a cambio. Este y otros aspectos de la división sexual bajo el capitalismo también atraviesan transformaciones a partir de los cambiantes requerimientos de fuerza de trabajo.³⁹

Los liberales reaccionarios, además de negar la existencia de clases sociales, niegan cualquier tipo de discriminación que no esté escrita en la ley, como es el caso del sexismo o el racismo. Si para la ley todos los individuos son iguales no tiene sentido preguntarse por las desigualdades materiales y estructurales de clase, así como

39 Sobre estos temas hemos profundizado en *Cuadernos de Negación* nro. 14 y 15, sobre trabajo doméstico y sobre sexo y género, respectivamente.

otras específicas que pesan sobre las mujeres, disidencias sexuales y ciertos sectores de personas racializadas. Esto es fundamental para librar su “batalla cultural”. Mientras en el mercado la diferencia lo es todo como afirma la teoría subjetiva, las personas serían iguales según dicta la ley y la tradición.

“Minusvalías” o la apología del patrón

En el número 11 de *Cuadernos de Negación* citábamos a Juan Ramón Rallo, economista, profesor universitario, youtuber, conferencista y escritor español, defensor de las tesis del liberalismo económico, en concreto de la escuela austríaca, el minarquismo y el anarcocapitalismo. En su artículo *El fiasco de la teoría marxista de la explotación* expone un argumento típico de toda esta línea:

Dado que el capital que se adelanta en forma de salarios y en forma de bienes complementarios supone también una espera y asunción de riesgos para el capitalista, ¿no será que la plusvalía no procederá del atraco a mano armada al trabajador sino de la remuneración de esos dos factores productivos (tiempo y riesgo)?

El burgués en su individualismo y mezquindad hace funcionar el Capital global. Y aunque sea un triste funcionario del Capital se supone a sí mismo héroe y mártir de esta sociedad al que deberíamos venerar. Así la explotación que sufrimos día a día es presentada como una “teoría marxista” o como una interpretación meramente subjetiva de la realidad.

«El tiempo y el riesgo son factores tan productivos como el trabajo» plantea este autor, ocultando que nuestra fuerza de trabajo no se puede acumular y esperar para venderla a mejor precio. Ocultando a conciencia que quienes solo disponemos de la venta nuestra fuerza de trabajo para sobrevivir nos arriesgamos día a día en trabajos de mierda, yendo o volviendo de ellos. Pero los burgueses declaran su propio riesgo el más osado: el riesgo de no generar ganancia. Así, al

exponerse a las supuestas minusvalías tendrían pleno derecho a las plusvalías. Nosotros también –sin más opción– nos exponemos entonces a las minusvalías en cada ajuste, en cada plan de austeridad, cuando la empresa cierra y nos dejan sin trabajo. De hecho, cada trabajador asalariado día a día adelanta trabajo que es pagado semanal o mensualmente. Un ladrón puede poner en juego su vida de un momento a otro y el burgués asaltado no lo recompensará con más de lo robado por asumir dicho riesgo. El riesgo por sí solo no implica recompensa alguna. El capitalismo no es un sistema moral, así como tampoco meritocrático. Cuando el inversor arriesga dinero y gana mucho más de lo que cuesta la reproducción del proletario que arriesga su vida, pues su fuerza de trabajo es inseparable de su cuerpo, aprendemos una importante lección: la fuerza de trabajo de un proletario (y con ello su vida) importa y vale muy poco. Y el solo hecho de que esto sea calculable ¡y no que sea cara o barata! es motivo suficiente para lanzarse a la lucha contra esta sociedad.

Sin sonrojarse, pues los autómatas no se ruborizan, cualquier amplificador humano de la ideología dominante reduce discursivamente todo este entramado social a hechos particulares donde se podría elegir ser o no un trabajador, un sin techo o un empresario. De una manera u otra nos dicen que los trabajadores no lo son por la fuerza, pues no son esclavos, son libres y eligen no ser empresarios o autónomos porque no quieren asumir los riesgos. En cambio, quieren ingresos predecibles y frecuentes, en lugar de invertir para cobrar quizás bastante más en meses o años. Del mismo modo, los pobres no serían empresarios porque no quieren ahorrar, lo que se explicaría por una cuestión de mentalidad y no de clases sociales.

Propiedad y privación

Si no nos tragamos el cuento posmoderno y liberal, es decir burgués, de que cada uno individualmente crea su propia realidad, debemos decir una vez más que el desarrollo del Capital separó violentamente a millones de seres humanos de sus medios de vida imponiendo la propiedad privada y el trabajo asalariado. Una vez desposeídos de nuestros medios para vivir, el trabajo asalariado se convirtió en el factor determinante de la supervivencia de nuestra clase. Y eso no fue decidido por nosotros ni por nuestros padres ni nuestros abuelos, es la historia de los últimos siglos. La propiedad es entonces una dolencia social e histórica, que trasciende lo personal.

Sin embargo, cabe remarcar que la propiedad privada no es simplemente una relación de los humanos con las cosas, es una relación entre humanos que se tratan como cosas. “Lo mío es mío y lo tuyo es tuyo” reza el pensamiento dominante y se hace carne en personas que se privan unas a otras. La conciencia heredada de la esfera productiva se reproduce en cada aspecto de nuestras vidas y esto está tan naturalizado como lo está el hecho de tener que pagar para sobrevivir, así como pagar por lo que nosotros mismos producimos.

Un viejo manifiesto de 1848 decía:

Os horrorizáis que queramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; la misma existe pre-

cisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

Hay una cuestión clave y generalmente pasada por alto en la discusión sobre la propiedad privada y es que la sociedad capitalista se reproduce con una particularidad histórica específica: las mercancías son producidas de manera privada e independiente. Lo privado implica pleno dominio y control de lo que se hace. Por lo tanto, la propiedad sobre los medios de producción que se utilizan es una necesidad inexorable. No puede haber pleno control si no hay propiedad. La propiedad privada es una condición necesaria para la existencia del trabajo privado e independiente, característica distintiva del modo de producción capitalista. Claro que la gran mayoría de la población, la clase proletaria, somos propietarios únicamente de nuestra fuerza de trabajo que debemos reproducir, cuya venta nos somete a una relación de explotación realizando trabajos en los que no decidimos qué producir. La naturalización de la propiedad privada, tarea incansable del liberalismo, es clave para la perpetuación del trabajo productor de mercancías y por lo tanto de la sociedad que lo tiene como motor.

Compartimos una cita representativa de este afán liberal:

Para ilustrar la relevancia del derecho de propiedad, hemos puesto antes el ejemplo de lo que ocurría con el ganado vacuno en nuestro continente: quien se topaba con un animal lo achuraba para engullirlo o lo cuereaba y dejaba el resto a las aves de rapiña con lo que se corría el riesgo de la extinción de estos animales hasta que apareció la tecnología más avanzada de la época que consistió primero en la marca y luego el alambrado con lo que los propietarios podían reproducir y defenderse de la extinción. Esto mismo ocurrió con las manadas de elefantes en África: al

asignar derechos de propiedad los titulares estaban incentivados a mantener y reproducir y no dejar a la suerte que se ametrallaran en busca de marfil. La misma Justicia es inseparable del derecho de propiedad puesto que la definición clásica es “dar a cada uno lo suyo” y lo suyo remite a la propiedad y esta es inseparable del proceso de mercado, es decir, del respeto a las transacciones entre propietarios de dinero, bienes y servicios.⁴⁰

Milei en el cierre de su campaña electoral de 2021 como candidato a diputado nacional por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, lo resume de forma clara, ya no se trataría del sostenimiento de la sociedad capitalista sino de una cruzada moral:

Nuestro modelo es el de propiedad privada y paz que nos va a permitir alcanzar la felicidad. Los invito a que demos esta batalla porque la vamos a ganar. No solo somos más productivos, sino que abrazamos los valores morales correctos.

La superioridad moral está dada por la jerarquía social, depende la cuestión de quién es el amo. ¿Qué es, por ejemplo, el derecho de propiedad, aquello que se presenta como cima del desarrollo humano? Es lo que garantiza la igualdad formal entre los sujetos individuales que debemos vender nuestra fuerza de trabajo y quienes la pueden contratar o no: ni más ni menos que otro sujeto jurídico, en este caso una empresa ¡vaya igualdad!

Formalmente iguales pero materialmente desiguales. Al despojarnos de los medios de producción y de vida se nos asigna a cada uno una propiedad: la de nuestro propio cuerpo. El derecho burgués basado en la propiedad privada expresa en términos jurídicos la materialidad de las relaciones sociales de intercambio generaliza-

40 *¿Frente a cada necesidad nace un derecho?*, artículo de Benegas Lynch (h) en Infobae, 31 de octubre de 2021.

do de mercancías. Libres de vínculos de dependencia personal, los individuos no se relacionan entre sí sino a través del intercambio de mercancías, la cual es una relación indirecta entre personas mediada por una relación directa entre cosas. La forma social que toma esa relación indirecta de compra-venta es la de un acuerdo (contrato) entre poseedores de mercancías. Los que se relacionan, en igualdad formal, son ante todo propietarios. Se nos separa de los medios para reproducirnos, se nos separa entre seres humanos y se imprime una forma particular de conciencia, que afecta la concepción sobre nosotros mismos. De este modo, no somos un cuerpo sino que poseemos un cuerpo y, en el extremo del razonamiento liberal, deberíamos poder vender nuestros órganos si así lo quisiéramos. Para la izquierda y el progresismo, por su parte, cada “avance del mercado” se pretende regular mediante el otorgamiento de nuevos derechos a las personas y a las cosas. Pero el derecho, en última instancia, no hace más que reforzar la propiedad.

Instalada ideológicamente la cuestión de la propiedad privada como necesidad humana, el liberalismo, en su distingo particular como corriente burguesa, va por más: no solo es necesario generalizar la propiedad privada sino bregar por la “mejor asignación” de esta entre los individuos o personas jurídicas, para ser más precisos. En este sentido, reniega de una distribución “más equitativa” como pregonan eventualmente las corrientes progresistas, ya que a su modo de ver, estas no hacen más que distorsionar, mediante herramientas políticas y jurídicas, la –nuevamente– natural “no-equitativa” asignación. Toda intervención estatal⁴¹ es, para estos, una intromisión pecaminosa en ese maravilloso sistema llamado mercado, perfectamente autorregulado hacia la optimización de los recursos disponibles.

41 Cabe aclarar que el Estado (aún reducido al mínimo su rol en la esfera económica), al funcionar como productor, regulador y aplicador de la normativa legal, y poseer el comando del poder policial, garantiza el curso del proceso de acumulación capitalista, es decir, la existencia y el funcionamiento del mercado.

En esta cruzada moral, plantean que la distribución de la propiedad privada no debe ser el resultado de una imposición (obligación legal), sino que el libre funcionamiento del mercado brinda el marco perfecto y natural para que se realice esta asignación de manera de obtener la mejor productividad y aprovechamiento de los recursos.

Desnaturalizando el capitalismo

Mitos capitalistas

Hechos aparentemente normales: que cada cual no disponga más que de su fuerza de trabajo, que deba venderla a una empresa para poder vivir, que todo sea mercancía, que las relaciones sociales giren alrededor del intercambio mercantil... son el resultado de un proceso prolongado y brutal. (...) Pareciera que todo es resultado de un contrato libre en que el individuo, como vendedor de su fuerza de trabajo, se encuentra con la fábrica, la oficina o la tienda. La existencia de la mercancía parecería ser lo más obvio y natural del mundo. (Gilles Dauvé, *Capitalismo y comunismo*)

A lo largo de este libro venimos tratando sobre aspectos fundamentales de esta sociedad como la libertad, la igualdad y la propiedad, atendiendo a la materialidad de los vínculos sociales de los que brotan y sus respectivas idealizaciones. Ahora abordaremos ciertas construcciones ideológicas que naturalizan este modo de producción bajo la forma de mitos. La economía política que criticaba Marx (recordemos que *El Capital* lleva por subtítulo *Crítica de la economía política* y no “manual de economía”) mitificaba el pasado en el intento de comprensión de su realidad contingente. Por su parte, la economía vulgar realiza sus propias mitificaciones en una abierta defensa ideológica de lo existente. En líneas generales, mientras los primeros reinterpretan la historia con las anteojeras del presente (un cazador-recolector llevando la contabilidad como si fuera un

empresario), estos últimos no se preocupan demasiado por ajustarse a la historia y recurren a situaciones hipotéticas abstraídas de la misma (un individuo perdido en el desierto, que ejerce una valoración subjetiva entre botellas de agua y diamantes).

Cuando se reduce la complejidad de lo existente para justificar una tesis, o se moldea su comprensión en base a preferencias ideológicas, nos quedamos con una mera caricatura, un estereotipo de esa realidad que se pretende conocer. Esto termina diciéndonos más sobre nuestros prejuicios y debilidades que sobre lo que originalmente queríamos indagar.

El *sentido común* moderno se supone a sí mismo el del ser humano general. Cuando oímos hablar de “la naturaleza del ser humano” notamos que se utilizan ideas que ya han sido condicionadas, e inclusive completamente determinadas por el modo de producción actual. Según el sentido común dominante, seríamos máquinas racionales de calcular, y el interés egoísta y comercial precedería toda sociedad; es más, eso sería lo que “esencialmente” nos hace humanos.⁴²

El “propio interés”

Un mito fundamental es que el ser humano es movido por su “propio interés”, que lo llevaría a coincidir con el interés de los demás y de ese modo se cristalizaría la sociabilidad humana. Si dicho interés no coincide (el otro no tiene algo que necesito y viceversa), el productor de mercancías debe esforzarse por captar o crear la necesidad de ese otro. Adam Smith, en su libro *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* se refería a ello de la siguiente manera:

No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de lo que esperamos nuestra cena, sino de su preocupación

42 Para este apartado partimos de un artículo del mismo nombre publicado en *Cuadernos de Negación* nro. 9.

por su propio interés. No nos dirigimos a su humanidad sino a su amor por sí mismos, y no les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas.

Dicho economista no se equivoca al hablar de la sociedad en la que vivimos; lo que mueve principalmente a cualquier productor de mercancías (carnicero, cervecero o panadero) es su propio interés. La cuestión es que esto es presentado generalmente como la naturaleza propia del ser humano. Maximizar sus beneficios es un objetivo propio del modo de producción capitalista pero no una cualidad intrínseca de nuestra especie. No siempre ha sido así y no tiene por qué serlo para siempre. No es el “propio interés” el que ha creado la propiedad privada, sino al contrario. Se trata, a fin de cuentas, del propio interés del Capital: cada uno para sí mismo, y todos para la ganancia.

Los defensores del Capital argumentan que muchas veces esta cuestión del propio interés es interpretada de forma imprecisa, como que simplemente el egoísmo llevaría al bienestar general; y avisan que pasajes de la obra de Smith dejan en claro que en un sistema económico el interés personal no es la única motivación, ya que si así fuera, toda negociación resultaría imposible. Agregan que el ser humano es capaz de comprender el interés personal del prójimo para llegar a un intercambio mutuamente beneficioso. Nosotros podemos decir que de todos modos se sigue apelando a un individualismo asqueroso donde los demás humanos se nos presentan como contrincantes con los cuales solo queda intercambiar, trocar, comprar y vender.

La extensión de este mito fue posible, sobre todo, de la mano de la conceptualización del individuo moderno, es decir, a partir del resultado del desarrollo del valor. Se trata de la inversión de un proceso histórico: colocar el resultado de su desarrollo como si fuera su punto de partida. La instancia actual se eterniza hacia el pasado, la observación inmediata toma el lugar del origen y así se legitima como esencia.

Volvemos al libro *En deuda. Una historia alternativa de la economía* de David Graeber para reflexionar acerca de cómo el supuesto “propio interés” es algo relativamente nuevo e inseparable de la mentalidad económica, religiosa y estatista:

Quisiera llamar la atención especialmente sobre el concepto de “propio interés”. (...) El término aparece por vez primera en inglés en la época de Hobbes, y, efectivamente, se toma prestado del latín *interesse*, el término del derecho romano para los intereses en los préstamos. Cuando se introdujo por vez primera, la mayoría de los autores ingleses consideraron que la idea de que toda la vida humana se puede explicar mediante la búsqueda del propio interés era cínica, maquiavélica, foránea, que no encajaba con facilidad en las costumbres y tradiciones inglesas. Hacia el siglo XVIII, la gran mayoría de la clase cultivada la consideraba de sentido común.

Pero ¿por qué “interés”? ¿Por qué construir una teoría general acerca de las motivaciones humanas a partir de un término que significaba “penalización por el retraso de pago”?

Parte del atractivo del término es que procedía de la contabilidad. Era matemático. Esto lo hacía parecer objetivo, incluso científico. Afirmar que tan sólo buscamos nuestro propio interés nos da una manera de pasar de largo por encima del torbellino de pasiones y emociones que parecen gobernar nuestra existencia cotidiana y motivar lo que en realidad vemos hacer a la gente y descubrir que, pese a todo esto, la mayor parte de las decisiones realmente importantes se basan en un cálculo racional de ventaja material.

Por otra parte, siglos antes de que se hablara de propio interés, ya había cientos de mercaderes, ciudades y ejércitos que lo ponían en práctica en su vida cotidiana. Para hacerlo, no necesitaban de nadie que lo teorizara y publicara un libro con sus conclusiones.

El intelecto de los “grandes hombres” no se expresa consistentemente hasta que los fenómenos que abordan ya se encuentran suficientemente consumados.

El intercambio y el valor como supuestas relaciones naturales

Adam Smith creía que hasta los orígenes del lenguaje y, por tanto, del pensamiento humano, se asentaban en nuestra propensión al intercambio. Que esta característica “natural” es la que nos habría hecho más inteligentes que los animales y que constituiría la base misma de la sociedad. Su obsesión por rastrear en la historia el espíritu burgués calculador y mercantil de la época hace aparecer el mito del «propio interés», motor individual que desencadena procesos de intercambio que satisface a compradores y vendedores. De este modo, no solo naturaliza al intercambio y al individuo, sino que cada “átomo” del agregado social es naturalmente un comprador y/o un vendedor. Por añadidura, el dinero sería simplemente una herramienta inocua, mera invención facilitadora del intercambio en tanto rasgo esencial de la conducta humana.

En esta visión (formulación) de la historia, desde que aparece un determinado excedente en las comunidades primitivas, estas habrían tendido naturalmente a efectuar cambios de objetos para el uso con otras comunidades, prefigurando así unidades de producción aisladas que se encuentran en el intercambio y serían la base histórica de las relaciones sociales capitalistas. El trueque es presentado precisamente como esa forma natural y primitiva de intercambio por excelencia, cuyo problema residía en la complicada coincidencia de necesidades, que se resolvió gracias a la aparición del dinero como medio para el cambio. Estos artificios, que trasplantan al pasado las formas del presente, constituyen la base de grandes confusiones. Pero los seres humanos han tenido durante cientos de miles de años formas muy diversas de utilizar y compartir los excedentes, sin que por ello tengan la forma del intercambio.

Graeber en su libro *En deuda. Una historia alternativa de la economía* señala que, para los economistas, la historia del dinero siempre empieza con ese mundo fantástico del trueque:

El problema es que no hay pruebas de que alguna vez ocurriera así, y sí un montón de pruebas sugieren que no. Durante siglos, los exploradores han intentado hallar esta fabulosa tierra del trueque... y nadie ha tenido éxito. (...) En realidad hay razones para creer que el trueque no es un fenómeno especialmente antiguo, sino que tan sólo se ha extendido en tiempos recientes. Lo cierto es que en la mayoría de los casos que conocemos tiene lugar entre gente familiarizada con el uso del dinero, pero que por una u otra razón no tienen mucho de él. A menudo surgen elaborados sistemas de trueque en los momentos previos al colapso de las economías nacionales: recientemente en Rusia en la década de 1990, y en Argentina alrededor del 2002, cuando desaparecieron los rublos, en el primer caso, y los dólares en el segundo.⁴³ A veces incluso se puede presenciar el desarrollo de algún tipo de moneda: por ejemplo, en los campos de prisioneros de guerra o en las cárceles se sabe que los prisioneros han empleado cigarrillos a modo de moneda, para deleite y excitación de los economistas profesionales. Pero también aquí estamos hablando de personas que crecieron con el dinero y que ahora deben arreglárselas sin él.

43 Nota Lazo Ediciones: Para precisar el caso argentino, se trató de un faltante de pesos que tuvo como causa el faltante de dólares mencionado en la cita, debido a las condiciones impuestas por el régimen de convertibilidad. Frente a esta restricción, el Estado nacional y las provincias emitieron cuasimonedas entre 2001 y 2002 como el Lecop, Patacon, Lecor, etc., que circularon aproximadamente hasta 2003. En dicho contexto proliferaron los clubes de trueque en diversas localidades.

La realidad histórica del trueque es un punto de controversia entre investigadores, no en el sentido de práctica humana reconocida en su desarrollo histórico, sino en la consideración de este como forma posible de organización general al interior de las comunidades. Un aspecto saliente de la cuestión es que el término trueque tiene una significación diferente según quiénes remiten a este y es aquí donde aparecen las diferencias más notorias. Puesto que goza de varias acepciones, al analizarlo hay que examinar su contenido.

La expresión más ajustada de trueque es la de intercambio directo no generalizado, es decir, fortuito, contingente, ocasional. Para que el intercambio pueda generalizarse, constituirse en una economía, se encuentra con la necesidad de contar con una medida de valor y un medio de cambio. Sin embargo, es esta idea de intercambio generalizado sin dinero lo que varios historiadores plantearon como una hipótesis sin evidencia sólida y ciertos economistas han señalado como una práctica imposible. Incluso desde falsas críticas izquierdistas y propuestas de comercio alternativo, se argumenta que el trueque puede reemplazar los billetes y posibilitar la construcción de un mundo sin dinero... pero con intercambio.

Una economía implica en sí misma un proceso unitario de producción y consumo que se desarrolla como forma de realización del metabolismo social, y por lo tanto no puede regirse por actos circunstanciales ni ocasionales. El desenvolvimiento de este proceso se asienta en prácticas regulares, sostenidas, que si bien van sufriendo progresivas modificaciones y refinamientos, de ningún modo son fortuitas y eventuales. Sin embargo, cuando ciertos economistas se remiten a la “antigua economía del trueque”, aluden repetidamente a prácticas de intercambio generalizado sin el uso de dinero.

Los intercambios directos entre productos, es decir, sin medios de cambio, eran actos realizados entre diferentes formas de sociedad, al exterior de las mismas. Estos se realizaban entre comunidades cuyas relaciones de producción internas estaban basadas en lazos comunitarios o vínculos de dependencia personal. Sus miembros

no eran productores aislados que intercambiaban sus productos entre sí, ni cazadores intercambiando con recolectores, ni existía una división de labores basada en el cambio entre sus miembros y su “propio interés”. Estos intercambios de excedentes se daban de manera esporádica y siguiendo diversas pautas muy alejadas de las que rigen el intercambio mercantil actual. Con la progresiva alza en la frecuencia de los mismos, comienzan a establecerse relaciones de equivalencia entre cantidades de diferentes mercancías, para lo cual se tomaba como referencia alguna unidad de medida basada en un tercer producto ajeno al intercambio en sí. Esto comenzó a manifestarse en mercancías específicas que revistieron tal función en determinados momentos de la historia, tales como ganado, cuero, sal y metales preciosos como la plata y el oro. El dinero surge del gradual desarrollo, en el intercambio, de ciertas mercancías que funcionaron como equivalentes.

En su teorema regresivo, que comentamos en el apartado *El problema del dinero*, Mises plantea la aparición histórica de una discontinuidad temporal: el instante mítico en donde irrumpe en escena el dinero para convertir la economía de trueque en economía dineraria. El trueque directo obligaba a la “doble coincidencia” entre los cambiantes: tú necesitas lo que yo tengo, y yo lo que tú tienes. Para el referente austríaco, el dinero es el instrumento que permite resolver los inconvenientes que planteaba un intercambio generalizado que “ya se venía practicando”. Sin embargo, el trueque generalizado en mercados descentralizados (sin dinero) es impracticable, afirmación que tiene una prueba lógica desarrollada por el economista Jean-Pascal Benassy hace casi medio siglo.⁴⁴

Apelando al trueque como forma histórica de la propensión natural humana al intercambio, en el cual los cambiantes “se pasan de manos” mutuamente productos para la satisfacción recíproca, la

44 Para profundizar al respecto, ver el artículo *Austríacos, sobre dinero y valor subjetivo* de Rolando Astarita.

economía burguesa instala el encuentro virtuoso entre el individuo (como célula primaria de las comunidades) y la satisfacción de su deseo privado. Pero en el movimiento real, este “mano a mano” es esporádico, poco frecuente. El trueque es una práctica ocasional y fortuita, sin posibilidad de generalizarse. Al interior de las comunidades primitivas, el individuo es una invención anacrónica.

Las mercancías no fueron siempre esos objetos que conocemos hoy, que tanto nos definen como sociedad y que siguen encerrando misterios. Llegan a ser mercancías, al cabo de un largo desarrollo histórico, aquellos objetos que son producidos directamente para el cambio. Esto difiere de aquello producido por la comunidad para el propio consumo y que eventualmente se cambia si se tiene demasiado.⁴⁵ Las mercancías constituyen precisamente no-valores de uso para sus poseedores pues rebasan su necesidad inmediata. Por eso el intercambio es un tipo de relación que se origina en las fronteras entre comunidades y no al interior de las mismas, en los intersticios del mundo antiguo diría Marx. Quienes intercambian mercancías se enfrentan como independientes entre sí, cosa que no sucedía entre los miembros de las comunidades primitivas.

Sin embargo, al devenir mercancías (objetos producidos específicamente para intercambiarse) en la vida exterior, van ingresando progresivamente al interior de las comunidades. Los objetos para el uso provenientes del exterior van convirtiéndose en nuevas necesidades incorporadas por las comunidades que no las producían, pues para ellas no constituían necesidades en absoluto. La proporción en que se cambian las mercancías remite, en esa etapa inicial, a relaciones cuantitativas fortuitas.

Pero la repetición de tales intercambios dinamiza una nueva forma de sociabilidad, que lleva a partir de allí a destinar una fracción

45 No abordamos aquí la distinción entre la comercialización de excedentes y la producción para el cambio, en relación a la estratificación social, es decir, el desarrollo del Estado y de las sociedades de clase.

de lo producido con fines de intercambio. Lo que originalmente es una producción de abastecimiento intracomunitario comienza a involucrar trabajo social para la producción de objetos destinados a intercambiarse, y no al consumo inmediato. La magnitud de las proporciones de intercambio, que van manifestando cierta regularidad, empieza a ligarse con las vicisitudes de los procesos de producción de los que resultan los objetos intercambiados. Es la hora de la aparición del valor como atributo de cambiabilidad de las mercancías y la de su determinación cuantitativa vinculada ya a la forma en que las mismas se producen. Marx analiza esta cuestión en el capítulo II de *El Capital*: «La necesidad de la forma [valor] se desenvuelve a la par del número y variedad creciente de mercancías que entran al proceso de intercambio. El problema surge simultáneamente con los medios que permiten resolverlo».

Es justamente con las diversas (y vistas desde el presente, efectivamente complejas) formas primitivas de intercambio que se desarrolla el dinero. Cada vez más sistemático y más extendido, el intercambio va otorgando a ciertos productos que participan frecuentemente de los mismos la función de equivalentes (en esta etapa, no constituyen aún equivalentes generales), que permiten la comparación cuantitativa entre productos en base a una unidad común. Ese parámetro de medida, que surge necesariamente del intercambio, es el germen del dinero. Luego de cierto desarrollo, y pasando de ser personificado por la sal, el cuero, el ganado, esa función de equivalente converge finalmente en los metales preciosos, oro y plata, que se constituyen como equivalentes generales. Estas mercancías particulares “encarnan” valor y son efectivamente *medida del valor*, al ser reconocidas socialmente e inmediatamente cambiables por cualquier otra mercancía. Esta primer función del dinero como medida se desarrolla a la par de su función como medio de cambio, la cual tomará más tarde el formato monetario. Pero para el dinero era imposible detenerse allí, y pasó a ser también un *medio de atesoramiento* o *reserva de valor*, su tercera función, esta vez como *riqueza*.

Con el progresivo desarrollo del intercambio, y por lo tanto del dinero, la producción fue dejando cada vez más de lado las necesidades concretas, poniendo por delante las necesidades del cambio y de la acumulación de riqueza. Este proceso que destruye las comunidades, destruye a su vez la verdadera utilidad de las cosas: es el valor de cambio imponiéndose y subordinando al valor de uso. De esta suerte, siguiendo su camino como medio de atesoramiento y como equivalente general de toda la producción, a través de la expansión del mercado, el dinero se lanza a adueñarse de la producción y de los mismos seres humanos. Se constituye entonces como *dinero mundial* y como objetivo último de toda producción. El dinero es entonces la prefiguración del Capital, el sujeto mismo de la sociedad capitalista.⁴⁶

En la crítica que realizamos a la escuela austríaca de economía, más concretamente a la teoría subjetiva del valor, hemos desarrollado las diferentes formas de concebir al intercambio y al valor, por parte de las economías clásica y neoclásica. Vimos allí que estas naturalizan al valor, sea como cualidad natural de las cosas, o bien como percepción (subjetiva) de tales cualidades naturales. La crítica de la economía política muestra que el valor, que emerge entre los seres humanos bajo ciertas relaciones históricas, es el atributo que históricamente adquieren las mercancías y que las hace cambiables. Esta cualidad es además cuantificable y por ello los objetos que la portan se permutan por otros en ciertas proporciones específicas como manifestaciones de una regularidad en el curso de los intercambios. Esto apartó al valor de su estatus atemporal y lo devolvió de un golpe a la historia humana, vinculándolo con condiciones de producción específicas y determinaciones concretas.

46 Para una aproximación crítica a las características y funciones del dinero, como expresión de la relación general en el capitalismo, ver *Dinero* en *Cuadernos de Negación* nro. 10.

La naturalización del valor de la economía burguesa se monta sobre la naturalización del intercambio. En la sociedad capitalista, ambas forman un único entramado. La indagación histórica rigurosa muestra que comunidades enteras vivieron durante cientos de miles de años sin prácticas de intercambio y sin la existencia del valor. Éstas entraban en contacto entre sí de diferentes maneras, bajo distintos impulsos, necesidades o contingencias, encontraban formas de cambiar productos propios por otros, a través de complejos rituales, que podían acabar tanto en vínculos amigables como en agresivos desafíos. Pero en esas relaciones no operaba la racionalidad que nos orienta hoy día y, menos aún, la práctica fetichista mercantil. Incluso, ciertas comunidades exhibieron conductas de destrucción del excedente o prácticas “incoherentes” para la mentalidad moderna. Conductas que espantan a los mismos economistas que asumen como un costo más el desperdicio, siempre y cuando se realice para la maximización de la ganancia, tal como ocurre con toneladas de alimentos, al tiempo que se hambrea a millones de seres humanos. No hubo intercambio en todo tiempo y lugar. No hubo valor en todo tiempo y lugar. Lo que se dice sobre la historia humana podrá estrecharse, ensancharse, adecuarse a una necesidad específica, pero la historia misma no.

«Robinsonadas»

El individuo de la sociedad capitalista aparece como un ideal que habría existido incluso en la denominada prehistoria. Como venimos viendo, solo de esta manera pueden considerarse como puntos de partida la propiedad privada, la ley y el trabajo.

Marx llama *robinsonadas* a las ficciones que tratan de explicar el presente a partir de visiones idealizadas del pasado, en las que intervendrían individuos con la subjetividad actual, colocando al individuo, fruto del proceso de producción capitalista, en momentos históricos donde este ni siquiera existía. Burlándose de Adam Smith, David Ricardo y de los economistas en su conjunto, Marx

expone las imágenes deformadas que estos generan acerca de las formas sociales que analizan. En Ricardo, el cazador primitivo abandonaría circunstancialmente su actividad cotidiana para dedicarse a la pesca, que sería una tarea más lucrativa, ¡según los precios en Londres en 1817!

El cazador o el pescador solos y aislados, con los que comienzan Smith y Ricardo, pertenecen a las imaginaciones desprovistas de fantasía que produjeron las robinsonadas del siglo XVIII, las cuales no expresan en modo alguno, como creen los historiadores de la civilización, una simple reacción contra un exceso de refinamiento y un retorno a una malentendida vida natural (...) En esta sociedad de libre competencia cada individuo aparece como desprendido de los lazos naturales, etc., que en las épocas históricas precedentes hacen de él una parte integrante de un conglomerado humano determinado y circunscrito. A los profetas del siglo XVIII, sobre cuyos hombros aún se apoyan totalmente Smith y Ricardo, este individuo del siglo XVIII –que es el producto, por un lado, de la disolución de las formas de sociedad feudales, y por el otro, de las nuevas fuerzas productivas desarrolladas a partir del siglo XVI– se les aparece como un ideal cuya existencia habría pertenecido al pasado. No como un resultado histórico, sino como punto de partida de la historia. Según la concepción que tenían de la naturaleza humana, el individuo aparecía como conforme a la naturaleza en tanto que puesto por la naturaleza y no en tanto que producto de la historia. (Karl Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*)

El humano tendría entonces, natural y previamente a las sociedades de clase, una concepción calculadora y metódica de sus capacidades y energías, regulándolas como si de mercancías se tratara. Con esta enorme falsificación como base, se introducen las robinsonadas, estupideces propias del pensamiento económico, que no remiten al

ser humano en una sociedad primitiva que pretende estudiar, sino a un Robinson Crusoe, marino del siglo XVII, que despierta solo en una isla desierta y que «ha logrado salvar del naufragio: reloj, libro de cuentas, tinta y pluma, y se apresura, como buen inglés, a contabilizar su vida».

Esta noción planteada por Marx la retomamos en el número 9 de *Cuadernos de Negación* y abordamos otras robinsonadas en el número 14 relacionadas con su tema central, el trabajo doméstico y la familia, para derribar el mito que afirma que el trabajador se sostendría a sí mismo sin ayuda de nadie:

La figura del trabajador *champiñón* que no tiene necesidades de cuidados (es un adulto sano) ni responsabilidades (no tiene a nadie a quien cuidar de modo que esto condicione o limite su plena disponibilidad y flexibilidad para el mercado) es una falacia. Dicho de otra forma: se basa en la naturalización del proceso por el cual recibe cuidados sin reconocerlo a la par que se desentien de toda responsabilidad. (...) Este conjunto de falsedades no solo ignoran la vulnerabilidad de la vida, sino que implican que la realidad de interdependencia en la que ese sujeto está inserto no se resuelve en términos de reciprocidad, sino de asimetría, en base a transferencias desiguales de cuidados y a la explotación. (...) Se ha impuesto la idea de que el hombre ganador del pan es autosuficiente, mientras que el ama de casa encargada de los cuidados depende de él. Frente a este discurso, preguntábamos aquello de: pero este señor, ¿se come crudos los espaguetis?, ¿quién le ha cuidado hasta que ha tenido edad para ir al mercado?, ¿quién se encarga de él cuando enferma?, ¿quién le limpia la camisa cada día y lo recoge cuando viene hecho polvo del mercado?, ¿quién lo atenderá cuando sea viejo? (Amaia Pérez Orozco, *La sostenibilidad de la vida en el centro*)

Desde la óptica feminista los cuidados son “aquellas actividades que se realizan para el mantenimiento de la vida, históricamente invisibilizadas, relegados al ámbito doméstico y atribuidos a las mujeres”. En este sentido se parece mucho a la noción de trabajo doméstico a la que referíamos anteriormente. Consideramos muy importante el señalamiento, pero pensamos que es insuficiente.

Este mismo trabajador champiñón, en tanto que masculino, puede percibir sus obligaciones como ocio, disfrute o un dato natural de su existencia. Así, arreglar un mueble, impermeabilizar el techo o lavar el auto son actividades presentadas como pasatiempos, obligaciones y muestras de masculinidad. Incluso el disciplinamiento de los hijos tan necesario en esta sociedad, cuántas veces es reservado al padre (“cuando llegué tu padre ya vas a ver...”). Él, al igual que su madre, hermana, esposa, exesposa, novia o hija tiene su parte de tareas asignadas según su sexo. Y puede que las disfrute o no, puede que las perciba como obligación o no, puede que las considere trabajo impago o no, pero ahí están: naturalizadas.

Tal es la naturalización del trabajo y el dinero en esta sociedad que hay ciertos movimientos que señalan actividades no remuneradas como trabajo impago. Pero proponer que la relación salarial se extienda a cada rincón de nuestras vidas, e incluso como estrategia para forzar los límites del capitalismo, es optar por la vía capitalista. Reclamar el fin de la relación salarial y de la producción de valor también podría ser una estrategia para forzar los límites del capitalismo. La diferencia entre ambas estrategias no es que una sea más viable que la otra, sino que una reafirma y profundiza la lógica del valor, mientras que la otra busca negarla.

“El pobre es pobre porque quiere”

Como un mantra liberal *new age* se escucha que el pobre es pobre porque quiere. Las respuestas progresistas a lo sumo señalan desigualdades y falta de oportunidades o “privilegios” que unos tienen y otros no. Queremos ir más allá, y para eso debemos pensar his-

tórica y socialmente. No se trata de decisiones individuales ni de solicitudes al Estado. No hay posibilidad de una sociedad capitalista sin pobres. En esta sociedad para que unos ganen otros deben perder, es así de cruel.

Para el limitado horizonte burgués “pobres hubo siempre”. Porque ese “siempre” remite a un tiempo muy limitado en la historia. Pobres hubo siempre en cada sociedad de clases, lo que no hubo siempre es sociedades de clases. Volvemos a toparnos con la justificación del presente a través de una mitificación del pasado, la especie y/o la naturaleza.

Esta errada sentencia puede coexistir con la idea de que gracias al mercado y al progreso capitalista habría menos pobres. En todo caso, cabe señalar que la pobreza no se ha reducido sino modernizado. Que hoy las personas asalariadas posean “bienes de confort” reservados antiguamente a los burgueses, les hace menos pobres, pero ¿menos pobres que quién? La pobreza no es un dato objetivo y medible: es una diferencia, una desigualdad, una imposibilidad de acceder a lo que la sociedad define como “bueno” en cada momento.

Suponer que se vive mejor (¿mejor que quién?) porque se vive más tiempo y se consumen más bienes y servicios —es decir mercancías—, es sumamente cuestionable. No es sinónimo de una buena vida, de estar nutrido, cuidado, amado, comunicado y en comunidad con los demás. La realidad es que, además de indeseable, es imposible que toda la humanidad viva como la burguesía más privilegiada, o ni siquiera como los sectores de trabajadores con mejores salarios. Este hermoso planeta no podría dar abasto.

Y por último, pero no menos importante, estas respuestas defensoras del progreso “olvidan” una cuestión elemental: que entre la opulencia, el hambre en el mundo crece en los últimos años afectando a casi 900 millones de seres humanos. Y acá no hay datos subjetivos ni comparativos. Sin dudas otras formas de organización social padecieron hambre, pero en nuestro tiempo sucede mientras

se desperdicia comida y destinan recursos, por ejemplo, al desbocado avance tecnológico.⁴⁷

Esta sociedad capitalista global esta cimentada sobre la colonización de América y las Indias Orientales, el comercio de esclavos, y la desposesión de los campesinos de Europa. Marx denominó *acumulación originaria* al proceso de privación y apropiación capitalista en sus comienzos, combatiendo las mitificaciones de la economía burguesa:

Esta *acumulación originaria* desempeña en economía política aproximadamente el mismo papel que el *pecado original* en la teología. Adán mordió la manzana y con ello, el pecado se posesionó del género humano. Se nos explica su origen contándolo como una anécdota del pasado. En tiempos muy remotos había, por un lado, una elite diligente, y por el otro una pandilla de vagos y holgazanes. Ocurrió así que los primeros *acumularon riqueza* y los últimos terminaron por no tener nada que vender excepto su pellejo. Y de este pecado original arranca *la pobreza de la gran masa* –que aún hoy, pese a todo su trabajo, no tiene nada que vender salvo sus propias personas– y *la riqueza de unos pocos*, que crece continuamente aunque sus poseedores hayan dejado de trabajar hace mucho tiempo. (Karl Marx, *El Capital*)

La acumulación originaria no fue ni más ni menos que el proceso histórico de disociación de los seres humanos de sus medios de vida. Proceso que, de una parte, convierte dichos medios en mercancías y capital, mientras, que de otra, transforma los productores directos en trabajadores asalariados. Se llama originaria porque forma la prehistoria del Capital y del régimen capitalista de producción.⁴⁸

En uno de sus aspectos, este movimiento histórico que convierte a los productores en obreros asalariados representa la liberación de la

47 Ver *El progreso del Capital* en *Cuadernos de Negación* nro. 8.

48 Ver *Acumulación, comercio, usura y desposesión* en *Cuadernos de Negación* nro. 10.

servidumbre o la esclavitud. Pero hay otro aspecto, que ya señalamos, esa “liberación” es al costo de ser liberados de todos sus medios de producción y sus garantías de vida que brindaban las viejas instituciones, quedándoles para vender nada más que su fuerza de trabajo.

Los capitalistas industriales, esos nuevos potentados, debieron por su parte no sólo desplazar a los maestros artesanos gremiales, sino también a los señores feudales, quienes se encontraban en posesión de las fuentes de la riqueza. En este aspecto, su ascenso se presenta como el fruto de una lucha victoriosa contra el poder feudal y sus sublevantes privilegios, así como contra los gremios y las trabas opuestas por estos al desarrollo libre de la producción y a la explotación libre del hombre por el hombre. No obstante, si los caballeros de industria lograron desalojar a los caballeros de espada, ello se debió únicamente a que los primeros explotaron acontecimientos en los cuales no les cabía culpa alguna. Ascendieron empleando métodos tan innobles como los que otrora permitieron al liberto romano convertirse en amo de su *patronus*. (Karl Marx, *El Capital*)

En Argentina, podemos recordar las distintas campañas militares al Chaco, la Pampa y la Patagonia, fundamentales en el proceso de creación de condiciones para el desarrollo del Capital. Estas campañas significaron quitar la tierra a las comunidades para hacerla productiva dentro de los cánones capitalistas, y reducir a las personas a meros obreros para que trabajen en esa tierra ahora convertida en recurso natural, así como en las incipientes industrias. A los rebeldes, directamente asesinarlos en masa.

La primer campaña a la Pampa la realizó el prusiano Friedrich Rauch por órdenes de Bernardino Rivadavia en 1826, la segunda la lideró el mismo Juan Manuel de Rosas entre 1833 y 1834. Contemporáneamente, otro miembro del partido federal, Estanislao López saldrá desde Santa Fe hacia el Chaco austral.

Pero serán las campañas de Julio Argentino Roca en el sur y las de Napoleón Uriburu, Luis Fontana y Rafael Obligado en el norte a fines del siglo XIX las que triunfarán totalmente, porque aquella coacción directa ahora encontraba un Estado totalmente organizado y unificado para ejercerla. El desarrollo capitalista había dado un nuevo salto industrial y tecnológico a nivel mundial: trenes, telégrafos, armas de retrocarga. Su necesidad de nuevos “recursos” se imponía y las fuerzas indígenas, si antes habían podido enfrentar y resistir a los terratenientes criollos, fueron finalmente abatidas.

Las selvas fueron diezmadas para la caña de azúcar y las pampas alambradas para las vacas y las ovejas. Peones rurales en el sur, obreros de la caña en el noroeste, mujeres y niños como sirvientes en lujosas mansiones. Cuando no, migrando a las grandes ciudades para vivir en los cordones de miseria.⁴⁹ Las condiciones impuestas por esta desposesión histórica se continúan reproduciendo como presupuesto para la explotación capitalista. Cabe recordar todo esto cuando viene algún liberal a decir que la pobreza y la riqueza están delimitadas por un mero cambio de actitud.

49 Extraído del folleto repartido en el Ciclo de Cine Anticapitalista realizado en octubre de 2021 en la Biblioteca y Archivo Alberto Ghirardo.

Contra el Estado y el Capital

En plena campaña electoral durante 2021, cuando fue electo diputado nacional, Milei concluyó que hay que «pelear contra el sistema desde adentro». Igualito a cuando un personaje de izquierda emerge del movimiento social y decide convertirse en candidato a alguna elección: «Esto se cambia metiéndose adentro del sistema, dando la pelea desde adentro para luchar contra el statu quo, pero eso requiere de tener las pelotas para mezclarse con la casta política.»

Liberales, minarquistas, anarcocapitalistas difieren en la minimización del Estado, de poquito a nada, pero coinciden en la defensa de la propiedad privada y el Capital. Así como diferentes corrientes del socialismo plantean la destrucción del Estado para después o durante la “revolución”, mientras proponen gestionar y desarrollar el capitalismo.

Los denominados anarcocapitalistas imaginan una sociedad en la que haya un orden sin Estado, “impulsado por la creatividad y dinamismo de los empresarios”. Una sociedad donde todos los servicios públicos sean brindados por empresas privadas, sin ningún tipo de financiación a través de impuestos. Esto incluiría desde la salud y la educación hasta la policía y la justicia. Las actividades personales y económicas serían reguladas por empresas dedicadas al arbitraje de manera privada. Incluso el dinero sería proporcionado privada y competitivamente en un mercado abierto, prescindiendo de los bancos centrales y quitando regulaciones

a los bancos privados. La base de este supuesto orden social ideal es la propiedad privada, del propio cuerpo y de los recursos que se dispongan, como es el caso de los medios de producción. En este sentido, todos seríamos “empresarios” y cualquiera podría crecer sobre la base de su esfuerzo y creatividad. Cuando pensemos en empresarios no debemos figurarnos automáticamente al directivo de una multinacional, nos basta con ir a la definición mínima de empresa: una organización de personas y recursos que buscan la consecución de un beneficio económico con el desarrollo de una actividad en particular. Las críticas anarcocapitalistas, por tanto, no solo se dirigen a la “casta” y a ciertas franjas del proletariado que subsisten a partir de ayudas estatales, sino también a los “empresarios”, aquellos burgueses improductivos que “viven de la teta del Estado”.

Ahora bien, a diferencia de lo que esta utopía capitalista propone, admitir la propiedad es admitir el Estado. Porque es imposible eliminar a este último sin eliminar las relaciones de producción y reproducción que le hacen posible. No hay en la historia conocimiento de una sociedad basada en la propiedad privada en la que no hubiera Estado. En cambio, sabemos que durante miles de años hubo sociedades sin propiedad privada y sin Estado.

La existencia de la propiedad privada implica clases sociales con intereses en pugna. Para conservar los choques dentro de los límites “del orden”, el Estado, un poder nacido de la sociedad, se pone por encima de ella. Y para mantener esa fuerza pública se necesitan las contribuciones de los ciudadanos, es decir, los impuestos. Aquello que los liberales tanto odian, sirve nada más y nada menos que para garantizar el libre mercado. Más o menos libre, el mercado ha sido siempre posible por la acción de los Estados, más allá de ese libre mercado ideal del que tanto hablan.

La mano dura del Estado y la mano invisible del mercado se estrechan en un apretón que garantiza esta sociedad. Si nos hablan de “abolir” el Estado para establecer fuerzas de seguridad compe-

titivas desde la esfera privada riámonos en sus caras y recordemos que el Estado está constituido a fin de cuentas por una “banda de hombres armados” en defensa de la propiedad, el intercambio y el trabajo asalariado.

En definitiva, el Estado no es un enemigo por razones de gusto, afinidad moral o antipatía ideológica. Lo es en tanto estructura de poder fundamental que garantiza el funcionamiento del modo de producción capitalista. Y si se presenta como necesario eliminarlo no es porque quienes detentan el poder sean malas personas o estén motivados por ciegas ambiciones, mucho menos porque impida el libre desenvolvimiento del mercado. Es preciso eliminarlo porque organiza y ordena el sometimiento de nuestras vidas con el Capital, porque es el gobierno del Capital.⁵⁰

50 Para ampliar sobre la crítica del Estado recomendamos otros textos que realizamos: *Cuadernos de Negación* nro. 4 *Sobre la necesidad de destrucción del Estado*, los artículos de *La Oveja Negra* nro. 61 *¿Nunca más qué?* y nro. 39 *El Estado no somos todos*, así como *¡Destruyamos el Estado!* folleto repartido un 1º de mayo de 2016. También recomendamos el epílogo del libro *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937*, Agustín Guillamón (Lazo Ediciones, 2013).

Índice

<i>Presentación</i>	7
<i>Contra el liberalismo y sus falsos críticos</i>	11
<i>Tras las huellas de la serpiente</i>	19
<i>¿Libertarios?</i>	21
<i>¿Comunismo?</i>	27
<i>¿Marxismo cultural?</i>	31
<i>Paleoliberalismo</i>	39
<i>¿Ideología de género?</i>	43
<i>¿Fascismo? ¿Antifascismo?</i>	47
<i>Antiliberalismo y anticomunismo, de izquierda y derecha</i>	53
<i>Neoliberalismo en Argentina</i>	59
<i>Mano invisible, mano dura y derechos</i>	69
<i>¿El fin de la inflación?</i>	77
<i>La casta y los outsiders</i>	87

<i>¿Qué es eso de la economía austríaca?</i>	93
<i>El fenómeno “austríaco” en el contexto argentino</i>	95
<i>La escuela austríaca de economía</i>	103
<i>Libertad, igualdad y propiedad</i>	137
<i>«La libertad avanza»</i>	139
<i>Igualdad y explotación</i>	145
<i>Propiedad y privación</i>	151
<i>Desnaturalizando el capitalismo</i>	157
<i>Mitos capitalistas</i>	159
<i>Contra el Estado y el Capital</i>	179

Anticomunismo, “marxismo cultural”, “ideología de género”, fascismo, neoliberalismo, casta, inflación... Con el presente libro proponemos abordar varios de los tópicos en boga a partir de la irrupción liberal-reaccionaria en Argentina, en un contexto social cada vez más duro y en el marco del auge internacional de las derechas alternativas. Al profundizar en estos y otros aspectos, buscamos comprender esta llamativa manifestación local y el ascenso de la figura de Javier Milei.

Debido a su particular enfoque económico y su apología del mercado, nos adentramos en la crítica de la escuela austríaca de economía y las premisas del pensamiento liberal: la libertad, la igualdad y la propiedad. De este modo, enfrentamos al liberalismo y a sus pretendidos detractores, comenzando por desnaturalizar el capitalismo y rechazando la apuesta por gestionarlo mejor. Publicado en pleno contexto electoral, la perspectiva de este libro lo excede ampliamente.

ISBN 978-987-48023-5-4




ediciones

The logo for Ediciones features a stylized, calligraphic letter 'E' in a dark blue color. Below the logo, the word "ediciones" is written in a lowercase, serif font.